Georg Lukács

EL HOMBRE Y LA DEMOCRACIA

COLECCIÓN OBRAS FUNDAMENTALES

"El Hombre y la Democracia"
Georg Lukács

Tapa: **Virginia Nembrini**

Traducción y cuidado de la edición:
Mario Prilick y Myriam Kohen.

Primera edición "DEMOKRATISIERUNG HEUTE UND MORGEN"
Akadémiai Kiadó-Budapest 1985.

© EDITORIAL CONTRAPUNTO S.A.
Rivadavia 1645 1º 12. Bs. As.

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723.

I.S.B.N. 950-47-0014-4

PRÓLOGO

La crisis en el socialismo

I. Llegué por primera vez a Moscú en 1961. En medio de un largo atardecer de agosto, me deslumbró un cielo rojizo como nunca antes había visto y, sobre él, recortado, el perfil de la muralla del Kremlin con la estrella roja encendida sobre una de sus torres. La bandera roja, flameando sobre ese fondo, provocó en mi interior un estallido de emociones que nunca pude expresar en palabras. Era la explosión del optimismo histórico que nos acorazaba y con el que enfrentamos al enemigo, a las vacilaciones, al desánimo que sigue a derrotas y frustraciones.

Con ese mismo espíritu, el que nos alienta en las grises batallas cotidianas y en los momentos eufóricos del combate, habíamos llegado siete años antes a Bucarest y a Varsovia para participar en 1953 en el IV Festival Mundial de la Juventud y el III Congreso Mundial de la Unión Internacional de Estudiantes.

Desembarcábamos en el puerto ideal del socialismo, hacia él se dirigían nuestros sueños de adolescentes cuando abrazamos la causa de la revo-

lución y el comunismo en medio de la lucha antifascista de los años 40.

¿Cómo mantener ese optimismo en medio de las crisis que sacuden a los países socialistas? Cuando en Polonia y Hungría se advierten claros elementos de restauración capitalista; cuando en China el poder surgido hace 40 años de una de las grandes revoluciones del siglo XX enfrenta con violencia cruel las manifestaciones estudiantiles; cuando en la Unión Soviética se enfrentan entre sí etnias y nacionalidades, apareciendo las "manchas blancas" de su historia; cuando allí, por primera vez, tienen lugar huelgas obreras y elementos de oposición que antes no admitíamos y ni siquiera podíamos concebir. ¿Y qué decir del impacto de los procesos por corrupción y tráfico de drogas en las más altas cumbres de la Revolución Cubana que también 30 años atrás reavivó la llama de nuestro optimismo histórico?

Transcurrieron casi cinco décadas de grandes conmociones, de triunfos y derrotas.

Después de 30 años volvimos a Moscú en enero de este año y todavía nos deslumbran la Plaza Roja y el cielo moscovita. Cielo fuerte, cambiante, de negros nubarrones de tormenta, rojos resplandecientes de pasiones encendidas o de esperanzas infinitas, como las nubes que corren fantasmales sobre la gran ciudad campesina. Después de casi medio siglo de haberme enrolado en la gran aventura para alcanzar la utopía, sigue encendida la pasión revolucionaria. Pero no sería auténtico, en medio de las crisis que conmueven a los países socialistas, al movimiento comunista y al propio marxismo, negar la necesidad de recomponer el optimismo histórico.

Las respuestas facilistas o puramente místicas sólo provocarían el escepticismo que estamos com-

batiendo. Sin desconocer la importante incidencia de los factores externos, no podemos tampoco adjudicar la crisis a la política del imperialismo que, por supuesto, no deja de impulsar cualquier proceso de restauración. Necesitamos bucear en las causas más profundas de la crisis.

II. Veamos, por lo tanto, un criterio más racional para encarar la cuestión.

El siglo XX va terminando su recorrido en medio de una crisis generalizada, global, que abarca todo el planeta, con alto riesgo para la propia vida sobre la Tierra.

Las conmociones alcanzan a los países de los dos sistemas sociales: al sistema capitalista con siglos de existencia y al sistema socialista, surgido de las ilusiones y las convulsiones que dieron a luz en 1917 a la Revolución Socialista en Rusia (ampliado después de la derrota del nazi-fascismo en la Segunda Guerra Mundial a otras regiones de Europa Oriental y Asia). El movimiento de liberación extendió el mapa hasta África y América Latina. La crisis afecta muy duro a los países del Tercer Mundo, liberados o dependientes, cualesquiera sea la vía adoptada para emerger del subdesarrollo económico, fruto del yugo colonial.

El mundo atravesó en el siglo XX por dos guerras mundiales, devastadoras guerras regionales, fuertes períodos de revoluciones y conmociones sociales que, junto a la gran revolución científico-tecnológica, cambiaron su configuración de manera sustancial.

Se desintegraron poderosos imperios que parecían inconmovibles; se desvanecieron verdades que parecían eternas y relaciones entre las personas que

se consideraban inmutables; cayeron mitos de raíces casi milenarias.

El mundo de hoy asiste a una crisis de reacomodamiento y reagrupamiento de fuerzas sociales y estatales que marca el fin de un ciclo en la historia (que comenzó al promediar los 40 después de la Segunda Guerra Mundial) y el comienzo de otro. Un nuevo momento que tiene la virtud de introducirse sin haber transitado el doloroso prólogo de una guerra mundial en la era atómica.

Es la gran diferencia entre éste y los otros dos grandes momentos de recomposición de fuerzas en el mundo durante este siglo: Aquel que sigue a la Primera Guerra Mundial —marcado por el triunfo de la Gran Revolución Socialista en Rusia— y el que sigue a la derrota del nazifascismo como resultado de la Segunda Guerra Mundial —signado por la conformación de un sistema de países socialistas—.

En las dos situaciones anteriores el socialismo se convierte en un factor decisivo para la derrota del nazi-fascismo y para la posibilidad de evitar la guerra mundial nuclear.

III. La actual es una crisis mundial donde inciden fuertemente tanto la política global del imperialismo norteamericano como los errores y desviaciones del campo socialista. Pero también el poder, la presencia y gravitación real que alcanzó el sistema socialista, sobre todo la Unión Soviética.

La crisis en cuestión es crisis de sistemas, es decir de las relaciones de interdependencia y a la vez de contradicción entre los dos campos.

Crisis del sistema capitalista mundial (hoy un capitalismo de manipulación, tal como lo caracteriza Lukács en este ensayo) y de las relaciones de subordinación y dependencia que en él se estable-

cieron, de la que forma parte la aguda crisis que vive la Argentina. Aquí está cuestionado el propio sistema como tal, es decir las relaciones basadas en la explotación del trabajo asalariado.

En la crisis del sistema socialista deviene problemático el modelo de acumulación establecido, tal como éste se resolvió en los primeros tiempos de su corta existencia en la lucha ideológica y política que coronó con la completa hegemonía del estalinismo (concebido como algo más que el "culto a la personalidad" de Stalin); también dado el punto de partida rezagado (no-clásico) en cuanto al desarrollo de las fuerzas productivas y las propias relaciones de producción.

En el socialismo el sistema también está —de algún modo— cuestionado. No por esto debemos inferir que la superación de un modelo de acumulación, de formas políticas de hegemonía y de relaciones entre etnias, nacionalidades y estados, implica el fracaso del sistema socialista o su bancarrota.

Se reabre de manera diferente el gran interrogante que planteó Lenin cuando se consolidó el poder político en la Rusia Soviética de los años 20: ¿Quién vence a quién?

Es en este punto donde el análisis de Lukács se torna más agudo con su planteo de que la alternativa a la crisis socialista no es la democracia burguesa, es decir, la restauración capitalista.

El movimiento general de la sociedad es hacia adelante, aunque admite retrocesos temporarios. Sería imposible concebirlo como línea recta.

El sistema socialista pudo haber fracasado en la respuesta a determinadas expectativas políticas, económicas y sociales; incluso entró en tiempos de inestabilidad. Pero, la alternativa de una restaura-

ción capitalista haría girar la rueda de la historia al revés.

El sistema capitalista, que pudo y supo captar con mayor rapidez y provecho que el socialismo los logros de la revolución científico-técnica, no puede en cambio sortear el cuestionamiento del sistema para que la sociedad avance en un sentido superador, socialista, en un proceso de *democratización* tal como se desprende de la obra de Lukács.

IV. Para entender la cuestión en el campo teórico y político del marxismo es necesario un gran esfuerzo creador del pensamiento, capaz de una correcta generalización de la experiencia de siete décadas recorridas, de la práctica política, estatal o de lucha por el poder.

La obra de Lukács, la que recorre todo este período, es en sí misma una expresión creadora de primera magnitud.

La cultura moderna se distingue por la contradicción entre la teoría y la práctica. Nuevas condiciones objetivas exigen nuevas generalizaciones teóricas. No hay teoría omnipotente como para interpretar el mundo de las relaciones sociales de una vez y para siempre; esas relaciones cambian y su exégesis requiere renovarse en la búsqueda de nuevas correspondencias entre idealidad y realidad.

La batalla entre los dos sistemas va dejando, en gran medida, el campo militar —sin excluirlo plenamente— y se ubica en el terreno de una prueba de fuerza para el sistema, en relación a su capacidad para superar una crisis que de alguna manera lo cuestiona. Por lo menos cuestiona el modelo de acumulación forzada que se estableció en las primeras décadas del poder soviético y, asimismo, la degradación burocrática del sistema político.

Es un esfuerzo ideológico, político y económico. Es en estas esferas donde se ubica una renovación, la que implica ubicarse correctamente en el concepto de *revolución* con que se maneja la izquierda.

Para ello debemos partir del marxismo que no ha muerto y lucha, como teoría viva, por sacudirse los mitos que lo convierten en un dogma. Parte de esta lucha es la obra de Lukács y su esfuerzo por concebir el Renacimiento en el marxismo.

Para Marx la revolución no era tan sólo el acto que conducía al poder, la toma de la Bastilla o el asalto al Palacio de Invierno en nuestro siglo; era un *proceso* de cambios sociales y políticos. En el famoso Prólogo a la *Crítica de la Economía Política* señala que, cuando las relaciones de producción se convierten ya en una traba para el desarrollo de las fuerzas productivas, se abre entonces una *época de revolución.*

Este concepto, punto de partida en el trabajo póstumo del autor de *Historia y conciencia de clase,* nos permite ubicarnos en un contexto en el que se puede claramente establecer la dirección fundamental del desarrollo en medio de la crisis. El criterio de *época* abarca los momentos de revolución, contrarrevolución, restauración y renacimiento revolucionario, inconcebible fuera de la dialéctica hegeliana transformada; es decir, desarrollada creadoramente por Marx, quien no se limita a yuxtaponerle el materialismo.

La obra de Lukács constituye un esfuerzo magistral por sacar al marxismo del sociologismo abstracto y del reduccionismo economicista.

La crisis en el socialismo es un dato de hoy que muestra la necesidad del buceo teórico en la profundidad de sus causas no siempre esclarecidas. La

comprensión del *tertium datur* de Lukács nos permite en esta época de turbulencias pero también de búsqueda y confusión, no incurrir en una equívoca convergencia que, en medio de la crisis en los dos sistemas, recurra en el error de los apologistas del capital que ven en ellas sólo la unidad y no la contradicción; o, en el de Rosa Luxemburgo y algunos populistas que veían en las crisis la contradicción lógica pero no la dialéctica de las mismas, esclarecedoras de su sentido más profundo y estructural.

V. Agnes Heller, discípula de Lukács, destaca que "la izquierda representa siempre un tipo de insatisfacción con el orden establecido", por eso implica un proyecto iluminista, renovador o transformador. Equivale a reconocer un esquema libre de prejuicios religioso-conservadores basado en la posibilidad de renovación propia, a través de mecanismos de autoexamen y autorredefinición; aceptación del pluralismo y del sentido universalizador de la teoría que expresa la aspiración de emancipación del Ser Humano.

La ausencia de algunos de estos elementos es lo que lleva a la crisis en la izquierda; crisis de identidad profunda y hasta a veces trágica, como lo fue el estalinismo.

Lukács rescata el sentido crítico de la filosofía y de las teorías socialistas de la Historia que confrontan el futuro con el presente que se trata de superar, y su omnicomprensión de los procesos sociales como integración de los elementos de continuidad y ruptura. Reafirma en *El hombre y la democracia* la tradición democrática de la izquierda como uno de sus principios constitutivos principales.

Con Lukács el marxismo se ubica en la búsqueda de una nueva racionalidad donde se eleva el papel de

la subjetividad. Se rescata el sentido esencial de la conciencia, social y personal, en una reelaboración de los problemas acuciantes de hoy. Arco amplio de la revolución que abarca desde el poder hasta los problemas de la vida cotidiana.

Para una recuperación (¿o reformulación?) de la racionalidad se plantea lo forzoso de superar el mito en la teoría, expresión de la necesidad de una veraz información por los actores sociales. Es la lucha que Lukács libra en su trabajo para desenmascarar la democracia burguesa de hoy como una democracia de manipulación. Y, es la expresión necesaria de una mayor autonomía, expresada en el empeño de Lukács por la recuperación del papel activamente participativo de las masas que expresó el poder soviético en las dos primeras décadas de la Revolución Rusa, en las actuales condiciones.

Es cierto que una izquierda sin mitos sufriría de lo que podríamos llamar el "síndrome de Hamlet", el de "ser o no ser"; sobre todo por el carácter, en cierto modo místico, de la imaginación revolucionaria que hace vibrar la pasión movilizadora pero que pone el obstáculo de la irreflexibilidad a la acción transformadora exitosa, restando autonomía a la razón.

De la crisis se sale por el camino de la renovación (que es también recuperación actualizada de valores perdidos en las deformaciones espúreas) o por el camino de la restauración. Para encontrar el primero de estos senderos, el que ayudará a mover la rueda de la Historia hacia adelante, la concepción de una alternativa al estalinismo —que no es la democracia burguesa— constituye un aporte premonitorio de Lukács a los dilemas acuciantes de hoy.

VI. *Perestroika* significa avanzar en busca del ra-

ciocinio, superando errores del pasado y taras milenarias en la conciencia de la Humanidad, como la obediencia irracional a la fuerza. En tal sentido, la obra de Lukács ayuda a retornar al abc del marxismo en un grado más elevado del desarrollo cultural de la Humanidad que recoge críticamente todo lo mejor que el Hombre creó y pensó para encarar un nuevo escalamiento, un nuevo *asalto a la razón*.

El socialismo no sale de la nada, ni va al *salto* en corto o mediano plazo, sino a través de toda una *época* histórica. La renovación socialista es por lo tanto Renacimiento del marxismo y retorno al racionalismo en una escala superior de la espiral. Recoge la herencia —¿sin beneficio de inventario?— de 70 años de poder, de un siglo y medio de existencia ideal en el pensamiento científico de Marx y Engels.

Lukács se acerca en un intento creador a Lenin con el planteo de la continuidad, convirtiéndose en un "clásico de la tercera generación" (tal como lo llama su biógrafo George Lichteim).

¡Cómo se burlarían Marx, Engels y el propio Lenin de verse repetidos en sus frases y pensamientos como si el mundo de los últimos tramos del siglo XX fuese igual al que les tocó vivir, pensar y actuar en el tramo que va de mediados del siglo XIX hasta las primeras décadas de éste!

¡Con qué escepticismo, en un cierto sentido y así lo señala Lukács, veía Lenin la perspectiva que se cernía sobre el nuevo poder como consecuencia de la aparición de los primeros indicios de burocratización y de una visión estrecha!

Lo circunstancial, coyuntural o meramente táctico impedía la amplia visión de una realidad que no podía torcerse a fuerza de puro voluntarismo; aunque tampoco se pudiera cambiar sin una férrea

voluntad puesta al servicio de la transformación necesaria de la sociedad.

No se trata de una búsqueda de la *razón abstracta*, sino de la que se expresa cuando se llega al conocimiento más profundo de la realidad para penetrarla con la acción transformadora (creadora, por tanto) del Ser Humano.

Esto es lo que encara la *perestroika*, de la que consideramos a Lukács un premonitor. Es ruptura de dogmas y a través de la *glasnost* trae a la superficie la *verdad*, aunque ésta se exprese en opiniones plurales. No puede ser de otra manera: Reflejan ópticas distintas, provenientes de situaciones y de intereses diversos.

Se trata de la *razón concreta* de las postrimerías del siglo XX, la de la era nuclear y la del asalto a la naturaleza exterior por los individuos que son también parte de ella. Una época en la cual se requiere más que nunca el esfuerzo colectivo, mucho más que en las épocas primitivas pero con el mismo sentido de agruparse o morir. Esta colectivización reaparece hoy como una exigencia vital y como un renacimiento de los valores individuales (de la personalidad) y de sus motivaciones en la revalorización del factor subjetivo en el progreso de la Humanidad, fuera de los marcos de la objetividad vulgar de un materialismo mecanicista y, por tanto, metafísico. Está también más allá de un falso progresismo abstracto de la Historia.

VII. *El hombre y la democracia*, uno de los trabajos póstumos de Lukács, es en cierto modo el *prólogo a la perestroika*.

Es volver a las fuentes.

Es la búsqueda de la racionalidad en todos los órdenes.

Es un esfuerzo supremo por despojar al socialismo de toda mistificación.

Es la recuperación de la continuidad como línea del desarrollo humano.

Es la reivindicación para el socialismo de todos los valores creados por la Humanidad.

Es, por lo tanto, la *negación del utopismo* que consideraba todo "ex-novo" y la *afirmación de la utopía, creadora de sueños*, al concebir el comunismo como resultado de un largo proceso que pasa por todas las fases sucesivas del desarrollo, una de las cuales es justamente la *perestroika*.

Y, la llave maestra: es la recuperación de la verdad como cuestión de principio del ser individual y socialmente considerado.

Leer *El hombre y la democracia* es un reencuentro con la verdad.

Para mí significó volver a sentir la bandera roja del optimismo flameando sobre las torres.

Buenos Aires, 12 de agosto de 1989.

Alberto Kohen

PRÓLOGO A LA EDICIÓN HÚNGARA

En el conjunto de la obra de Georg Lukács se plantean los diferentes problemas de la democracia política y su proceso de realización. Este ensayo político que publicamos hoy por primera vez, escrito en 1968, se ubica dentro de las *Oeuvres* a las que pertenecen, entre otras, *Táctica y ética*, *Tesis de Blum* y *La lucha del progreso y de la reacción en la cultura actual*. Después del XX Congreso del PCUS y de los acontecimientos internacionales en los años 60 (el problema de China, la crisis en Checoslovaquia), así como después de la realización de una nueva concepción en la dirección económica de Hungría, el problema de la democratización se evidenció en un nuevo aspecto. Estos acontecimientos le permiten a Lukács considerar las perspectivas de la democratización de un modo cualitativamente diferente, reconociendo su inevitabilidad desde su perspectiva socialista. Lukács consideró que su tarea no era analizar políticamente los acontecimientos inmediatos, sino investigar la historia previa, la estructura de la situación que había surgido y las falsas alternativas que aparecieron en ésta. Debía también ser develada la posibilidad efectiva —por mucho tiempo olvidada o tergiversada— de un proceso de democratización socialista, confrontándolo con las circunstancias históricas e ideológicas que

habían hecho que esa posibilidad efectiva fuera eliminada. La perspectiva del desarrollo socialista se plantea en una época que comienza a apartarse de las concepciones dogmáticas y retorna a la tradición marxista-leninista, posibilitando así pensar en una estrategia de la historia a largo plazo junto a las alternativas teóricas. El compromiso de Lukács así como su actitud crítica lo llevan a buscar respuestas positivas a las preguntas planteadas por la historia; preguntas que le permitirán al mismo tiempo la confrontación teórica con las falsas alternativas en el movimiento marxista.

Esta confrontación con los falsos extremos es una herramienta teórica de la cual Lukács se sirve durante toda su vida. Su perspectiva se caracteriza constantemente por la búsqueda de una tercera posibilidad, el *tertium datur*, a través de la crítica de los falsos extremos que predominan en la realidad. Este "tercero" no es, sin embargo, el "justo medio" entre los extremos; es una posibilidad cualitativamente superior a través de la cual —entre otras cosas— pueden ser desviadas las falsas alternativas del camino forzoso. En este ensayo Lukács considera los conceptos más diversos que se orientan a los sistemas de instituciones de los dos polos (desde el estalinismo a la democracia burguesa) como falsas alternativas. El "tercero" es un proceso de democratización que abarca la totalidad de la vida: la vida cotidiana y la actividad económica, las instituciones y el mecanismo político para las decisiones. El énfasis no está puesto en "mejorar" la esfera política o el sistema de instituciones; debe democratizarse el conjunto de la vida, incluida la vida cotidiana. Este es el nuevo andamiaje de ideas, leninista, que —en oposición a sus anteriores escritos sobre la democracia— se destaca como consecuen-

cia del XX Congreso del PCUS. Esta nueva idea fundamental no se desprende únicamente del análisis profundo y de la crítica teórica de la herencia de la época estalinista; se basa también en la investigación de cómo se pudieron canalizar las tensiones acumuladas en los diferentes países socialistas con la ayuda de una alternativa política pluralista. Estas concepciones que surgieron tanto en 1956 como en 1968, tienen hoy la misma actualidad que entonces.

El "tercero" es, por consiguiente, el proceso de democratización socialista, el programa histórico a largo plazo, el camino de la práctica social para la realización del hombre "político" tal como lo comprende el marxismo. Democratización no es sólo un medio para evitar la crisis, es un proceso de socialización en el que es posible terminar con la herencia de la sociedad burguesa; es decir, la división de la vida humana en las esferas "pública" y "privada" (superar las diferentes variedades enajenadas de la dualidad entre el "citoyen" abstracto-formal y el "hombre privado" práctico-limitado). Para Lukács la democratización se relaciona con la tarea histórica fundamental del socialismo; tiene validez como medio social y político, como práctica de la liberación del enajenamiento.

Lukács describe el proceso o alternativa de democratización no como perspectiva, como resultado de "consecuencias" teóricas. Lo formula en razón de las formas dadas en el transcurso de la historia, las que aparecieron como órganos del movimiento espontáneo de las revoluciones socialistas con sus diferentes formas pero manteniendo siempre el mismo contenido esencial. De la Comuna de París de 1871, de la Revolución Rusa de 1905 y del Gran Octubre, al igual que de la República de los Consejos Húngara de 1919, nacieron movimientos

de masas revolucionarios que produjeron diferentes instituciones de poder de los consejos, los que luego se fortalecieron bajo el poder soviético. La crítica de Lukács al estalinismo es mucho más aguda allí donde escribe sobre el estrangulamiento y la transformación de los órganos de poder populares-democráticos en instituciones formales. Herencia de la política estalinista contra la que se debería ante todo luchar. Destaca al mismo tiempo que una reanimación artificial, la reimplantación de esos órganos bajo las condiciones históricas actuales, modificadas, sería una utopía o ilusión. Tampoco es importante para Lukács el aspecto organizativo exterior de esas formas, sino el contenido de esos órganos surgidos espontánea, democráticamente, sobre cuya naturaleza revolucionaria escribió Marx en relación con la Comuna de París y Lenin con los Soviets: el contacto directo del "abajo" y el "arriba", su permanente interacción en la práctica. En estas situaciones revolucionarias se dio una forma vigorosa que impregnó toda la vida cotidiana de las personas, sin caer en el formalismo de la "democracia participativa" o en la estructura parlamentaria de la sociedad burguesa. Lukács analiza esta organización que abarca la totalidad de la vida, en la cual el contacto entre "abajo" y "arriba" tensa ambas esferas al servicio de la sociedad; "el abajo" representa las demandas y necesidades de las masas, las que el revolucionario "arriba" está en condiciones de articular precisamente gracias a esta intermediación viva. Aquí lo decisivo no es ni la "Comuna" ni el "Sistema de Consejos" como formaciones históricas en sí que surgen de la irrepetibilidad de una etapa del desarrollo, sino la unión política, directa de las masas; la eliminación revolucionaria de la intermediación escalonada, la alternativa socialista.

Esta perspectiva de Lukács que poco a poco se convierte en recomendación para un futuro (para algunos en una utopía) en realidad es una estructura que se formó ya varias veces en el transcurso de la historia —la que incluso tiene una tradición teórica (Lenin)— pero que se oscureció con los medios políticos de la época de Stalin. Lukács alude a las estructuras pasadas y futuras con la misma orientación, comprobándolas mutuamente: lo que en el plano estratégico aparece como una necesidad ineludible es desde el punto de vista histórico una posibilidad olvidada que no deja por ello de probarse y ofrecerse. El "tercero" de Lukács no es ningún juego intelectual lógico; franquea ideológicamente las contradicciones de dos soluciones erróneas, planteando una alternativa real que surge de la interpretación de los movimientos socialistas de la historia al igual que de la demanda de puntos de orientación para la actualidad a la que considera ya como la era histórica.

En ninguna otra parte Lukács ha formulado sus puntos de vistas inequívocamente abiertos y teóricamente despiadados como en este trabajo. Cáustica es su caracterización hacia aquellos reformistas socialistas bien intencionados que coquetean con el sistema de instituciones de la democracia burguesa; antes o después el destino de su país estaría sellado por un golpe de Estado de la extrema derecha. Del mismo modo, sin adorno alguno, discute las relaciones entre el mecanismo político de decisión de la burguesía y la C.I.A., como también la falta de influencias en los movimientos antifascistas de los partidos comunistas europeos occidentales por la política estalinista de 1939. La severidad en las formulaciones es la expresión del convencimiento comunista, marxista, de Lukács, que está muy lejos

de la consideración dogmática de una "política realista" y de las tácticas. Durante todo el ensayo se evidencia lo dañiña que es la práctica de deducir directamente la teoría de la táctica. En última instancia, la personalidad del autor estaba muy lejos de una conducta que operara con formulaciones de este tipo. Sin duda nosotros hoy podemos juzgar algunos de sus diagnósticos políticos —entonces actuales— de otra manera (por ejemplo, el avance de la socialdemocracia en la política europea no aproximó a la extrema derecha al poder). Pero al expresar ciertas verdades fundamentales, abriendo concientemente la polémica, Lukács pretendía fomentar el desarrollo de discusiones reales, teóricas. Con este ensayo se proponía fortalecer la función ideológica de la teoría: las diversas esferas de intereses del desarrollo socialista debían encontrar en la ideología la posibilidad de desplegar su lucha en público, es decir, democráticamente. Un medio teórico de este tipo sólo puede surgir si se expresan ciertas verdades fundamentales y se eliminan todos los ocultamientos; sólo por este camino se puede alcanzar un consenso sobre los principales problemas. Además, este análisis profundo —aunque siempre permanece en el plano teórico— constituye la demanda de Lukács para que la teoría marxista pueda también meditar sobre las consecuencias que aún no están en el orden del día y cuya manifestación pública en un momento dado no es quizás ni siquiera deseable, pero sin lo cual no es posible la política del mañana.

Esta actitud teórica no se incluye "pacíficamente" en el pensamiento habitual sobre asuntos públicos. Lukács es un teórico "molesto". Expresa relaciones, enfatiza problemas sobre los que por largo tiempo no es "conveniente" hablar pero de los que más

tarde no sólo se deberá hablar, sino que incluso se deberá encontrar una solución cuidadosamente preparada para la opinión pública. Profundamente comprometido con el movimiento comunista, Lukács luchó por una teoría más profunda, capaz de impulsar una estrategia política, la que sólo es posible cuando obtiene una relativa autonomía. Esta es la razón por la que en este ensayo se pone tanto énfasis en la diferencia entre táctica, estrategia y teoría, al igual que en la ver adera dialéctica de su acción recíproca. El lector de hoy, por cierto en posesión de experiencias históricas, encontrará justificada la pregunta de si las condiciones tácticas de una política correcta no devienen más difíciles cuando se plantean problemas teóricos en el impulso sincero hacia la franqueza teórica prematura o simplemente en un momento incorrecto; los diferentes opositores tendrían argumentos para brindar. Aquí la controversia no gira tanto alrededor de los métodos dogmáticos, sino de la estructura de la publicidad política, la que es capaz de ampliarse o estrecharse en los más diversos planos en diferentes momentos. La publicidad política y la publicidad de confrontaciones teóricas no necesariamente coinciden. Lukács no recomienda un programa para la actualidad inmediata. Su argumento se orienta a alcanzar en un largo plazo, en el transcurso del proceso histórico de democratización, que la práctica política (táctica y estrategia) y la teoría no se vinculen con un cortocircuito entre sí; que —a diferencia de la práctica estalinista— llegue a ser imposible abusar de la teoría como la racionalización que confirma tácticamente todo con posterioridad; que la teoría pueda crear una legitimación propia, independiente, por sí misma, suscitando y manifestando problemas que la práctica política aún no ha tenido en cuenta o con-

sidera alternativas sólo para la reflexión teórica. Lukács es conciente que con este punto cae en el foco de justificadas confrontaciones. Sin embargo, siente que es su deber frente a la teoría plantear estas preguntas, aunque en el camino hacia una solución positiva (a la que concibe en gestación) haya algunos obstáculos históricos, organizativos, en la esfera de la conciencia. Por eso se constituye en una exigencia teórica hablar acerca del proceso histórico de la democratización. No sólo para alcanzar que la teoría marxista sea "abierta" ante los nuevos problemas de la realidad, para que sean formulados los problemas que ya existen en la práctica social pero que aún no se manifiestan, sino sobre todo para garantizar y mantener —mediante el conocimiento de los problemas que aparezcan en el futuro— la influencia espiritual del Partido, su papel en la iniciativa y la dirección en el proceso de democratización. Los pensamientos polémicos de Lukács son producto de un sentimiento de responsabilidad ante el Partido. Queremos agregar que mientras escribe este ensayo ya se encontraba en unidad creadora y debate con el POSH.

En el planteo de esta alternativa histórica desde luego Lukács no sólo tiene en cuenta las relaciones húngaras; desarrolla sus ideas —como siempre— como contribución a las confrontaciones vivas del Movimiento Comunista Internacional. Esto está también presente en su programa de vida, el que estaba dedicado a la preparación de un Renacimiento del marxismo. Sin embargo, en el ocaso de su vida reconoció que los movimientos de izquierda, y dentro de ellos el marxismo, tendrían que actuar en las próximas décadas bajo condiciones mucho más difíciles. Es justamente esta "coyuntura negativa" que se aproximaba la que lo lleva a considerar impor-

tante evidenciar ciertas verdades fundamentales. Es ésta la razón por la que en este ensayo llama varias veces la atención del lector sobre el coraje necesario para usar hoy las expresiones de "neocolonialismo" e "imperialismo" en lugar de "sociedad industrial". La misma actitud lo impulsa también a medir las posibilidades histórico-mundiales del socialismo ante la fuerza de atracción que está en condiciones de ejercer una democracia real, hasta ahora en ninguna parte duradera en un nivel superior a la que conocemos en este momento.

Hemos ya mencionado que para Lukács el proceso de democratización verdaderamente profundo no sólo concierne a la esfera puramente política, debe además transformar la totalidad de la vida como práctica social que se realiza en todas partes, desde la vida cotidiana hasta las instituciones. Como momento decisivo de este proceso —precisamente porque es el problema a resolver— está la configuración de una nueva relación con respecto a la producción material. Se trata de superar la siguiente contradicción histórica: Por un lado, tienen que ser modificadas las condiciones materiales de la producción como factores determinantes y fundamento de la transformación socialista del hombre y la sociedad, aboliendo la propiedad privada sobre los medios de producción y garantizando un desarrollo de la economía sobre nuevas bases; pero, por otro lado, la esfera económica no puede sola, por su propio automatismo, realizar ninguna liberación del hombre que implique la superación de la enajenación, la formación del nivel comunista de la socialización. Las relaciones de propiedad socialistas no han modificado la calidad en la división del trabajo como, por ejemplo, sí lo hicieron las burguesas. Con estas últimas se creó un modelo radicalmente nuevo

de la división del trabajo —industria fabril en lugar de manufactura—. Las diferentes relaciones de propiedad y el desarrollo de la economía forman, por cierto, el *fundamento* de la transformación socialista del hombre y sus relaciones; pero esa *fuerza* transformadora debe ser "aportada" desde "afuera", desde el área de la conciencia comunista de la organización social teleológicamente dirigida en la esfera de la economía. Este factor nuevo, "aportado desde afuera", concientemente creado, es la democratización. Encontrar una solución duradera para realizar esta tarea, para Lukács no es simplemente un momento táctico-estratégico, sino el núcleo de la convocatoria histórica mundial del socialismo.

Estas ideas esquemáticamente expuestas aquí por nosotros son en más de un aspecto proféticas. A los 83 años Lukács reconoció con exactitud cuáles eran los factores de riesgo del proceso de democratización, comenzando por la refinada manipulación del imperialismo hasta las ilusiones (pluralistas) democrático-burguesas a las cuales se deslizaban los esfuerzos reformistas, imposibilitando la realización de un cambio genuino. El cuadro que Lukács realiza de la época en su conjunto está impregnado por la lucha de los dos sistemas, una lucha "a pase lo que pase" —un momento sobre el que llamó la atención insistentemente también en sus entrevistas, pero al que nosotros entonces, en el apogeo de la *détente*, no podíamos comprender como realidad—. Su *visión de futuro* le permitió percibir los riesgos que corría el desarrollo del socialismo. Pudo entrever una salida para esa situación: La posibilidad de subsistencia del socialismo estaba en poner en marcha el proceso de democratización. Lukács estaba convencido de que de esta manera se disminuirían los peligros. Reconocer correctamente los riesgos y

estar capacitado para una crítica a las falsas alternativas, le permitió establecer el criterio de que únicamente el Partido podía y debía dirigir el multifacético proceso de democratización; proceso que en un nuevo plano de la socialización de la iniciativa comienza por introducir la actividad de las masas hasta asegurarse de una alternativa socialista. Para esto se deben conformar nuevas formas de relación entre el "abajo" y el "arriba", lo que a su vez comporta la condición de desarrollar la democracia interna partidaria.

Lukács no establece el marco de su concepción únicamente por las experiencias de crisis históricas; se basa también en las tendencias de la actualidad. Reconoce en la democracia formalizada un medio que paraliza el impulso de la acción de los hombres, que estrangula la demanda de acciones para la comunidad. Cuando al participante de un debate no le queda otra alternativa que adherirse a la propuesta establecida con anticipación, cuando no tiene ninguna oportunidad para proponer alternativas (a lo sumo el acta dejará constancia de un debate "vivo") está excluido de la participación efectiva. Esta exclusión acumulará tensiones que desembocarán en la indiferencia o, en el peor de los casos, en apatía. De esta manera se frenan las energías de iniciativa, cuya existencia Lukács toma por dadas —de allí el tono optimista de su escrito— y cuyo desarrollo multifacético es necesario para la realización de los esfuerzos de reformas económicas. Lukács cree que la alternativa democrática —la cual impregnaría la totalidad de la vida y provocaría una amplia colisión de los intereses y las energías— no solamente podría apartar del camino los obstáculos para la iniciativa y con ello crear un espacio cualitativamente superior para la acción orientada

colectivamente, sino que además —naturalmente a largo plazo, dentro de una perspectiva histórica— liberaría las fuerzas esenciales del hombre. Aquellas fuerzas esenciales que Marx relaciona con el comunismo y que para Lukács representan el objetivo "teleológico" de este proceso: la conformación de un carácter social más elevado del hombre, la reorientación de la dirección de todas las acciones y hechos del conjunto del sistema de hábitos de las personas. La "instrucción", comprendida en una escala histórica, en una práctica social de este tipo podría eliminar la actitud secular corrosiva de "lo que yo no sé no me interesa" para abrir el camino hacia la disciplina de una *cultura política democrática.*

La actitud radical de este ensayo sobre la democratización se corresponde con la de las entrevistas y ensayos de Lukács en los últimos años de su vida. Su testamento tiene valor a largo plazo. Su posición fue siempre construida en la confrontación apasionada con los dos falsos extremos, orientada en el método del *tertium datur*; combatió siempre en una guerra con dos frentes, pero en más de un aspecto estaba preparado para confrontar él mismo con su propio movimiento, el Partido. Gracias a este *tertium datur*, su posición teórica se encuentra con la política, de la cual la sucesiva democratización —no explosiva, tampoco proclamada simplemente de boca para afuera— representa un objetivo de primer orden. Esta es la "contribución" póstuma de Lukács en donde se pone de relieve esta correspondencia. Lukács con su análisis teórico incluye cuestiones difíciles y con sus propuestas trasciende su época. Considera, como hemos visto, que es ésta la tarea de la teoría marxista. En su testamento plantea algunos problemas "molestos" y tesis discutibles. Pero sabemos hoy que un interpelador

comprometido partidariamente y al mismo tiempo "molesto" estimula respuestas verdaderamente programáticas, debates democráticos. A la conformación socialista de los asuntos comunes de la época para los que no hay ningún precedente ni vale ninguna cita y para los que de hecho debemos hacer nuestra propia historia.

Miklós Almási
1985

Georg Lukács

EL HOMBRE Y LA DEMOCRACIA

Nota del traductor

Esta primera edición en español es una traducción del texto original alemán. Hemos suprimido los numerosos símbolos que su redactor, László Sziklai, utiliza para indicar las diferentes posibilidades en la transcripción del manuscrito (color de tinta, corrección posterior, borrón, etc.). Consideramos que así se facilitará la lectura. Sí hemos indicado aquellas variaciones que implican un cambio o enriquecen el significado. Para ello utilizamos comillas en notas a pie de página.

Con el propósito de contribuir a una mejor comprensión del discurso de Lukács decidimos anexar el prólogo que A. Scarpani realiza en la edición italiana. Por esta misma razón, incluimos también algunas referencias de esta edición, las que están señaladas con paréntesis a pie de página.

OBSERVACIONES METODOLOGICAS PREVIAS

Uno de los hechos más importantes para el marxismo que fascinó (aunque a menudo también apartó) a amplios círculos de la intelectualidad no-socialista, fue la monumental redacción del *Manifiesto comunista*, del desarrollo histórico de la lucha de clases: "Hombres libres y esclavos, patricios y plebeyos, barón y siervo, maestros y oficiales entre sí, sostuvieron una ininterrumpida lucha, ora oculta, ora lucha abierta, una lucha que termina con la transformación revolucionaria de toda la sociedad o con el hundimiento conjunto de las clases beligerantes".[1] Exceptuando la alternativa de la última frase, este cuadro histórico orientó durante mucho tiempo —a sabiendas o no— a los partidarios de una posición sociológica abstracta del marxismo, convirtiéndose en el punto de principal controversia para sus adversarios. El intento por

[1] Carlos Marx-Federico Engels. "Manifiesto del Partido Comunista" en *Obras escogidas*, Tomo IV, Eds. Ciencias del hombre, Buenos Aires: 1973, pp. 93-94.

priorizar la teoría de la absoluta "unicidad" de todo fenómeno histórico, liberado de toda regularidad de las leyes y excluyendo los conceptos generales, se ha ido paulatinamente abandonando. Y con razón, porque una oposición de este tipo con esta tajante alternativa entre el ser-en-sí-mismo[2] y la regularidad de la historia, no lleva más que a una teoría irracional y, en la práctica, a una "política realista" privada totalmente de la reflexión y de las ideas; lo que no sólo es un estorbo para cualquier intento socialista (y pseudosocialista) para dominar la realidad histórica, sino que obstaculiza también la puesta en práctica de las tendencias manipuladoras que se basan en el neopositivismo.[3]

---

[2] La traducción de este concepto de Lukács impide percibir como en el término original alemán (geradesosein) la temporalidad. Este "ser-en-sí-mismo" es un estado que está en sí impregnado de movimiento. (Nota del traductor).

[3] (Lukács revisa sumariamente al comenzar su ensayo algunas teorías de la historia, precisando la diferencia entre marxismo vulgar y marxismo auténtico [el primero ve la realidad absolutamente determinada por sus propias leyes objetivas y limita por ello la acción humana; el segundo, por el contrario, la percibe *abierta*, con sus alternativas, a las decisiones de los grupos y hasta de los individuos] y enuncia dos categorías fundamentales de la teoría de la historia o —como él la llama— de la ontología. Se trata del "ser-en-sí-mismo" [expresión que indica el conjunto de caracterís cas que distinguen a una pieza de la realidad o "ser"] y, de la "regularidad" histórica [es decir, el conjunto de las "tendencias" según las cuales se ordenan los *procesos* históricos de un "ser" dado]. De la relación entre estas dos categorías [entre el "ser-en-sí-mismo" de una realidad, y la ley o tendencia histórica de esta última] y la "decisión alternativa" de los individuos y grupos nace la dialéctica histórica que Marx fue el primero en comprender. Solamente una teoría racional de la historia [que

La ciencia y la teoría política, influenciadas ideológicamente por esta posición —al menos en sus formas de expresión— se habituaron a considerar cada vez más como realidades sociales las formas del Estado, las fuerzas y tendencias sociales que se presentan de manera lógica-gnoseológica generalizada. Esta orientación metodológica corre el peligro de transformarse fácilmente en un hábito espontáneo; mucho más cuando aparenta apoyarse en venerables tradiciones. Por ejemplo, Aristóteles y Rousseau favorecen una concepción de este tipo, en lo que respecta a nuestro problema —la democracia como forma adecuada de representación— propia de esta terminología universal. En efecto, desde las discusiones sobre dictadura y democracia —durante y después de los acontecimientos de 1917— a la controversia "totalitarismo versus democracia", la inmensa mayoría de las alternativas decisivas se buscan (y se las pretende encontrar) hasta hoy dentro de esta perspectiva metodológica.

Esto ocurre en términos no marxistas y, en general, en términos por lo menos precipitados. En la teoría de los clásicos del marxismo el ser-en-sí-mismo de los fenómenos socio-históricos y sus regularidades formuladas en general, no configuran nunca una contradicción metodológica; más bien al contrario, forman una indisoluble unidad dialéctica. El ser-en-sí-mismo es, sobre todo, una categoría socio-histórica, la manifestación necesaria del con-

---

tenga en cuenta esta dialéctica] permite actuar con realismo político y simultáneamente tener en cuenta un pensamiento general). Nota a la edición italiana: György Lukács. *L'uomo e la democrazia*. Trad. de Alberto Scarponi, Lucarini, Roma: 1987, p. 24.

junto contradictorio de las fuerzas económico-sociales activas en una lucha social de una determinada etapa de su desarrollo histórico. Para la teoría y la práctica, el conocimiento de la regularidad particular de un determinado ser-en-sí-mismo es tan importante como la determinación de la regularidad general. Incluso, para la práctica realizable de hecho en el concreto *hic et nunc* de una situación sociohistórica, la correcta comprensión de ese ser-en-sí-mismo posee una prioridad ineludible. Los manipuladores y fetichistas de las necesidades generales abstractas se equivocan cuando piensan que pueden remitirse a Marx. Basta pensar en una obra como *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* para inmediatamente percibir que allí todas las clases y desarrollo de clase, toda la reforma del Estado y del gobierno, aparecen siempre en ese concreto ser-en-sí-mismo, el que la Revolución de 1848 creó en Francia.

A partir de estos ejemplos concretos, siguiendo a Marx, nuestras consideraciones se basan en el hecho de que siendo toda formación económica, ontológicamente algo sujeto a la regularidad y al mismo tiempo a un ser-en-sí-mismo histórico, las formas superestructurales (como en nuestro caso la democracia) conforme a su ser social, no pueden más que estar constituidas en términos analógicos. Por esto, intentaremos aquí considerar la democracia (mejor dicho: la democratización, ya que se trata sobre todo de un proceso y no de un estado) históricamente como fuerza política concreta de la particular formación económica sobre cuya base surge, actúa, se problematiza y desaparece. La ahistoricidad, aquí como en otras partes, crea fetiches que —positiva o negativamente valorados— no ayudan sino que por el contrario oscurecen y enmascaran los movimientos sociales concretos (y las leyes que los suscitan).

A propósito de esta cuestión, con frecuencia se habla también de la democracia como de un estado y se olvida examinar las direcciones del desarrollo real de tal estado, cuando sólo por esta vía será posible tener un cuadro adecuado de sus características. Para subrayar esto es que preferimos el término "democratización" al de "democracia".

I. LA DEMOCRACIA BURGUESA COMO FALSA ALTERNATIVA PARA UNA REFORMA EN EL SOCIALISMO

1. Multiplicidad de las bases económicas de las democracias [1]

Es evidente que se provocarían confusiones si supusiéramos simplificadamente que los teóricos relevantes que afrontaron este tema, ya a partir de Aristóteles, estuvieron completamente desatentos frente al problema de la pluralidad. Sus observaciones, sus clasificaciones y, sobre todo, sus evaluaciones, no podían surgir sin embargo del análisis de la relación entre la base económica y la democracia como superestructura política; mucho menos, de un examen del carácter histórico de las formaciones sociales. Sus clasificaciones todavía se basaban en determinaciones generales (grandeza del Estado) o en consideraciones jurídicas (¿quién es el ciudadano?). De esta manera aparecen simples clasificaciones generales y también valoraciones generales. No

[1] "de la democracia"

obstante, nunca un conocimiento correcto de los hechos, como el ser-en-sí-mismo de las diversas democracias, surge espontáneamente de los desarrollos sociales primarios. Más aún, de la génesis real a la evaluación de las tendencias del crecimiento y de la decadencia dentro de un tipo particular de democracia[2] económicamente fundado, permanece una generalización abstracta que es imposible sea concebida como activa, operante, resultado de la "cosa misma", del automovimiento de un complejo social específico.

Marx será el primero en partir de estos elementales hechos ontológicos de la vida social. Cuando habla de la democracia de la *polis* —la primera y durante siglos la de mayor influencia ideológica como prototipo de lo que se consideraba democracia— la caracteriza y fundamenta en términos económicos: "La comunidad —como Estado— es por un lado, la relación recíproca entre estos propietarios iguales y libres, su vínculo contra el exterior, y es, al mismo tiempo su garantía. La naturaleza de la entidad comunitaria se basa aquí en el hecho de que sus miembros son agricultores de parcelas, propietarios de la tierra que trabajan, y, en igual medida, la autonomía de éstos resulta de su relación recíproca en tanto miembros de la comunidad, de la salvaguardia del *ager publicus* para las necesidades colectivas y para su gloria colectiva, etc. En este caso, sigue siendo presupuesto para la apropiación del suelo el ser miembro de la comunidad, pero, en tanto miembro de la comunidad, el individuo es propietario privado. Se relaciona con su propiedad en tanto esto es

[2] "tipo determinado de democratización"

el suelo, pero, al mismo tiempo, en tanto ésta es su ser como miembro de la comunidad, y el mantenimiento de sí mismo como miembro es igualmente el mantenimiento de la comunidad y a la inversa".[3] La democracia que se deriva de esta constelación económica no depende simplemente de la base general de las formas del ser humano, de la praxis humana —lo que ocurre en toda sociedad— sino, que está indisolublemente vinculada con un modo de existencia individual, particular, de aquellos que participan activamente de ella; un modo de ser concreto imposible de suprimir. Ser ciudadano de la *polis*, participante activo de su democracia, no es simplemente una categoría determinante de la superestructura política, sino también, e inseparablemente, la base económica del ser social, la forma material de vida para cada ciudadano individual.

Esto tiene importantes consecuencias. Con frecuencia hoy paradójicamente aparentes, para el conjunto de la vida de los hombres de esta formación social. En primer lugar, toda la vida privada se sitúa en un plano secundario, socialmente poco relevante. El verdadero ser de todos los ciudadanos, su acción en común en las tareas democráticas que surgen de su existencia y actividad, está indisolublemente unido a la base económica ya expuesta. Con su disolución —lo que ocurre necesariamente a partir del desarrollo de las fuerzas productivas, lo que aquí no sólo es posible sino además necesario— la existencia y capacidad de funcionamiento de la democracia de la *polis* termina por descomponerse. El

[3] Carlos Marx. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Tomo I, Siglo XXI, 9ª ed., p. 437.

gran prestigio, la gran consideración ideológica, el carácter de ejemplo luminoso que recibió esta forma de democracia,[4] sobre todo en su forma "clásica" de Atenas y Roma, conduce, al mismo tiempo, por su necesidad económica a su autodisolución. Marx expuso con claridad su fundamento económico: es la esclavitud la que forma la base de la cultura democrática de esta sociedad; la lucha democrática se desarrolla siempre y solamente en el interior de una minoría privilegiada; la gran masa efectivamente productiva está por principio excluida de ella como de toda participación activa en la vida social. Aún cuando el fundamento originario de este ser económico —la relativa igualdad de los propietarios de parcelas— se suprima, surge un proletariado que, según las palabras de Sismondi, vive a expensas de la sociedad mientras que en el capitalismo es la sociedad la que vive a expensas suya. La división del trabajo y de la propiedad, fundamento de toda democracia de la *polis*, es en su génesis algo casi primitivo, en muchos aspectos natural —según Marx, esta propiedad es idéntica a la pertenencia a la tribu—. Es con el inicio del "retroceso de los límites naturales" [5] que deberá retroceder. Así, esta

[4] "de democratización"

[5] (Frase de Marx con la cual se indica el proceso de creciente humanización [sociabilidad] de la vida de la humanidad .En virtud de tal proceso deviene, entre otros, el más amplio y eficaz dominio del hombre sobre la naturaleza [la cual se presenta como una barrera frente a la acción humana] pero sin llegar a una apropiación total, ya que la naturaleza —por razones ontológicas, o por razones intrínsecas al ser del hombre— no puede ser abolida del todo. Se trata de un proceso ininterrumpido). Nota a la edición italiana, op. cit., p. 29.

democracia en el transcurso de su desarrollo económico más elevado, de la creciente civilización, pierde su peculiaridad humana, la que se presenta como modelo: el individuo que actúa en ella —precisamente porque ser ciudadano de la *polis*, poseer una parcela, pertenecer a una tribu, son condiciones económico-sociales de su existencia que convergen para formar la identidad— no tiene ninguna "puntualidad" en el sentido moderno. Para el ciudadano libre su propia identidad tiene exactamente el mismo significado para su ser que para su pertenencia a la *polis*. El carácter socialmente secundario de la vida privada del ciudadano de la *polis* es la otra cara de su existencia histórica; aquí ser hombre, desarrollarse como persona es sustancialmente, en su dinámica como en su tendencia, idéntico al cumplimiento de los deberes ciudadanos en la democracia, al modo de realización de la democracia.

La forma clásica de la moderna democracia burguesa, la de la Revolución francesa, ha surgido y se ha construido con eficacia tomando muchísimo —incluso de manera conciente— del ideal de este modelo. En el plano socio-económico se encuentra, sin embargo, exactamente en el polo opuesto. Al subrayar esta contradicción Marx destaca al mismo tiempo que la libertad e igualdad (expresiones ideológicas centrales de las democracias modernas),[6] pueden asumir desde el punto de vista ideológico formas muy diferentes; pero en cuanto a la esencia económico-social "no sólo son respetadas en el intercambio de valores de cambio, sino que el intercambio

[6] "expresiones ideológicas centrales de la esencia de la democratización moderna"

de valores de cambio es la base productiva, real, de toda *igualdad y libertad*".[7]

Esta realización práctica del dominio de la libertad y de la igualdad significa —con todas sus contradicciones— un enorme progreso en la prehistoria de la sociedad humana. Con ella toma vida la verdadera sociedad; el fundamento real, objetivo, de la esencia humana. Todas las determinaciones vinculadas, en mayor o en menor medida, a los límites naturales del ser social están contenidas en su manifestación. La lucha social que ha producido este hecho, en su forma inmediata, directa, está dirigida contra la articulación de la sociedad por clases, estructuración surgida en el y del feudalismo. La feudalidad, que el joven Marx llamó "democracia de la no-libertad", le da a la estructura de la sociedad *"directamente"* un carácter *"político"*; "los elementos de la vida burguesa, como por ejemplo la posesión o la familia, o el tipo y el modo de trabajo, se habían elevado al plano de elementos de la vida estatal, el estamento o la corporación. Determinaban bajo esta forma, las relaciones entre el individuo y el *conjunto del Estado*, es decir, sus relaciones políticas".[8]

La Revolución francesa destruyó radicalmente toda esta estructura social y, con ello por primera vez en la historia del mundo, construyó la relación entre Estado y sociedad civil[9] en términos puramente sociales. Marx señala con razón que de este modo

---

[7] Carlos Marx. *Elementos fundamentales* ... op. cit., p. 183.

[8] Carlos Marx. *La cuestión judía*, Ed. Coyoacán, Buenos Aires: s/f., p. 58.

[9] "entre Estado y ciudadano de la sociedad"

pudo unificarse materialmente por primera vez la vida política con respecto a la dispersión que existía en el feudalismo; liberada en lo inmediato de las características de la sociedad civil, elevada a asunto general del pueblo con independencia real de los elementos particulares.[10] De este modo, el objetivo de la batalla ideológica de siglos por introducir el "reino de la razón" en la vida humana se convirtió en el fundamento de la vida social.

Sólo que —como más tarde lo señaló Engels— este reino de la razón se evidenció como el reino idealizado de la burguesía. No debemos entender aquí el término idealizado como una acusación política —ideológica—, sino como una comprobación objetiva, científica de la estructura social surgida en la realidad. El mismo Marx, en la comprobación teórica de las investigaciones que acabamos de citar sobre la transformación real del conjunto de la estructura social, dijo que el idealismo del Estado, de la vida política, que se produce como superación del feudalismo, presupone como fundamento contrario la culminación del materialismo de la sociedad burguesa. Ejemplifica esta contradictoria unidad entre Estado y sociedad civil, entre idealismo y materialismo en la vida de la sociedad, en la vida de cada hombre individual en cuanto miembro suyo, analizando el primer gran documento práctico [11] de esta transformación: el texto de las Constituciones de la Revolución francesa.

Esta observación se basa en la oposición-unidad entre *homme* (bourgeois) y *citoyen*. *Citoyen* signi-

10 "de los elementos particulares de la vida burguesa"
11 "documento teórico-práctico"

fica obviamente el ciudadano devenido idealmente, desligado de todas las ataduras materiales de la existencia socio-económica; el hombre, a la inversa, es el que forma parte de la sociedad civil. Marx no dejó de señalar que las Constituciones revolucionarias en lo que respecta a esta vinculación indisoluble (en tanto todo *citoyen* es también *homme*) denigran al ciudadano como servidor de los denominados derechos humanos. Con esto se recon ce la real supremacía social del hombre material, productivo (privado) sobre el ciudadano ideal.

De esta manera, también se determina con precisión el lugar de esta democracia en el gran proceso del desarrollo de la humanidad, de la f rmación del género humano, de la humanización del hombre. Acerca de la forma más general de la situación social del hombre de la democracia burguesa, ahora un ser concreto —así reconocido—, Marx dice que los otros hombres constituyen para él no la realización sino el límite de su libertad. Y, ésta es la realidad social básica del capitalismo: el sujeto de la praxis real en la sociedad es el hombre egoísta, el hombre y, por ello, simplemente particular.[12] Aquí como componente necesario de esta fase del desarrollo, la generalidad del hombre alcanza un nivel más alto, en términos sociales objetivos, que

[12] (En la concepción de Lukács, autor de *Ontología del ser social*, "hombre particular" es aquel que en su pensamiento y en su acción se limita al propio horizonte del "individuo". El hombre particular se contrapone al "hombre individual" que en su pensamiento y acción expresa la humanidad [en el lenguaje de Lukács: la generalidad] posible a este nivel del desarrollo histórico del género humano). Nota a la edición italiana, op. cit., p. 32.

en cualquier otra formación precedente, menos social; la generalidad que realiza la vida genérica real del hombre se p esenta como "oposición a su vida material".[13]

Naturalmente, en los días tumultuosos de la gran transformación todo está formulado con mayor *pathos*; con mayor pasión que luego durante el tiempo prosaico de la realización práctica. De estos momentos de entusiasmo parte la superabundancia —desde el Renacimiento reiteradamente actualizada— del modelo de la antigua democracia de la *polis*. No se trata de ninguna extravagancia literaria o intelectual. Fue necesario, dice Marx, a propósito de la Revolución francesa, el heroísmo para darle vida. Sus protagonistas necesitaron ideales, e incluso ilusiones "para ocultarse a sí mismos el contenido burguesamente limitado de sus luchas y mantener su pasión a la altura de la gran tragedia histórica".[14] Estos momentos de pasión heroica con frecuencia vuelven a identificar, de manera históricamente falsa, las dos grandes formas de democratización —en realidad intrínsecamente antitéticas— pasando negligentemente por alto ante sus contradicciones sociales. Sin embargo, la revolución triunfó e instauró un proceso real en el cual las determinaciones ontológicas[15] de la democracia[16] burguesa se

---

[13] Carlos Marx. Ibid., p. 35.

[14] Carlos Marx-Federico Engels. "El 18 brumario de Luis Bonaparte" en *Obras escogidas*, Ed. Cartago, Buenos Aires: 1957, p. 161.

[15] ("Determinaciones ontológicas" en el lenguaje filosófico de Lukács son las "características intrínsecas"). Nota a la edición italiana, op. cit., p. 33.

[16] "de la democratización"

convirtieron en formas dominantes del mundo estatal capitalista, de la civilización capitalista. La máscara ideológica arcaica de la *polis* debió perder toda realidad social. Cuando fue utilizada como medio ideológico, después del triunfo de la revolución, resultó una mentira, una caricatura, un engaño conciente; la materialidad económica del democrático ciudadano de la *polis* que vive y comercia como poseedor de una parcela no podrá nunca más ser restaurada. Su ser social no tiene nada en común con el sujeto del intercambio de mercancías, con la libertad y la igualdad que lo caracterizan [17] en su práctica: materialmente en la circulación de mercancías, idealmente en su superestructura estatal.

2. Las tendencias necesarias del desarrollo de la democracia burguesa [18]

Hasta aquí pudimos sólo señalar el principio económico más general que opone a estas dos formas de democracia entre sí. Una estructura no es, contrariamente a lo que hoy dicen las teorías de moda, un principio estático por su naturaleza, es decir no-histórico; sino el fundamento ontológico y —justamente por esto, ante todo— dinámica del desarrollo de toda formación.[19]

---

[17] "que lo caracterizan socialmente"

[18] "de la democratización"

[19] (Alusión al estructuralismo que en 1968 estaba muy presente en la cultura de la izquierda y del cual podemos decir que entiende la realidad constituida por estructuras estáticas, privadas de historia. En la concepción de Lukács, la realidad —que se debe presentar como una teoría

Habíamos visto como en la relación necesaria con el desarrollo de las fuerzas productivas terminaba por destruirse la igualdad de los propietarios de parcelas, base económica de la democracia de la *polis*. Observemos ahora las tendencias dinámicas que la antítesis entre el materialismo de la sociedad burguesa y el idealismo del Estado contiene en sí misma y desarrolla como tendencia del movimiento.

La práctica materialmente orientada del *homme* de la sociedad burguesa tiene un carácter dinámico universal, posee entonces la tendencia de someter a sus intereses todos los fenómenos de la formación social con los cuales entra en relación. En consonancia con todas las observaciones imparciales de este período, Marx describe el consecuente proceso[20] de acción con el cual el *homme* de la sociedad capitalista actúa hacia las instituciones de ésta, hacia la superestructura "ideal", en los términos siguientes: "El burgués se comporta ante las instituciones de su régimen como el judío ante la ley: la burla siempre que puede, en todos y cada uno de los casos concretos, pero quiere que todos los demás se atengan a ella y la respeten."[21]

---

del ser [ontología] y no como una teoría del conocimiento [gnoseología] del ser — por el contrario, es un proceso histórico, *ser* es igual a *devenir*. Sobre esta base teórica general, el objetivo de la teoría política de Lukács [la democracia en primer lugar] también "se desarrolla" y no es mesurable sobre un modelo absoluto [estático]). Nota a la edición italiana, op. cit., p. 34.

[20] "Marx describe un aspecto importante del consecuente proceso"

[21] Carlos Marx-Federico Engels. *La ideología alemana*, Ed. Pueblos Unidos, 4ª ed., Buenos Aires: 1973, p. 207.

El hecho en general no constituye desde el punto de vista histórico una novedad. El Estado de toda sociedad es un arma ideológica para combatir los conflictos de clase.[22] Sin embargo, cuando un determinado sector de ciudadanos de la *polis*, por ejemplo, compra la propiedad de aquellos que se han empobrecido, contribuye a disolver la comunidad parcelaria[23] y, cualquiera sea su intención, de hecho impulsa en la práctica la descomposición de la propia democracia de la *polis*. Esta conducta que describe Marx, y también otros (pensadores honestos, especialmente escritores), promueve en el plano económico el desarrollo del capitalismo y, al mismo tiempo, adapta la superestructura estatal a las necesidades económicas que se han desarrollado de este modo. La superestructura democrática debe mantener desde el nivel socio-ontológico en general su carácter "ideal", su contenido, cuyas formas de acción se ciñen cada vez más a las necesidades del *homme*. Que estos contenidos (y las formas de acción que se desprenden de ellos) adquieran una validez social general, representados por grupos económicos importantes, no cambia en nada los principios fundamentales de la cuestión (por lo menos para nuestra perspectiva). Para nosotros importa que

[22] "para combatir los conflictos de clase según la concepción de la clase dominante". (En el lenguaje de Lukács el término "ideológico" no tiene un tono negativo, ni en el sentido tradicional de "falsa conciencia", ni en el sentido hoy corriente de "dogmático". Aquí ideológico es todo aquello que deviene o [como el Estado] por su naturaleza es, instrumento "ideal" [no-económico] de lucha en los conflictos sociales...) Nota a la edición italiana, op. cit., p. 35.

[23] "contribuye a disolver la igualdad de la posesión de parcelas"

los movimientos sociales tengan suficiente fuerza como para provocar modificaciones en la base económica, para incidir sobre su relación dinámica-estructural con la superestructura "ideal". Quien intente estudiar tales tendencias en términos no fetichistas, no debe perder de vista que todo movimiento de masas puede ser sólo un tipo particular de síntesis de tales actos prácticos personales. Cuando Marx se remonta a la deformación interior del ser individual en todo comportamiento de este tipo, en el plano del ser adquiere una profunda justificación desde el punto de vista socio-ontológico. Es aquí donde se confirma la exactitud de la comprobación, según la cual de este tipo de acciones del género humano se deduce la deformación de la generalidad del hombre (en términos individuales inmediatos: de su relación con el prójimo).

Por contradictorio que aparente ser el aspecto lógico-formal o gnoseológico, la actuación social en los términos más puros posibles del "idealismo" de la superestructura es el medio más eficaz para posibilitar la realización sin dificultades de las tendencias materiales-egoístas en la vida social. No es ninguna casualidad que el formalismo abstracto del derecho se haya desarrollado de esta manera y merezca el mayor prestigio en tales condiciones. Tampoco es ninguna casualidad —volviendo a nuestro verdadero problema— que el más perfecto, el más explícito "idealismo" abstracto de las formas de gobierno del Estado, sea el instrumento más apropiado para que se afirmen los intereses egoístas-capitalistas sin dificultad bajo el pretexto de intereses generales, ideales. Resumiendo: cuanto más puro el parlamentarismo; cuanto más típica la realización central de este idealismo estatal —aparentemente independiente, formalmente autónomo de la vida

real de la sociedad—; cuanto más llega a ser un instrumento con valor de figurar como un órgano puro de la voluntad ideal del pueblo, tanto más apropiado como instrumento para hacer valer los intereses egoístas de los grupos capitalistas, precisamente bajo la apariencia de una ilimitada libertad e igualdad. Por esto quizás la expresión "apariencia" no sea totalmente exacta. Pues aquí no se realiza simplemente una apariencia de libertad e igualdad, sino precisamente su esencia económica, la que ellas representan en verdad en la circulación capitalista de mercancías.

La lucha para obtener una forma pura de parlamentarismo (por ejemplo, la lucha por el sufragio universal), por su omnipotencia como legisladora y supervisora de la vida del Estado, ocupa en los hechos la vida política a partir de las grandes revoluciones de los siglos XVII y XVIII. Sobre una parte de estas luchas, sobre la superación de los restos de la estructura por estamentos, no vale la pena detenernos aquí; pertenecen en lo esencial, por lo menos en los países capitalistas desarrollados, al pasado. Nos parece mucho más importante dirigir nuestra atención hacia los pasos decisivos en el intento de organizar una democracia[24] en el sentido de las grandes revoluciones, resultado de las luchas de masas en las cuales siempre debió emprendese una corrección democrática[25] del parlamentarismo "puro" dispuesto. Los demócratas plebeyamente radicales cuyas masas sirvieron en el ejército de Cromwell en la época de la Revolución inglesa, los revolucio-

[24] "una democratización"
[25] "democratizadora"

narios plebeyos de las secciones parisinas, presionaron sobre el parlamento cuando fue necesario dispersarlo o diezmarlo para crear órganos que estuvieran en condiciones de expresar los verdaderos intereses del pueblo trabajador. Recién la "Gloriosa Revolución" en Inglaterra y el régimen de Luis-Felipe más tarde en la Tercera República Francesa fueron capaces de impedir tales intromisiones "no deseadas" y de asegurarle al parlamento esa libertad e igualdad formal que se correspondía con los intereses de los grupos capitalistas dominantes. No debemos nunca olvidar que en épocas de crisis —basta pensar en el affaire Dreyfuss— surgen en el horizonte político, desde luego ahora ya atenuadas, las posibilidades de correcciones plebeyo-democráticas. De hecho, en la teoría política del siglo XIX aparece contínuamente la oposición entre el democratismo consolidado en el pueblo y el liberalismo parlamentario. No necesitamos destacarlo: con el triunfo prácticamente indiscutible del segundo.

3. La democracia burguesa hoy

No nos compite señalar aquí, aunque sólo sea brevemente, el ir y venir de estas controversias. Nuestro interés está centrado en aquellas tendencias fundamentales cuyos gérmenes descubrió ya Marx en las Constituciones de la Revolución francesa y que, desde entonces, han conquistado un dominio ilimitado [*] en las sociedades capitalistas desarrolladas. Lo que hoy se acostumbra llamar libertad

[*] "un dominio decisivo"

es el resultado del (por lo menos en la superficie) triunfo indiscutible de las fuerzas internas del capitalismo. Es obvio que las modificaciones cualitativas que el capitalismo ha realizado desde sus inicios hasta hoy, también en su superestructura política —la libertad de la democracia burguesa— ha debido someterse a muchos cambios pero ha mantenido intacta su esencia, la estructura fundamental que hemos descripto aquí parafraseando a Marx. Se puede y se debe decir que, en el transcurso de ese desarrollo el carácter fundamental que determinó su naturaleza, su propia vida interna, se ha realizado con mayor claridad y pureza de lo que fue posible en los inicios revolucionarios llenos de ilusiones.

Cuando hoy hablamos de la democracia burguesa, de la libertad realizada en ella, debemos basarnos en aquellos contenidos y formas que específicamente caracterizan al capitalismo actual. Un político o teórico de la política en el plano ideológico abstracto puede querer imaginar que crea alguna libertad pasada representada utópicamente para el futuro. Sus esfuerzos tienen algunas consecuencias reales, prácticas; hoy sólo pueden apoyarse consecuentemente con la economía capitalista actual en la democracia adecuada a esta última. Esto se refiere —sobre todo— a aquellos ideólogos que distinguen en la democracia burguesa una auténtica alternativa respecto al socialismo actual. Sus sueños pueden ir desde Cincinato hasta Rousseau, desde Cromwell a Robespierre, que en realidad hoy sólo es posible una democracia [27] burguesa a lo Nixon o a lo Strauss. Sobre las consecuencias necesarias de tales pseudoalterna-

[27] "una democratización"

tivas, hoy muy difundidas, volveremos más adelante. Aquí sólo queremos aludir brevemente a la absoluta prioridad ontológica de la actualidad frente a un pasado (por más deseable y atrayente que éste sea).

La democracia de hoy —actual culminación de un desarrollo de siglos— es la democracia de un imperialismo manipulador en cuyo dominio se reina mediante la manipulación. Sabemos que estamos violando la etiqueta de la cientificidad, hoy considerada respetable, al escribir sin comillas palabras como imperialismo o colonialismo. El desprecio que en general impera en toda ciencia social por el siglo XIX dado el dominio de los dogmas, frente al cual la actualidad representa algo cualitativamente nuevo, precisamente tiene en el plano ideológico, en primer lugar, la tarea social de esclarecer el conflicto cualitativo del estado económico [28] del presente con relación al del pasado. Así es como se propagandiza ampliamente en el mundo el concepto de sociedad "pluralista" en oposición a la "totalitarista", aspirando transformar en patrimonio intelectual común la idea de que el fascismo y el comunismo son íntimamente afines. Dado que la industria de bienes de consumo y de servicios resulta del carácter de la gran empresa capitalista, con el consecuente interés económico del capitalismo hacia el proletariado como comprador de mercancías, se propagandiza afirmando que la teoría de la plusvalía es obsoleta. Mientras que, en realidad, se trata desde el punto de vista económico, de la suplantación de la plusvalía absoluta por la relativa; un proceso

[28] "económico-social"

que en la teoría de la plusvalía de Marx no sólo está previsto sino que además se caracteriza precisamente como la sustitución de la inclusión meramente formal de la producción entre las categorías capitalistas por parte de la inclusión real. De esta manera, debía desaparecer de la moderna "sociedad industrial" toda huella de la antigua sociedad de clases, para lo que mucho han contribuido los partidos socialdemócratas que en los hechos se apartaron radicalmente del marxismo para convertirse en miembros activos del *establishment* manipulador. ¿Qué rol jugó en esto la teoría y la práctica comunista estalinista y postestalinista?, lo discutiremos más adelante. En todo caso, destaquemos que en todas partes los sindicatos están a la izquierda de los partidos socialdemócratas y que las huelgas revelan que no renunciaron del todo a la lucha de clases en el plano económico. De algún modo, la liberación de las colonias actuales debería indicar una desaparición de todas las huellas de la vieja explotación y opresión; en verdad, la política que se pretende novedosa, que reniega de toda idea de colonización, no es otra cosa en su sustancia real que la continuación de la vieja con medios técnicos nuevos. Continúa sosteniendo las tradiciones de la Warren Hastings, del imperialismo alemán, etc.: conservar en el "tercer mundo" mediante todos los medios económicos y militares la dominación de las capas más reaccionarias y reprimir con brutal violencia todo intento de introducir incluso una reforma de tipo liberal-burguesa. Que las formas de dominación que surgieron por esta vía reciban en la propaganda el título de "libertad" no cambia en nada —como lo muestran los ejemplos de Santo Domingo, Indonesia, Vietnam, etc.— la continuidad a nivel social-imperialista.

Aquí nos interesa evidenciar la actividad que permanece de las tendencias económico-sociales capitalistas de fondo. Y afrontamos, ante todo, el problema de la generalidad, para lo cual es necesario que recordemos como este principio del desarrollo humano-social asume en la lucha de clases fundamentada en el capitalismo una nueva forma —más progresista en comparación con las sociedades anteriores—. Marx indicaba como (en la sociedad burguesa) la vida genérica del hombre está en contradicción con su vida material. Para entender correctamente la importancia central que tiene esta afirmación en el plano teórico-práctico, debemos remontarnos a los planteos que desempeñaron un rol decisivo en la fundamentación teórica del materialismo marxista. En la sexta tesis sobre Feuerbach, Marx criticaba su concepción de la esencia humana argumentando que "la esencia humana no es algo abstracto e inmanente a cada individuo. En su realidad es el conjunto de las relaciones sociales". Debido a que Feuerbach no comprende esta compenetración de la esencia humana con la totalidad real de las relaciones sociales, su originarse en ese desarrollo está obligado, en primer lugar, "a prescindir del resultado final social";[29] y, en segundo lugar, al presuponer al hombre como individuo abstracto, aislado, la esencia para él puede "concebirse, por tanto, de un modo *'genérico'*... como una generalidad inter-

[29] En otras ediciones distintas a las usadas por Lukács, dice "a prescindir del proceso histórico", coincidiendo con la versión castellana de Pueblos Unidos. (Nota del traductor).

na, muda, que une de un modo *natural* a los muchos individuos".[30]

La abstracción y el mutismo del género conducen a que este último no reciba en Feuerbach un contenido real socio-humano, lo que —como en toda determinación gnoseológica o lógica (y no ontológica)— permanece "mudo". Marx expresa de esta manera que reconoce la generalidad feuerbachiana sólo como realidad para la naturaleza orgánica donde puede "concebirse como una generalidad interna, muda, que une de un modo *natural* a los muchos individuos". La esencia socialmente existente del hombre, su generalidad real, consiste entonces en la superación histórica de este "mutismo".

Marx aquí pudo darse por satisfecho con esta contraposición aforística. Desde el principio se esforzó por concebir en términos históricos-concretos esta generalidad real, no más abstracta, y por lo tanto, ya no más muda. Ya la afirmación de la que hemos partido, según la cual en la sociedad burguesa la vida genérica del hombre está en contraposición con su vida material, implica una interpelación ontológica y por eso socio-histórica entre individuo y género. En los *Manuscritos económicos-filosóficos* esta tesis se concreta de otra manera muy importante: "Hay que evitar, sobre todo, fijar de nuevo la sociedad como una abstracción frente al individuo. El individuo *es* el *ser social*. La manifestación de su vida —aún cuando no aparezca en la forma inmediata de una manifestación *colectiva* de la vida, cumplida con otros y al mismo tiempo que ellos— es, pues una

[30] Carlos Marx. *Sobre Feuerbach*, Ediciones Pueblos Unidos, Buenos Aires: 1973, p. 667.

manifestación y una afirmación de la *vida social*".[31] Evidentemente que la unidad que deriva así entre individualidad y generalidad no es algo dado de forma natural, sino el producto de un proceso histórico-social que debió crear y superar muchas transiciones antes que desaparecieran estas características seminaturales que oponen límites naturales al origen y al desarrollo concreto de esta unidad general entre ser-humano y generalidad. La sociedad debe socializarse radicalmente, las barreras naturales de la vida social deben ser retiradas a fin de que sea posible esta generalidad humana, su verdadero elevarse del mundo animal en el cual tiene su origen. Este proceso lo lleva a cabo el capitalismo[32] en la economía y, a través de ella, en el conjunto de la sociedad.

Sólo el proceso que origina esto es causal, necesario, sin embargo no está determinado —como proceso global— por ninguna teleología. Así aparece en el capitalismo una sociedad verdaderamente socializada, es decir una realización de la generalidad humana, una sociedad que internamente sólo puede mantenerse por antagonismos insuperables; una sociedad en la que el hombre, necesario desde el punto de vista económico, no está en condiciones de elevarse a la verdadera generalidad, al verdadero ser-humano en la dimensión social. Una contradicción de este tipo es la que destacamos anteriormente entre vida general y vida material de cada individuo, así como de la totalidad de los humanos. La generalidad hu-

---

[31] Carlos Marx. *Manuscritos económicos-filosóficos del año 1844*, Ed. Cartago, Buenos Aires: 1984, p. 134.

[32] "lo lleva a cabo también el capitalismo"

mana se realiza precisamente en cuanto tal unidad autogenerada, en cada suceso particular y en el proceso global, se destruye simultáneamente y se transforma en su contrario. Sociedad significa la acción conjunta de las personas, lo que desde el punto de vista técnico-práctico, nunca antes se había encontrado al nivel de realización alcanzado por el capitalismo actual. Simultáneamente, las mismas fuerzas económico-sociales que objetivamente producen y reproducen este inédito estado de interdependencia, no provocan "la unión del hombre con el hombre", sino al contrario la "separación del hombre con respecto al hombre". La libertad individual, como condición y producto de la sociedad,[33] "hace que todo hombre encuentre en los otros hombres no la *realización* sino al contrario la *limitación* de su libertad, el derecho humano de la libertad no se basa en la unión del hombre con el hombre, sino por el contrario, en la separación del hombre con respecto al hombre. Es el derecho a esta disociación, el derecho del individuo *delimitado*, limitado a sí mismo".[34]

La palabra limitación que caracteriza este proceso lo suaviza y modera. Hobbes expresa con brutalidad este estado al hablar del "*homo homini lupus*"; no es casual que hoy se proponga en las más diversas partes como el ideólogo típico de esta transición al Marqués de Sade. En ellos lo sexual es decisivo, por lo menos en un sentido inmediato. En la teoría de Sade es importante saber que en el acto sexual mismo no se trata de la acción conjunta de dos personas, de su vida en común, sino que para el hombre

[33] "como resultado de esa sociedad"
[34] Carlos Marx. *La cuestión judía*, op. cit., pp. 53-54.

la mujer no cuenta como persona, permanece sólo como objeto. La verdad inherente a esta determinación en su agudización extrema aparece en la definición kantiana del matrimonio, en la que el egoísmo de la conciencia cínica de Sade se transfiere al lenguaje de la circulación de mercancías. Para Kant, el matrimonio es "la unión de dos personas de diferentes sexos para la posesión mutua, durante toda la vida, de sus propiedades sexuales".[35]

La categoría, al mismo tiempo objetiva y subjetiva, que determina tanto al individuo como a la sociedad, que se presenta junto a lo que recién señalamos y que representó socialmente las condiciones previas así como sus consecuencias, es la de tener. Marx dice a este propósito: "La propiedad privada nos ha vuelto tan tontos, y tan unilaterales, que un objeto sólo es *nuestro* cuando lo tenemos, cuando existe, pero para nosotros como capital, o cuando es poseído, comido, bebido, llevado sobre nuestro cuerpo, habitado por nosotros, etc., en una palabra, cuando es *utilizado*... En lugar de *todos* los sentidos físicos e intelectuales, aparece, pues, la simple alienación de *todos* esos sentidos, el sentido del *tener*".[36] Sería ridículo imaginar que estas características sociales del capitalismo, que operan universalmente tanto en el plano económico como en el humano, hayan desaparecido en el siglo XIX. Al contrario. Precisamente en la "sociedad industrial" de la actualidad es donde alcanzan su mayor desarrollo. No es

[35] Kant. "Metafísica de la moral", en *Biblioteca filosófica*, T. 42, Ed. de la librería de Dürr, Leipzig: 1907, p. 91.

[36] Carlos Marx. *Manuscritos económicos-filosóficos del año 1844*, op. cit., p. 135. (En lugar de "unilaterales" aparece en la ed. española "limitados". Nota del Traductor)

ninguna casualidad que la relación económica, social y humana-individual de la alienación —cuya primera teoría formuló Marx hace casi un siglo y medio y que en el siglo XIX aparentó desaparecer casi por completo, tras el problema de la explotación material— hoy se haya convertido en un problema socio-humano universal. Asímismo, Marx aludió ya entonces a la universalidad de la alienación que abarca tanto a explotadores como a explotados del capitalismo. Sin embargo, hoy esta consecuencia social del capitalismo se vive como un problema general más de la humanidad. Esto demuestra que el carácter de la existencia humana en el capitalismo domina en su esencia, aunque con otras manifestaciones, con fuerza aún mayor tanto extensiva como intensivamente sobre el conjunto de la vida humana. El capitalismo de hoy no constituye la superación sino la ampliación y profundización de la problemática concerniente a su propia naturaleza.

¿Qué aspecto tiene, entonces, este capitalismo desde la óptica de nuestro problema, la democratización? Exteriormente es su potenciación, su ampliación universal. ¿Cuál es el nuevo contenido social de tal solidificación y amplificación? En la superficie, en lo inmediato, domina la manipulación sutil del mercado devenido universalmente capitalista. Con la ayuda de los medios masivos sobreestimados en forma inaudita, la publicidad del consumo se convirtió en el modelo de "esclarecimiento" político. Lo que, dicho entre paréntesis, vio con claridad Hitler, quien consideraba a la buena publicidad del jabón como el modelo de toda propaganda política. Naturalmente no se trata de una ejemplificación directa e incluso en lo inmediato, se puede hablar de un estricto contraste. De hecho, la propaganda política de Hitler fue abiertamente ideológica (no es ne-

cesario hablar aquí de la calidad de su contenido, de su argumentación, etc.). La vida política después de la victoria sobre Hitler, el período de la "guerra fría", de la política del *roll back*, inventó contra el "totalitarismo" (se refería sobre todo al socialismo) la nueva ideología de la desideologización. No pretendemos decir absolutamente nada sobre la fragilidad interna, sobre la contradicción intrínseca, de este medio político. Desde el momento en que lo definimos como ideología, hemos ya respondido a la cuestión. Según Marx, toda ideología sirve para combatir los conflictos que han surgido en el terreno económico-social y, puesto que toda sociedad de clases debe producir siempre tales conflictos, nadie puede no tener conciencia sobre esta permanente batalla ideológica. Dentro de este absurdo de principio,[37] el término desideologización tiene, sin embargo, una significación muy concreta: el mercado debe imponerse aquí como modelo universal;[38] tal como mediante la propaganda publicitaria toda persona es empujada a comprar "libremente" esa mercancía, que supuestamente es la que mejor responde a sus necesidades de consumo, así esta persona debe comportarse también en la vida política, durante las elecciones, en el sufragio, etc. Recién al referirnos al mercado, hemos puesto entre comillas la palabra libremente: las relaciones sociales del capitalismo manipulador, del consumo de prestigio que necesariamente se forma, hacen que esta relación sea extremadamente problemática, incluso para el mismo mercado. La manipulación sutil consiste

[37] "insensatez de su fundamento teórico"
[38] "modelo universal de toda práctica humana"

precisamente en que se le sugiere al comprador la adquisición de una determinada mercancía de manera tal que imagine su compra, su posesión, como el resultado de una decisión libre, como expresión de su propia personalidad.

Este principio de manipulación puede ser aplicado mucho más fácilmente a la participación de la persona en el ámbito "ideal" de la vida del Estado. La dinámica del capitalismo (debido a aquello del desarrollo del ser-humano, de la relación del hombre con su prójimo, con las propias instituciones de la sociedad) terminó por transformar el dualismo que al inicio se presentaba abruptamente en una interacción dinámica en la cual, por necesidad económica, el materialismo de la sociedad burguesa llega a ser el momento trascendente. Marx describió el efecto de esa relación sobre la práctica del individuo de esta manera: "El burgués se comporta ante las instituciones de su régimen como el judío ante la ley, la elude tanto como es posible en todos los casos particulares, pero quiere que todos los demás la deban respetar".[39] Esta conducta individual, en su necesaria generalización social, en su masificación, conduce a que el mundo "ideal" del *citoyen* devenga en la práctica[40] cada vez más un simple instrumento de este egoísmo del *bourgeois*. Naturalmente no toda conducta de este tipo está sancionada por el Estado. La lucha de clases impone toda una escala de situaciones diferentes, que se extienden desde la simple prohibición de esas conductas a la tolerancia tácita

[39] Carlos Marx-Federico Engels. *La ideología alemana*, op. cit., p. 207.

[40] "en la práctica de la sociedad"

o explícita, pasando por el castigo a determinadas formas de violar la ley. Se trata de un complejo que tiende constantemente a la universalización. Que se trate de la legislación misma o "simplemente" de tendencias en la administración, en la interpretación de la ley,[41] etc., es —al momento de determinar los hechos de fondo— de importancia secundaria.

Lo que cuenta es que podamos ver con claridad como tal penetración de este "ideal" de la libertad y de la igualdad por el materialismo egoísta de la sociedad burguesa, es un hecho universal.

Nuestro objetivo no es aquí analizar detalladamente este proceso concreto de penetración. Nos importa solamente que la forma "ideal" de libertad e igualdad no fue nunca puesta en duda, sino al contrario, llegó a convertirse en vehículo de los intereses egoístas —clasistas— del burgués (defensa de la legalidad de la segregación de los "negros" en nombre de la autonomía constitucional de los Estados particulares de los EE.UU., etc.). La libertad y la igualdad de ninguna manera desaparecen en este proceso; sus formas cada vez más socavadas llenan, como contenido, los intereses cada vez más concretos de la burguesía. Cuanto menos la libertad está unida por el contenido a los ideales (las ilusiones) del origen, tanto mayor es la gloria tributada al fetiche vacío de la libertad; cuanto más dominan la vida real los intereses de los grandes *lobbies*, tanto mayor el honor que se le hace a este fetiche como utilización y coronación de cada expresión propagandística. La desideologización, en cuanto sucedáneo supuesto práctico de la ideología, es la veneración

[41] "en la práctica judicial"

ideológica de la libertad sin sustancia, forma en sí una antítesis real y, por ello, también conceptual; en la práctica son, sin embargo, principios recíprocamente complementarios.[42]

Claro está: no en este simple antagonismo abstracto-ideal. El fetiche de la libertad ha necesitado en el plano social de la realidad, potencia organizativa, directiva y operativa, para no hundirse en un adorno ideológicamente útil —y por ello socialmente importante— en una mera retórica. Ese órgano operativo, cuya actividad ayuda en caso de necesidad al éxito práctico de los intereses, de vez en vez decisivos de los grupos monopólicos más importantes, es la CIA. Es ésta quien dirige en definitiva —desde Sudamérica a Vietnam— la "defensa de la libertad" por parte de EE.UU.; es ésta quien garantiza el triunfo de tales intereses de la libertad también en la política interna del país. Pensemos, por ejemplo, en el asesinato de los dos Kennedy y en el de M. Luther King. En estos dos últimos casos, aún está pendiente su aclaración. Y aunque en el primero hubo una investigación judicial, ésta no ha conducido a ningún resultado claro. Ni siquiera el desenlace concreto del asesinato de Kennedy fue aclarado; toda persona que no esté manipulada en un cien por ciento sabe que es imposible que haya ocurrido como lo presenta el informe Warren; y tampoco se puede esconder que la mortalidad de los posibles testigos está por encima del promedio general. "Misterios" de este tipo parecen estar en contradicción con el poder ilimitado de la opinión pública en el "mundo libre". El equilibrio se establece en parte

[42] "principios de la acción social"

con la violencia brutal, con el peligro de muerte que amenaza a todos los que intentan dar a conocer también aquí los hechos desnudos. Aparentemente, el aparato ideológico de los medios de comunicación de masas crea una amplia atmósfera de consenso para el legítimo secreto que en los *best-sellers*, en las películas de mayor éxito, etc., encierra la vida y acción de los "grandes hombres" de las organizaciones secretas. Quien haya examinado históricamente el desarrollo de la sociedad capitalista, sabe como el poder de los órganos públicos ha ido constantemente disminuyendo frente al de la burocracia —militar y civil— que trabaja bajo el "secreto de servicio". Si se compara la relación de los órganos democráticos del período revolucionario con lo que sucede, por ejemplo, en el ejército ya en la Tercera República, se obtiene así un cuadro instructivo de transición social en cuyo final —hoy— está la C.I.A. También aquí se trata de un fenómeno radicalmente nuevo sólo en términos relativos y concretos; no es otra cosa que la radicalización de un proceso largo y necesario.

Mencionemos de pasada que los últimos años muestran signos del comienzo de una crisis del sistema.[43] Los movimientos de oposición están por ahora poco desarrollados, tanto en sentido material como ideológico. Esto tampoco debe sorprendernos. En toda sociedad cuando empiezan a evidenciarse sus contradicciones internas, la oposición comienza con un "no" abstracto, con un "no" que todavía no está en condiciones de transformarse concientemente en un "sí" a una perspectiva distinta, ni de con-

[43] Recordemos que Lukács escribe en el transcurso del año 1968. (Nota del Traductor).

cretarse en este sentido. Es muy fácil criticar despreciativamente a la oposición por esto. Tampoco los bienaventurados destructores de máquinas superaron el "no" de un violento *happening* y, sin embargo, fueron el primer anuncio del movimiento obrero revolucionario.

Los que hoy sonríen despreciativamente deberían pensar en ejemplos de este tipo, que se reiteran con frecuencia en la historia. Pero, sobre todo, deberían pensar porqué la época de la manipulación, glorificada como vértice y término de la historia, cada vez con mayor frecuencia —por ejemplo en Vietnam o en la cuestión negra— termina por manifestar su impotencia interna cuando se trata de responder, aunque sólo sea aproximadamente, a las preguntas que ella misma plantea.

Deberíamos llegar a observar, aunque sea de lejos, esta compleja crisis. El conjunto de nuestras consideraciones sobre la forma actual de la democracia [44] se orienta sólo a un objetivo: conocer qué es esta democracia y si como muchos creen [45] también en el mundo socialista es una alternativa social real cuando se verifican crisis de crecimiento del socialismo. Nuestra respuesta es un fuerte y rotundo ¡no! ¡Nunca! Algunas de las razones más profundas aparecen concretamente en las páginas siguientes, en las que discutiremos sobre la problemática del período estalinista y sus consecuencias. Aquí sólo nos limitamos —en términos aproximados y sencillos— a esta afirmación política: si un Estado

[44] "de la democratización"

[45] "una democratización semejante es como muchos creen"

que ha sido llevado por los epígonos de Stalin a una situación de crisis económica-social pretende la supremacía de la alternativa de la democracia burguesa, se podría —sin ser profeta— predecir un futuro altamente probable: la CIA llevaría a cabo en poco tiempo una nueva Grecia. No basta apoyarse en el convencimiento honesto de algunas personas ideológicamente cómplices. Esto no es necesario en lo más mínimo ponerlo en duda. Cualquiera sean sus convicciones, éstos y aquellos que la ayudan, que simpatizan con ella, hoy no pueden más que darle vida a una democracia burguesa actual. (Lo que ellos piensen en el fondo de su corazón, objetivamente no tiene ninguna importancia). Para retroceder sólo cincuenta años: nadie duda que Lloyd George en Inglaterra y Clémenceau en Francia fueron demócratas convencidos, incluso demócratas de izquierda.[46] Sin embargo en 1919 organizaron la intervención armada contra la República de los Consejos Húngara y depusieron[47] al gobierno social-demócrata que ellos mismos habían propuesto (cuyos dirigentes también eran demócratas burgueses convencidos), instaurando con ello el fundamento de la dominación de Horthy. La historia no se repite en sus modos de manifestarse. En Grecia no hubo una intervención armada, sólo estaba la CIA en el trasfondo y sus oficiales, que de uno u otro modo, con o sin participación directa, manipularon. Las formas concretas no son previsibles, sólo la línea general de la necesidad social. Y en este sentido se puede decir: La democra-

[46] "demócratas burgueses incluso de izquierda"

[47] "depusieron después de tres días de haberlo propuesto ellos mismos"

cia burguesa como alternativa en el momento en que el Estado socialista entra en crisis, implica una perspectiva griega.

II. LA VERDADERA ALTERNATIVA: ESTALINISMO O DEMOCRACIA SOCIALISTA

1. Condiciones teóricas e históricas de un planteo concreto

Cuando desestimamos la democracia burguesa como alternativa de la socialista, lo hacíamos, ante todo, por consideraciones político-prácticas; vimos sintéticamente algunas de las experiencias de nuestros días las que indican claramente como toda tentativa de este tipo conduce infaliblemente a la liquidación del socialismo (y, con gran probabilidad, de la democracia misma). Al intentar ahora —como complemento necesario de esta negación— esclarecer ideológicamente la verdadera alternativa, debemos aproximarnos a este problema con instrumentos metodológicos similares; es imposible presentar al socialismo (a las concepciones que hoy predominan sobre su esencia) sin ningún reparo, como el otro término de la alternativa; presentarlo como su opuesto mediante declaraciones dogmáticas. Debemos, a la inversa, esforzarnos por comprender en

términos histórico-sociales[1] el modo real de ser del socialismo de hoy, su actual ser-en-sí-mismo para, a partir de allí, formular los problemas de la democratización.[2]

El verdadero ser social del socialismo actual es el conjunto de sustitutos sociales, tendencias, teorías, tácticas, etc., que provienen de la crisis del período estalinista. Esta crisis alcanzó su primera expresión teórico-práctica en el XX Congreso (1956) y en los efectos que provocó. Es imposible comprender esta obra reformista en cuanto a su estructura teórico-práctica, dirección, valor, etc., si primero no sabemos qué cosa, porqué, de qué manera, etc., debía ser reformado y si lo fue.

Por eso es inevitable, aún cuando lo hagamos muy brevemente, abordar las características del período estalinista. El XX Congreso caracterizó este período del desarrollo socialista como el del "culto a la personalidad". Contra esta expresión y contra el contenido social que ella resume como síntesis de la crisis, algunas personas prudentemente plantearon enseguida sus objeciones. Sobre todo Togliatti, quien se negó a ver en el carácter personal de Stalin el motivo último de una crisis tan profunda y relevante para el desarrollo de la sociedad socialista. Y, exigió un serio y profundo análisis económico, un análisis socio-histórico de todo el período precedente. Porque sin una investigación profunda de este tipo no es posible ni comprender ni esclarecer, desde el método marxista-leninista, la

[1] "por comprender concretamente, es decir en términos económicos-históricos-sociales"

[2] "poder formular los problemas de la democratización posible y necesaria en él"

influencia positiva o negativa ejercida por Stalin en esta etapa del socialismo.[3] Desgraciadamente, debemos reconocer que hasta hoy aún no se ha realizado un análisis que haya satisfecho estas exigencias.

Nuestra breve exposición, forzosamente rápida y esquemática, no pretende satisfacer la justificada necesidad de un análisis científico del período estalinista. La exigencia de Togliatti tampoco aspiraba la perfección académica en la investigación. Se orientaba más bien a esclarecer los principios rectores de un capítulo tan importante para el desarrollo del socialismo, de manera que prácticamente sea posible, con las resoluciones correctas, reformar, enderezar lo torcido y sanar lo enfermo.

Si se desea responder positivamente a esta justi-

[3] (Palmiro Togliatti en la réplica a la "Nueva demanda sobre el estalinismo" de la revista *Nuevos argumentos* sublevó a hombres políticos y de la cultura de diversos ámbitos. Se expresaba concretamente así: "El ámbito del 'culto a la personalidad' se limita en sustancia a denunciar como causa de todo a los defectos personales de Stalin. Primero, todo el bien se le debía a la cualidad positiva de un hombre; ahora, todo el mal está atribuido al otro tanto excepcional, hasta asombroso, de sus defectos. Tanto en un caso como en el otro, estamos fuera del criterio de juicio del marxismo. Eludir el verdadero problema, que es el modo y el porqué la sociedad soviética pudo llegar y llegó a alejarse de cierta forma de la vida democrática y de la legalidad, que sí fue trazada y hasta degenerada. El estudio deberá hacerse siguiendo las diversas etapas del desarrollo de esta sociedad y, ante todo, debe hacerlo la comunidad soviética que lo conoce mejor que nosotros, que podemos pecar de parciales por falta de conocimiento de los hechos." Togliatti. "Entrevista en Nuovi argomenti" en *Opere scelte*, Roma: 1974, p. 716). Nota a la edición italiana, op. cit., p. 54.

ficada exigencia, es necesario comenzar desde el principio: la revolución proletaria en Rusia no fue ninguna encarnación "clásica" (en el sentido de Marx) de una tal transición histórico-mundial. Según la previsión[4] de Marx, tal revolución debía estallar primero en los países capitalistas más desarrollados. Además, suponía que una revolución proletaria se convertiría, por su naturaleza, en un evento internacional del mundo civilizado. Omitamos —por el momento— esta segunda característica de la forma "clásica" de la revolución y quedémosnos discutiendo primero la realización del socialismo en un país económicamente y, por lo tanto, socialmente atrasado. Lenin nunca dudó que la Revolución Rusa era algo excepcional, no del todo con-

[4] "según la premisa teórica" (En su *Ontología*, Lukács explica: "Clásico definido por Marx es simplemente aquel desarrollo en el cual la fuerza económica que en última instancia lo determina, se expresa en modo más claro, perpicaz, sin interferencias de desviaciones, etc. ... Forma social nacida de manera no-clásica puede ser vital, cuando ésta nace de manera clásica puede superarla en cualquier aspecto. Como medida de valor, sin embargo, la antítesis entre clásico y no-clásico, no sirve mucho. A la inversa, su valor es grande para la conciencia." Puesto que "Stalin hizo todas sus tentativas de reestructuración violenta de la distribución de la población en un país de capitalismo atrasado, atribuyó el valor del modelo general para todo desarrollo socialista", convirtiendo de tal modo "imposible valorar en términos teóricos correctos y de allí fecunda la importante experiencia del desarrollo soviético... La declaración de 'clasicidad' ha impedido que esta vía al socialismo tan importante a nivel internacional fuera estudiada y se haya convertido en una binaria alusión toda la discusión sobre reformas internas, etc.". G. Lukács. *Per l'ontologia dell' essere sociale*, I, Roma: 1976, pp. 360-361). Nota a la edición italiana, op. cit., p. 55.

forme con los juicios del marxismo. Cuando en su escrito sobre la "enfermedad infantil del comunismo", habla del significado internacional de la Revolución Rusa, destaca enérgicamente, con razón, su trascendencia. Sin embargo, no olvida agregar de inmediato: "Naturalmente, sería un error muy serio exagerar esa verdad y extenderla más allá de algunos rasgos fundamentales de nuestra revolución. Igualmente sería un error hacer caso omiso que después de la victoria de la revolución proletaria aunque sea en un *solo* país avanzado con toda seguridad se producirá un cambio súbito y Rusia poco después será de nuevo un país atrasado (en el sentido del socialismo y del sistema soviético)".[5]

No es muy difícil comprender en qué pensaba Lenin cuando hablaba de este cambio. La transformación de una sociedad capitalista en una sociedad socialista es, sobre todo y ante todo, una cuestión económica. Cuanto más desarrollado está el capitalismo en un país donde triunfa la revolución, tanto más inmediatas, decisivas y adecuadas serán en su economía las tareas específicas del socialismo. A la inversa, en un país atrasado en este sentido, necesariamente deben ser puestos en el orden del día una serie de problemas que en un sentido puramente económico, es decir, normalmente según su esencia, hubieran sido competencia del desarrollo del capitalismo. Se trata —ambas cuestiones forman en la realidad económica un complejo interdependiente— por un lado, del grado de desarrollo

[5] V. I. Lenin. "El 'izquierdismo' la enfermedad infantil del comunismo" en *Obras completas*, Ed. Cartago, Buenos Aires: 1960, 1ª ed., p. 15.

cuantitativo y cualitativo de la gran industria en los sectores decisivos de la producción en masa; por otro lado, de una distribución de la población entre las ramas decisivas de la producción que pueda garantizar el necesario equilibrio dinámico, la interacción y el desarrollo, el funcionamiento normal de la agricultura y de la industria en las diferentes ramas de la vida económica. En 1917, nadie puso en duda que la producción capitalista del imperio ruso estaba muy lejos aún de este nivel.

Admitir este estado de cosas ¿no nos lleva a desprender que el derrocamiento violento del régimen capitalista en las grandes jornadas de Octubre fue un "error"? (Tal como desde el principio lo pretendió la teoría socialdemócrata). Pensamos que no. Las grandes decisiones históricas, las resoluciones revolucionarias, no se imaginan nunca en el gabinete de los sabios de la "teoría pura". Son respuesta a las alternativas que un pueblo que se ha puesto en movimiento impone a los partidos y a sus dirigentes en la realidad, desde el terreno cotidiano hasta las resoluciones políticas más importantes. El concreto ser-en-sí-mismo de la situación en la cual fue tomada la decisión, estaba planteada sobre todo por la Primera Guerra Mundial. Aún cuando todas las resoluciones de la Segunda Internacional contenían una oposición a la guerra y la conquista que ella provocó a partir de la crisis, los partidos socialistas, salvo pocas excepciones, apoyaron con sus actos la guerra imperialista. La Revolución de febrero, el derrocamiento del zarismo, tampoco modificó en nada esta línea. Al contrario, la continuación de la guerra se convirtió en una de las tareas centrales de estos partidos, de los mencheviques y de los socialrrevolucionarios. La lucha de los bolcheviques por el poder estatal se unió así naturalmen-

te con el deseo ardiente de millones de seres humanos porque terminara inmediatamente la guerra. Este problema real, de crucial actualidad, que constituyó una motivación central para la mayoría de la población, se convirtió así en un momento decisivo en las alternativas concretas de Octubre: bajo las condiciones dadas entonces el fin inmediato de la guerra podía conducir al derrocamiento del régimen burgués-democrático. (Qué consecuencias sociales provoca la postergación de una decisión de este tipo en el momento de la derrota militar definitiva, lo ha demostrado la historia de la democracia de Weimar, hasta la conquista del poder por Hitler).

Tampoco en términos de política interior, la decisión alternativa de Octubre se basa simplemente en el sí o en el no hacia el derrocamiento del dominio de la burguesía. El problema central del desarrollo social de Rusia en el siglo XIX —la liquidación de los residuos del feudalismo todavía muy fuertes, la formación de un campesinado explotado ya no tanto por la forma feudal sino por el capitalismo[6]— produjo también una agudización extrema; a pesar de la encarnizada resistencia del régimen "democrático", crecieron ininterrumpidamente las insurrecciones campesinas con la distribución espontánea de la tierra. Aquí el problema concreto se planteó también de manera tal que una verdadera resolución a la cuestión de los campesinos era prácticamente imposible sin el derrocamiento del régimen burgués-democrático. Es decir que había dos conflictos maduros vitales para la

[6] "explotado también por el capitalismo"

explosión de la sociedad rusa a pesar de que éstos, desde el punto de vista teórico,[7] no tenían directamente un carácter socialista en las circunstancias de entonces; sólo mediante el derrocamiento revolucionario de la dominación de la burguesía podía conducirse a una solución satisfactoria para la mayoría de las masas trabajadoras. Octubre de 1917 reveló así una situación revolucionaria en el más amplio sentido de la palabra: las clases dominantes no podían gobernar más como antes y las masas oprimidas, explotadas, no querían seguir viviendo más de esa manera (determinación de Lenin de la situación revolucionaria).[8] Sin esta base social, la decisión de 1917 no puede discutirse.

No queda ninguna duda de que la decisión por una solución no-clásica de la transición al socialismo estuvo políticamente justificada. Esta justificación, fundamentada en su motivo, no puede eliminar las consecuencias económicas, las que aparecen como cuestión central del desarrollo algunos años más tarde. La joven República de los Soviets debió luchar primero con tesón por su existencia contra el imperialismo alemán; luego, contra los diversos ejércitos intervencionistas. Con ello reveló fuerza, determinación de las masas, capacidad para una superioridad política-militar de la conducción que elevó y profundizó en amplios círculos del mundo la fuerza de atracción del joven estado socialista. Recién después de la culminación exitosa de la guerra civil, se planteó abiertamente en el

[7] "teórico-abstracto"
[8] Cfr. Lenin, ibid.

centro de la vida soviética la problemática económica de esta forma no clásica de transición.[9]

Cuando Lenin se abocó a este conjunto de problemas a nivel teórico no olvidó destacar que se trataba de algo esencialmente nuevo. "Ni siquiera a Marx se le ocurrió escribir una sola palabra sobre ello",[10] dijo en 1922. El problema en sí aparenta en lo inmediato ser puramente económico y Lenin alude a las consecuencias prácticas que se desprenden de ello. Sin embargo, precisa el eje decisivo en la vinculación entre el proletariado y las masas de millones de campesinos en la situación económica que la guerra civil dejó atrás, sacudió e incluso aniquiló. Dice: "La tarea fundamental decisiva, antepuesta a todas las otras, de la Nueva Política Económica es la construcción de la vinculación entre la economía que hemos comenzado a construir (muy mal, muy torpemente, pero sin embargo hemos comenzado sobre la base de una economía socialista totalmente nueva, una nueva producción, una nueva distribución) y la economía campesina que es la economía de millones y millones de campesinos." [11]

Este objetivo demuestra que si bien Lenin nunca se manifestó en forma general-teórica sobre esto, de un modo práctico-intuitivo comprendió lo esencial del carácter específico del socialismo como formación. Mientras en otras formaciones sociales

---

[9] "de la forma no-clásica del origen"

[10] V. I. Lenin. "Informe político del Comité Central ante el XI° Congreso del P.C.R. 27 de marzo - 2 de abril de 1922 en *Obras completas*, Tomo 33, 1ª ed., Ed. Cartago, Buenos Aires: 1960, p. 254.

[11] Ibid., p. 247.

anteriores la transformación de la estructura económica, socialmente considerada, suele ocurrir por necesidad espontánea —lo que naturalmente no excluye que las singulares posiciones económicas de los individuos se realicen como práctica dirigida concientemente (aunque con frecuencia con una falsa conciencia)— el primer gran acto del pasaje al socialismo, la socialización de los medios de producción, su concentración en manos de la clase obrera, tiene como consecuencia necesaria para el acto social referido a la totalidad de la economía, el imperativo social de hacerse conciente. Inherente a esto es que de dueños se transforman en servidores del desarrollo social del hombre. La estructura social y sus transformaciones deben surgir de la economía así dirigida, socialmente conciente, coherente con las funciones del socialismo como etapa preparatoria del comunismo; preparándolo en el ser y en la conciencia. Lenin vio muy bien como en el fenómeno individualizado correctamente por él en la relación recíproca entre ciudad y campo, se trataba en realidad que con la conquista del poder por el proletariado, con la distribución de la propiedad privada capitalista tradicional (o semifeudal) de los medios de producción, se iniciaba un nuevo período en la actividad social de los hombres. En el momento en que por razones económicas objetivas el crecimiento espontáneo de la vida económica de los hombres debe ser regulado por ellos,[12] la tercera tesis marxista de Feuerbach según la cual "el educador mismo debe ser edu-

[12] "dirigido concientemente"

cado", alcanza una actualidad que no puede ser más soslayada.

El órgano de esta auto-educación del hombre (en la perspectiva histórico-mundial: autoeducación del verdadero ser-humano en el sentido de Marx) es la democracia socialista. Con el desarrollo económico-social de la especie humana se abre una pregunta que entre los sucesores [13] sólo Lenin afrontó como problema central de la transición y le sirvió como base para sus objetivos. El hecho [14] que el educador, el sector social dirigente de la revolución socialista, deba ser educado se dirige, por un lado, contra todo utopismo, contra la idea según la cual el desarrollo de la humanidad sería transportable por obra de un juicio ingenioso, pretendidamente superior, a un estado perfecto que eliminaría toda problematicidad. Por otro lado, contra el materialismo [15] concebido mecánicamente para el cual toda solución se presenta como el producto espontáneo y necesario del desarrollo de la producción.

Para Marx el mundo de la economía ("el reino de la necesidad") es siempre, ineludiblemente, la base de la auto-creación del género humano que él caracteriza como "el reino de la libertad". En la medida en que el contenido esencial de este último se considera como "el desarrollo de las fuerzas humanas que son un fin en sí mismas", se manifiesta claramente que tal práctica debe diferenciarse cualitativamente de la economía (incluso tomán-

[13] "de los sucesores de los clásicos"
[14] "la afirmación"
[15] "materialismo histórico"

dola en el sentido más amplio); es decir que es imposible poderlo crear como simple producto espontáneo, necesario, de esta última, aunque —y esto es una contradicción de la vida social[16] viva, productora de lo nuevo— una práctica de este tipo "sólo puede florecer tomando como base aquel reino de la necesidad".[17]

El carácter no-clásico de la Revolución de 1917 se basa sobre todo en que el socialismo debe ser realizado en una etapa del desarrollo en la cual el nivel económico existente de la producción y distribución está aún muy lejos de constituir una base, incluso para una preparación concreta del "reino de la libertad". Entonces tiene que intercalarse un período intermedio en el cual se supere este atraso económico; un período en el cual el asunto central en la dirección, ahora conciente de la vida social, sea un rápido y profundo desarrollo de la economía. Lenin evidentemente tiene presente esta situación, como ya lo hemos visto, al hablar de que cuando el socialismo triunfe en un país económicamente desarrollado, tendrá que asumir el rol de país guía en la construcción del socialismo.

El gran problema central —hasta hoy no formulado en términos teóricos, tampoco por Lenin— de una tal construcción socialista no-clásica en este tipo de preparación al comunismo, consiste entonces en cómo debe ser creada en esta época de transición la relación entre la práctica meramente económica, destinada simplemente a recuperar ese

[16] "de la vida histórico-social"

[17] Carlos Marx. *El capital*, Tomo III, sección VII, capítulo 48, Ed. Cartago, Buenos Aires: 1956, p. 695.

atraso y los actos, instituciones, etc., directamente orientados hacia el contenido socialista que impulsa la democracia proletaria. Es claro —y Lenin no perdió de vista este hecho— que hasta ahora la teoría, incluso en Marx y Engels, no aporta ninguna solución a este problema de preparación. Lo que sí se ha establecido —y esto es de decisiva importancia para la ontología de la sociedad— es que el objetivo, "el reino de la libertad", es cualitativamente distinto del económico "reino de la necesidad"; sin embargo, aquel sólo puede construirse sobre la base de este último. Afirmando esto se enuncia tanto la dependencia social en la relación entre "superestructura" y base como la diferencia cualitativa entre stas dos definiciones. En efecto, "el reino de la libertad" es mucho más que las funciones que cumple la superestructura en las sociedades de clase. El salto ontológico se prepara ya cuando en el socialismo las disposiciones teleológicas,[18] que se basan en la práctica económica, deben alcanzar de modo cada vez mayor un carácter social homogéneo y directo.

El socialismo, y aún más el comunismo son entonces formaciones en las cuales la sociedad en su conjunto y su desarrollo están sujetos cada vez con mayor fuerza a una dirección[19] teleológica homogénea; van perdiendo cada vez más la estructura del capitalismo, por la cual las disposiciones espontáneas que crecen y se concentran en este hecho

[18] ("Posiciones teleológicas": los actos con los cuales se ponen los fines, es decir la acción humana en cuanto está dotada de una teleología [finalidad]). Nota a la edición italiana, op. cit., p. 62.

[19] "planteo"

social no pueden derivar de la causalidad del conjunto que funciona normalmente. No hay duda alguna que aquí también se verifican momentos de transición. Engels ya lo había establecido para las sociedades anónimas y Lenin concretó esta observación para los monopolios. Tales momentos intermedios sin embargo —con toda su corrección— no pueden oscurecer el salto entre las dos formaciones: la novedad esencial que interviene en el desarrollo de la humanidad es que el movimiento de la economía está ahora regulado por una teleología homogénea. La teleología de un simple momento de un desarrollo social que está sujeto a la ley causal-sujeto, se convierte en la categoría central determinante.[20] Marx mismo caracteriza tal regulación como

[20] "desde luego, sin poder todavía abolir el carácter causal, sujeto a leyes del proceso mismo". (En la filosofía de Lukács, el mundo del hombre [que él llama normalmente "ser social"] está constituido de la acción finalística del individuo que, cuando es homogénea entre sí, forma un hecho social, colectivo. Este hecho social, sin embargo, no posee ninguna finalidad [mientras, por ejemplo, todos los actos de adquisición de un producto que está de moda son finalísticos, el hecho social que el producto ha adquirido no tiene ninguna] y sucede en base a la relación de causa-efecto [muchas adquisiciones causan una situación social caracterizada por el hecho que el producto está de moda]. El proceso conjunto de los hechos sociales, tiene, por lo tanto, "un andamiaje causal-legal"; el mundo del hombre, no tiene ningún fin, por lo tanto, se compone de los innumerables fines del individuo. En el socialismo, no obstante, la nueva centralidad de los actos de política económica a conciencia y con una finalidad, el proceso económico conjunto resta causal y no-final. De hecho, para convertir en finalístico el proceso conjunto es necesario que el género humano se transforme en un sujeto, pero en la realidad en el materialismo histórico-dialéctico [ontología] de Lukács su-

el "reino de la necesidad", lo que sin duda, también en este contexto, está justificado desde el punto de vista de la ontología social. La economía es y permanece como el proceso de reproducción material de la sociedad y del hombre en ella; proceso en el cual el hombre al fin se encuentra en cuanto al rol de su inteligencia que se limita a la comprensión máxima[21] correcta de las posibilidades objetivas óptimas. En tal ámbito no hay espacio para actividades que funcionan como un fin en sí mismo del género humano. Esto no debilita en lo más mínimo el carácter del salto que se lleva a cabo con la socialización de los medios de producción; en primer lugar, se elimina así el fenómeno social de que individuos o grupos pongan las funciones sociales de la economía al servicio de sus intereses privados egoístas; en segundo lugar, y en estrecha conexión con el primer punto, está la posibilidad objetiva de concientizar el desarrollo económico al servicio[22] de los intereses superiores del género humano, lo que en la propiedad privada de los medios de producción debía permanecer siempre como producto secundario.[23]

Esto atestigua la profunda comprensión que Lenin tenía de estos hechos; prueba su pasión y su conciencia al servicio del próximo "reino de la libertad", al subordinar —también en el intento de superar en el plano económico el atraso de Rusia que después de la guerra mundial y civil asumió dimen-

---

jeto, ojalá mínimo, puede ser sólo el hombre individual). Nota a la edición italiana, op. cit., p. 63.

[21] "material"

[22] "también al servicio"

[23] "un subproducto involuntario"

siones catastróficas— siempre las medidas al fomento del carácter general del socialismo. Es de esta concepción suya que partimos cuando afirmamos que vislumbró en el debilitamiento de las relaciones entre proletariado y campesinado el peligro central de la crisis de transición. A su juicio, el socialismo era una comunidad social, una comunidad socialmente conciente (concientemente creada) de todos los trabajadores para elevar mediante el propio trabajo, mediante la propia experiencia, su existencia material y espiritual, dándole sentido social con una acción conjunta eficiente.

Hoy interesa sólo en segunda instancia en qué medida los planes de Lenin eran prácticamente realizables. No olvidemos que, en el transcurso de la concreción de la política de la NEP, muy pronto fue incapaz de organizar un trabajo regular y permanente. La mayor parte de lo que sabemos acerca de su actividad en este período tiene carácter de propuesta. Lenin tampoco se hacía ninguna ilusión. Cada vez estaba en menores condiciones de seguir controlando efectivamente, en la práctica concreta, la ejecución y guiarla mediante la autocrítica impuesta por la práctica. El mismo consideró que eran intentos por comprender en sus tendencias internas la realidad social en formación y utilizar el conocimiento para preparar la existencia socialista de los trabajadores. Este carácter experimental de todas las medidas que planteó se expresa en la circunstancia de que sus concepciones de entonces estaban aún extremadamente subordinadas a la planificación económica, la que más tarde se convirtió en un hecho central. Su máxima, luego muy citada, según la cual de los Soviets más la electrificación resultaría el socialismo, sorprende por la abstracción aforística de las perspectivas puras.

El modo en que Lenin quiso realizar lo que concretamente aspiraba revela una cierta metodología, cuya importancia teórica aún hoy no ha desaparecido: la conciencia del experimento ideal dentro de circunstancias cuyo carácter teórico-legal no están todavía suficientemente iluminadas por la conciencia. Creemos que la frase de Napoleón I, frecuentemente citada por Lenin, *"on s'engage et puis on voie"*,[24] puede constituir hoy un sano contrapeso metodológico para muchas fantasías de planificación que —debido a su apoditicidad abstracta están basadas frecuentemente en extrapolaciones poco fundamentadas— se alejan en su carácter manipulador muchas leguas de una verdadera previsión de las reales tendencias de la realidad social.

En cierta medida, Lenin previó el peligro. No es ninguna casualidad que durante toda su enfermedad, su principal preocupación fuera la creciente burocratización de la vida soviética en el Estado y en el Partido. Quien estudie con atención sus escritos de la época de preparación de la revolución, percibirá fácilmente que para él la actividad propia de los trabajadores, de la vida cotidiana a la gran política, significó un síntoma principal de madurez para la transformación socialista. No tenía simplemente que contemplar sino también que contribuir a realizar las tareas que en la guerra civil debían resolverse inmediatamente, sobre todo las militares; pero dada la supremacía práctica de estas últimas, también las civiles que las apoyan, asumen formas cada vez *más* burocratizadas. Una de sus

[24] "Se comienza a trabajar y luego se ve". (Nota del Traductor).

preocupaciones centrales, después del final victorioso de la guerra civil, fue desmantelarlas para regresar a la vida normal de la sociedad. Esta tendencia se expresa con mayor claridad en el dilema [25] acerca de la cuestión de los sindicatos. Mientras Trotski propagaba el proyecto de una especie de estatización de los sindicatos que permitiera utilizar su posibilidad organizativa para elevar la producción —lo que le parecía tanto más factible en cuanto en un Estado obrero una protección particular de los trabajadores frente a su propio Estado sería innecesaria—, Lenin destacó que en realidad el Estado era "un Estado obrero con deformaciones burocráticas". Resumió su punto de vista sobre esta cuestión de la siguiente manera: "Nuestro Estado de hoy es tal que el proletariado organizado en su totalidad debe defenderse, y nosotros debemos utilizar estas organizaciones obreras para defender a los obreros frente a su Estado y para que los obreros defiendan Nuestro Estado".[26] Y quien conoce los escritos y cartas de sus últimos años de vida, sabe qué tenaz y encarnizadamente condujo esa lucha en todos los ámbitos de la vida estatal y de la vida social; cómo quiso excluir del Partido a colaboradores antes apreciados (por ejemplo a Ordzhonikidze) porque, retornando a determinados modos de proceder de la guerra civil, violaban estos principios de la democracia proletaria.

Ya mucho antes Lenin había tomado una posición categórica, en términos teóricos correctos, so-

---

[25] "en la discusión"

[26] V. I. Lenin. "Sobre los sindicatos, la situación actual y los errores del camarada Trotski" en *Obras completas*, Ed. Cartago, Tomo 32, 1ª ed., Buenos Aires: 1960, p. 16.

bre este punto. En su obra principal sobre el tema de la democratización,[27] *El Estado y la revolución*, aborda la concepción de la extinción del Estado. Esta puede tener lugar sólo porque "los hombres liberados de la esclavitud capitalista, de los innumerables horrores, bestialidades, absurdos y vilezas de la explotación capitalista, se habituarán poco a poco a observar las reglas elementales de la convivencia social conocidas de antig o y repetidas desde siglos en todos los preceptos sin violencia, sin coacción, sin subordinación, sin ese aparato especial de coacción que se llama Estado".[28] Como siempre Lenin se concentra en las tareas concretas que tiene por delante. No aborda el problema más significativo en Marx ("el reino de la libertad") y se dedica exclusivamente a la extinción del Estado. Cuando toma posición se dirige sin embargo —cuando se la abarca en forma general metodológica— al conjunto total. Es importante que también aquí tenga en cuenta el conjunto de la vida cotidiana de los hombres. No hay ninguna intención de imponerle a la democracia en el social smo un carácter s milar a aquel del *citoyen*. Ante todo —refiriéndose a otro aspecto de la cuestión— niega que la democracia en el socialismo sea "una pura ampliación de la democracia" (entendiéndose la burguesa). Más bien es su contrario: debe su ser no a la superestructura idealista del materialismo espontáneo de la soc edad burguesa, sino a un factor material del movimiento del mundo soc al mismo; no está

[27] "democratización socialista"

[28] V. I. Lenin. "El Estado y la revolución" en *Obras completas*, 1ª ed., Ed. Cartago, Buenos Aires: 1958, p. 456.

basada en las numerosas limitaciones naturales de este último, como la *polis*, sino en el ser social-material que va perfeccionándose. Por esto su tarea consiste en compenetrarse realmente del conjunto de la vida material de todos los hombres; poner de manifiesto su carácter social como producto de la actividad propia de ellos, desde la vida cotidiana hasta las cuestiones decisivas de la sociedad. En épocas agudamente revolucionarias este movimiento surge de abajo hacia arriba y de arriba hacia abajo, con una espontaneidad explosiva. Recordemos como los cambios importantes en la vida de los Soviets rusos conmovieron profundamente la opinión pública del mundo entero, tanto en lo que se refiere a la política interna como exterior, en la patria como en el extranjero. Es diferente en los períodos "consolidados" en los cuales necesariamente, por ejemplo la diplomacia secreta, los secretos militares, deben en gran medida ser ocultados a la opinión pública, incluso dentro del país. Más adelante volveremos sobre este punto. Aquí, para nosotros, la cuestión central es cómo la democracia socialista puede afirmarse en la vida cotidiana. Lenin habla del hábito como uno de los motores más importantes para la extinción del Estado. Este capacita a los seres humanos para desarrollar su convivencia con sus semejantes "sin violencia, sin coacción, sin opresión". Hábito es indudablemente una categoría "sociológica" general de la que no se puede prescindir en ninguna sociedad en funcionamiento; así considerado en general es del todo neutral para las costumbres y, por consiguiente, cómo actúa sobre la vida cotidiana. Lenin aquí va mucho más allá de una generalidad sociológica-abstracta. Alude a un proceso socio-teleológico en el cual todas las acciones, las instituciones, etc., del Estado y la sociedad

se proponen habituar a los seres humanos a la conducta que él describe. Algunos de los elementos de esta teleología existen naturalmente en toda sociedad. Pero, por ejemplo, la estructura completa del derecho en la sociedad de clases está creada por una necesidad objetiva de modo tal que los hombres se habitúen espontáneamente a un comportamiento determinado (el que ya hemos descripto siguiendo a Marx), a que lo legalmente ordenado y prohibido en lo posible limite la acción de los demás y no las propias, las que siguen subordinadas al "egoísmo económico" de cada individuo. El habituarse a la acción justa[29] acrecienta el egoísmo del hombre común; es decir, considera al prójimo sólo como un límite de su propia existencia y práctica. Sabemos también que, de acuerdo con Marx, el derecho burgués —desde luego no sin ciertas modificaciones— sigue siendo válido en el período socialista. Entonces, a fin de que el habituarse a la sociedad desde ahora formada de esta manera, funcionando así, despierte en las personas —tendencialmente en todas— estos hábitos característicos, debe intervenir en la realidad social algo que no surja simplemente de manera espontánea. Debe ser revolucionada a fondo no simplemente la ideología sino, sobre todo, el ser y la actividad material de la vida cotidiana. Ya el *Manifiesto comunista* contraponía la sociedad burguesa al comunismo; en la primera domina el pasado sobre el presente, en el segundo, el presente sobre el pasado. Esto significa que en la sociedad burguesa la última fundamentación de la práctica humana para las decisiones del hombre, sólo admi-

[29] "legalmente"

te en sustancia un espacio objetivo y necesariamente circunscripto a su base material; mientras en el comunismo, tienen que ser realmente posible los que la transformación cualitativa de su base de vida esté en condiciones de alcan ar.

La dialéctica inherente a la teoría leninista del habituarse tiene entonces a priori una intención esencial: contribuir a realizar este dominio del presente sobre el pasado. Incluso en los tiempos del comunismo de guerra, Lenin estudia con atención crítica y afectuosa para apoyar todo impulso social de este tipo. Su combate apasionado contra las tendencias burocráticas se funda no solamente en su precoz percepción, extremadamente crítica, de la impotencia de las manipulaciones burocráticas, sino también —y subjetivamente quizás, sobre todo— en la comprensión del hecho de que toda burocratización encierra necesariamente en sí el dominio del pasado sobre el presente a causa de la rutina que emana de tal práctica. Por eso en el movimiento de los llamados sábados comunistas, ve que la intención que conduce esta actividad social de los hombres va más allá del dominio del pasado, se dirige a la democracia socialista, a la preparación del "reino de la libertad" y, a través de un proceso necesariamente largo, rico en contradicciones y recaídas, a su reali ación. Las tendencias de este tipo tienen como fundamento inevitable, como punto de partida necesario y su correspondiente determinación,[30] a la respectiva economía; no son sin embargo productos obligados del estatus económico derivado del pasado, sino vestigios de una primera reali-

[30] "determinación de contenido"

zación del dominio del presente sobre el pasado. Es por esto que Lenin, a propósito de la esencia social de los sábados comunistas, dice: "Por cierto nuestro orden económico no tiene nada comunista en sí. Lo 'comunista' comienza recién allí donde aparecen los subbotniks, es decir, donde hay trabajo gratuito, no normalizado por ninguna autoridad, ningún Estado, realizado por individuos para el bien de la comunidad en amplia escala".[31] Está claro que cuando tales actividades son planeadas y realizadas burocráticamente, tales movimientos pierden este carácter y terminan transformándose en normales componentes de la economía del periodo: desde este punto de vista es indiferente si son "horas extras" pagadas o no.

No es ninguna casualidad que precisamente estos conceptos de Lenin hayan suscitado un entusismo, y a la vez un odio universal, hacia la transformación socialista. La situación desesperada de la economía en el joven país de los Soviets era notoria. El modo en que Lenin la afrontó —no obstante el inflexible realismo con que esclarece sus carencias, sus atrasos, etc.— sin dejar nunca de reaccionar con profunda comprensión ante los más mínimos modos y tentativas de realización de las tendencias para el futuro socialista, considerando central en la práctica la democratización socialista (indispensable en la construcción del socialismo) constituyó la base humana de las pasiones suscitadas.[32] Es digno de notar

---

[31] V. I. Lenin. "Informe sobre los sábados comunistas en la Conferencia de Moscú del P.C.R. 20 de diciembre de 1919" en *Obras completas*, Tomo 30, 1ª ed., Ed. Cartago, Buenos Aires: 1960, p. 282.

[32] "de las apasionadas adhesiones suscitadas"

que la tendencia de Lenin —aunque su tendencia nueva, democrática, no siempre fue comprendida— ejerció un fuerte y profundo efecto también fuera de Rusia gracias a su orientación hacia la humanización. Permítasenos remitirnos a nuestro artículo "La misión moral del Partido Comunista", donde discutimos precisamente sobre esta opinión de Lenin acerca de los sábados comunistas (aunque el marxismo no esté interpretado sin confusiones idealistas). Lenin como marxista destacó siempre frente a las teorías vulgarizadoras de la socialdemocracia que con la extinción del Estado desaparece también la democracia, que el comunismo realizado es una formación social en la que la cuestión de la democracia[33] no se plantea más. Hoy su actitud profundamente democrática —democrática socialista— con respecto a la transición cae frecuentemente en el olvido. (Aquí, pero, tiene un peso que para nada es insignificante, el interés de la ideología burguesa por que recaiga en Lenin la deformación estalinista de la democracia.[34] Tanto las corrientes burocráticas conservadoras de los inicios de Stalin como aquellas de la "guerra fría" ideológica, tienen en común la tendencia a atribuirle a Lenin lo que más puedan de la teoría y la práctica de Stalin). Sólo la crítica marxista de la actividad de Stalin puede aclarar la discontinuidad teórico-práctica que existe realmente entre ellos. Tal crítica mostraría también en el plano histórico que Stalin, precisamente en las cuestiones estratégicas importantes, no representó de ninguna manera más que sus opositores, una línea

[33] "democratización"
[34] "democracia en el socialismo"

leninista. Por ejemplo, al retornar Lenin a Rusia debió criticar de igual modo a Kamenev que a Stalin por la misma incomprensión acerca del carácter de la revolución.[35]

Dado que llegamos a considerar el problema de la continuidad, será útil establecer dónde y en qué relaciones encuentra Lenin una concepción positiva de esta cuestión. Quizás algunos lectores estén sorprendidos por el hecho de que en nuestra cita sobre el hábito, Lenin no considere a esas reglas de la convivencia y cooperación humana que caracterizan la democracia socialista como principios[36] radicalmente nuevos, surgidos en el transcurso del desarrollo; sino como fuerzas elementales, operantes desde hace siglos que, desde luego, sólo en el socialismo pueden alcanzar su universalidad social. Aquí vemos lo que une la metodología de Lenin con la de Marx y, de igual modo, lo separa radicalmente de Stalin y sus continuadores: La vinculación orgánica entre el reconocimiento de la continuidad de determinadas tendencias históricas y sus necesarias transformaciones radicales de funciones en las grandes transiciones y transformaciones revolucionarias. La verdadera refutación metodológica de toda utopía se funda justamente en esta concepción de la continuidad histórica. Para los utopistas algo radicalmente nuevo se crea racionalmente;[37] para el marxismo, por el contrario, es el propio desarrollo socio-histórico que en determinado punto cambia bruscamente e innova. En un sentido profundamente humano, no

---

[35] "así como más tarde sobre la cuestión de los sindicatos Stalin siguió la línea de Trotski y no la de Lenin"

[36] "tendencias vitales"

[37] "en correspondencia con las leyes de la razón"

surge nada inédito, sino "simplemente" que determinadas actitudes, comportamientos, etc., humanos —que hasta el momento sólo pudieron realizarse ineficazmente como "excepciones"— ahora alcanzan una total generalidad social. También aquí se da un salto, también aquí se produce un viraje revolucionario. En esta elevación, momentos existentes y activos del ser social de los hombres se colocan "simplemente" a una altura hasta ahora apenas imaginable. Este es el proceso que describe Lenin cuando habla del hábito. Y ésta es en general su metodología marxista. Lenin dice a este propósito: "El marxismo adquirió su importancia histórica mundial como ideología del proletariado revolucionario debido a que de ningún modo rechazó las valiosas conquistas de la época burguesa, sino al contrario se apropió y reelaboró todo lo valioso del desarrollo más de dos veces milenario del pensamiento y la cultura humana".[38]

No es superfluo destacar también este aspecto del marxismo de Lenin. Aquí se esclarecen dos aspectos de la contradicción con respecto a la falsedad de importantes corrientes contemporáneas. Por un lado, contra los que piensan la historia como si fuera sólo la alternativa entre lo viejo y lo nuevo, entre estancamiento y surgimiento de algo que es radicalmente nuevo.[39] (Las observaciones de Lenin estaban en lo inmediato dirigidas contra orientaciones de este tipo, como en su momento fue la "cultura proletaria"; además, no es superfluo decir que la

[38] V. I. Lenin. "Sobre cultura proletaria" en *Obras completas*, op. cit., Tomo 31, p. 303.

[39] "radicalmente nuevo sin transición"

teoría schdanovista del marxismo toma esto como una característica histórica precisa (no está entonces muy lejos en el plano metodológico general de las concepciones futurísticas del desarrollo artístico). Por otro lado, y al mismo tiempo, en Stalin y sus sucesores teóricos —los que hoy frecuentemente imaginan haber roto con el "culto a la personalidad"— está muy difundida la fetichización de la continuidad. Se cree (o por lo menos se afirma) que los sin duda existentes progresos determinados de este período (más adelante hablaremos también de esto) excluyen la ruptura radical con sus métodos. Pero esta posición es tan antihistórica, tan antimarxista, como la anterior.

Para concluir esta parte de nuestras consideraciones, desgraciadamente muy suscintas, debemos observar que Lenin no ha dejado una receta infalible para resolver sistemáticamente el problema de la transición. Del mismo modo en que él no pudo apropiarse por herencia de ninguna de Marx ni de Engels. Entonces, es ocioso ponerse a especular sobre si hubiera vivido un tiempo más con capacidad de trabajo, cómo hubiera actuado concretamente sobre la problemática de la transición; hasta dónde hubiera tenido la posibilidad objetiva de encontrar y realizar soluciones ejemplares para el problema que surge de la naturaleza no-clásica de la Revolución Rusa. Creemos, a pesar de esto, que nuestro intento por aclarar los fundamentos de principio y metodológicos más importantes de su práctica de entonces no es del todo inútil. En este trabajo obviamente no se trata de trazar la historia de este período completo. (Si bien sería muy deseable una historia de este tipo). Lo que es importante y urgente hoy, es un claro conocimiento de la ruptura radical que llevaron adelante sus sucesores en los fun-

damentos de su método; y cómo así debía llegarse necesariamente también, por muchos aspectos, a una ruptura con el marxismo, aunque la gran mayoría de los que actuaban como dirigentes en ese período estaban profundamente convencidos de aplicar a la realidad de su presente el verdadero método de Marx.[40] De donde resulta la ilusión de haber continuado con las intenciones más profundas de Lenin. El error no era menor.

2. El triunfo de Stalin sobre sus rivales

El período inmediato posterior a la muerte de Lenin, período de luchas por la dirección y por su contenido político-ideológico, dentro del conjunto del desarrollo del socialismo hasta ahora es una de las épocas menos investigadas históricamente a fondo. Debido a que en el tiempo de los grandes procesos y en el período siguiente los documentos político-teóricos, sobre todo los que se oponían a Stalin, quedaron fuera de circulación y sus autores fueron declarados inexistentes, las consideraciones históricas objetivas, la discusión en términos teóricos fundamentados, etc., sobre esta transición se convirtió casi imposible en la práctica.

Lo que tenemos a la vista al respecto tiene un carácter predominantemente unilateral, tendencioso, apologético, por lo cual su utilidad, como material documental, termina siendo muy problemática. Cuanto ha sido publicado por la parte opositora, a menudo con el sostén de documentos, pierde de vis-

[40] "de Marx y de Lenin"

ta por lo general por motivos de polémica unilateral, aunque de signo contrario, los acontecimientos objetivos históricos. Lo mismo ocurre con las consideraciones oficiales. Tampoco la interesante obra de Deutscher está exenta de esta distorsión tendenciosa, unilateral, de los hechos. Por eso las consideraciones siguientes no pretenden llenar esta laguna en nuestra investigación. Sin embargo, ya que el autor de estas líneas siguió en su tiempo los debates con gran interés, quizás pueda —con las reservas que acabamos de expresar— tomar posición sobre los problemas más generales, metodológicos, de principio, de esta época de transición.

El llamado testamento de Lenin contiene su evaluación sobre los principales protagonistas; es uno de los documentos más pesimistas que conocemos. Lenin caracteriza a seis dirigentes comunistas de cuyo trabajo colectivo espera —con gran escepticismo—[41] el desarrollo futuro de la transición al socialismo.

La posición de Kamenev y Zinoviev hacia la Revolución de Octubre es valorada no como un error accidental, revelando con claridad sus dudas respecto a la firmeza de principios ante cualquier problema.[42] Sobre los otros tres destaca —para Trotski y Piatakov expresamente, para Stalin un poco indirectamente— sus inclinaciones para resolver los problemas de principios por la vía administrativa (también con medios violentos, sobre todo en Stalin), considerándolo un peligro importante para el desarrollo futuro. Con respecto a Bujarin, el único al

[41] "con muchas dudas"
[42] "en todas las grandes cuestiones de la revolución"

que le atribuye capacidad de teórico, se expresa de nuevo con extrema cautela acerca del carácter verdaderamente marxista de sus opiniones.[43] Desde el momento en que en estas seis personalidades políticas Lenin veía el núcleo, cuya acción colectiva debía y podía garantizar el carácter socialista de la continuación de su obra, esta carta no puede ser considerada como expresión de un pesimismo muy considerable.

Este pesimismo pronto se reveló como muy justificado. Las diferencias de opiniones que aparecieron en los años siguientes a la muerte de Lenin en la dirección del Partido y del Estado soviético mostraron, sobre todo, de qué manera en todas las contradicciones concretas objetivas una similitud de opiniones teórico-metodológicas de fondo, estaba profundamente arraigada en los protagonistas. En ninguna parte permanece verdaderamente viva la ferviente aspiración de Lenin por garantizar en la realidad el desarrollo socialista, perfeccionando y consolidando los gérmenes de la democracia socialista existente. Aparecieron, a la inversa, en evidente diversidad concreta, problemas puramente económicos (desde luego con repercuciones directas sobre el poder político). Este traslado de importancia en los objetivos tuvo fuertes efectos sobre los métodos de lucha. A Lenin mismo —en el mundo burgués y en la socialdemocracia— se le ha reconocido, cuando ha sido reconocido, sobre todo como un táctico sagaz. Sin embargo, es un juicio erróneo, aún cuando se pretenda hacer justicia. En efecto, para Lenin las decisiones tácticas no fueron nunca prioritarias. Fue un analista excepcional de las si-

[43] "de su orientación teórica"

tuaciones concretas y de las decisiones alternativas que se desprendían de ellas. No en vano exigió siempre el análisis concreto de las situaciones concretas; no en vano habló frecuente y enérgicamente acerca de la importancia del desarrollo desigual marxista. Las decisiones tácticas fueron siempre para él —en términos auténticamente marxistas— momentos parciales del gran desarrollo histórico de la especie humana. Solamente gracias al estudio científico de tal desarrollo, le fue posible resumir la tendencia histórica de su presente, fundamentando una estrategia que determinaba la práctica. Dentro de tal cuadro, estudiado ya sea en términos históricos como teórico-científicos, pudo penetrar en el fundamento de esa táctica realista, al análisis concreto de la situación concreta.[44]

Entre sus sucesores se olvida esta prioridad de la visión *histórico-científica* y estratégica. Todos ellos confrontaron directamente con las decisiones concretas del momento en las cuales se debían tomar decisiones tácticas; la perspectiva histórico-teórica desaparecía. Cuando la decisión táctica estaba en relación con una perspectiva que iba más allá de lo inmediato, también ésta subsistió en sustancia como una perspectiva táctica, en general sin un fundamento verdaderamente marxista, es decir, histórico-teórico. El desarrollo transcurrió otorgando prioridad absoluta al proceso práctico inmedia-

[44] "Solamente dentro de tal marco, fundamentado sea en términos históricos como en términos teórico-científicos, él funda su táctica realista, originada en el análisis concreto de la situación concreta".

to.[45] Sobre él se construyó una estrategia y una teoría histórica del desarrollo conjunto, la cual en conformidad con este carácter secundario, auxiliar y suplementario, modificó correspondientemente nuevas decisiones tácticas, incluso pudo invertirlas. Se trata de un cambio en el interior de la estructura ideológica ya efectuado hacía tiempo en la socialdemocracia. Ciertamente, con tendencia socio-política completamente opuesta, delineada con claridad ya en Bernstein, y que más tarde en los nuevos[46] programas conducen a una ruptura abierta con la teoría de Marx, a una adecuación práctico-intelectual a la técnica manipuladora de los partidos burgueses.[47] La concepción de Lenin, por el contrario, ya antes del congreso de 1903, estaba orientada hacia una visión de la práctica y de la táctica en el sentido de Marx. Sus sucesores, abandonando este camino, siguieron desde todo punto de vista una dirección opuesta, la de la socialdemocracia: de hecho la prioridad de la táctica se manifestó elevándola a una verdadera teoría marxista. Aún cuando al contrario de Marx y Lenin la teoría no era más el fundamento intelectual de las decisiones primero tácticas, sino a la inversa su "fundamentación" pensada a posteriori, frecuentemente imaginada por vía sofística, este conjunto de opiniones debía aparecer como si fuera la continuación, la aplicación legal de la teoría marxista.

Este peculiar "desarrollo ulterior" del método marxista no está inventado o imaginado. Se origina

[45] "prioridad absoluta de las decisiones de hecho, inmediatas"

[46] "recientes"

[47] "del régimen burgués"

y detiene en la inmediatez de la situación real en la que se encuentra el movimiento obrero revolucionario de ese período. La característica de la primera fase de fundación y consolidación organizativa del movimiento obrero revolucionario es que al frente, internacionalmente indiscutido, está precisamente Marx, en cuya personalidad se unió orgánicamente el liderazgo teórico y la práctica táctica. Cuando después de su muerte, estas funciones pasaron a Engels, no ocurrió ningún cambio cualitativo. Sólo después de la muerte de este último en los partidos socialdemócratas se presentó el problema de cómo unificar orgánicamente la relación de la teoría marxista y la práctica táctica cotidiana. Durante largo tiempo pareció que, por ejemplo, la relación Kautsky-Bebel podía solucionar este problema; pero en épocas de serios cambios (el debate sobre Bernstein) se evidenció que la dirección de facto era sustancialmente táctica: la teoría servía sólo como justificación posterior de cuanto era llevado a la práctica independientemente de ella. (Teóricos como Mehring o Luxemburgo no ejercían ninguna influencia fundamental). Con gran nitidez dominó la dirección de la socialdemocracia austríaca, el táctico Víctor Adler, a pesar de la presencia de un número relativamente grande de personas dotadas de talento teórico. Al principio parecía que la posición de Plejanov en la socialdemocracia rusa representaba algo esencialmente distinto; pero también aquí se afirmó, naturalmente con muchas variaciones, la línea "europea". Sólo poco a poco Lenin conquistó en el movimiento bolchevique una posición que recordaba a Marx y Engels; posición que creció luego a una dimensión internacional debido a la Revolución de 1917.

También en este caso, entonces, fue consecuencia

de un desarrollo real que la lucha por la dirección en el comunismo ruso adoptara esta forma: encontrar un sucesor de Lenin que en el movimiento comunista pudiera asumir la función de dirigente en todos los sentidos, que orientase tanto la línea teórica como práctica-táctica[48] a la manera de Marx, Engels y Lenin. El poderoso tribuno popular del período de ímpetu revolucionario, Trotski, era en realidad inepto para este rol debido a su ceguera, frecuentemente total, de la acción táctica correcta como lo prueba incluso con mucha precisión su biógrafo I. Deutscher quien indudablemente lo admiraba mucho. Prescindiendo de algunos aspectos del momento, sobre los cuales volveremos, la victoria de Stalin sobre Trotski fue el triunfo de un táctico superior, astuto y calculador. En su táctica estuvo también la apariencia de presentar esta victoria como la de la correcta teoría de Lenin sobre sus deformaciones. Y parte sustancial de su personalidad fue que, después del triunfo, no quiso volver a actuar en público como fiel intérprete y alumno de Lenin, sino que paulatinamente —con frecuente habilidad táctica— llevó adelante situaciones en las cuales se introdujo ya en la conciencia pública como el verdadero heredero de la personalidad dirigente, superior en todos los planos, de sus grandes predecesores; entonces estuvo en condiciones de propagar para el movimiento obrero revolucionario la línea Marx-Engels-Lenin-Stalin.

Stalin todavía no era más que un táctico muy inteligente, extremadamente sutil. (Veremos que su

[48] "que fuese indiscutido tanto sobre el plano teórico como práctico-táctico"

biografía política revela tanto rasgos positivos como negativos de su unilateral talento). Ya en los primeros tiempos, después de la muerte de Lenin, sabía oscilar muy hábilmente sin tomar una posición decisiva, pero presentando su espera como una actitud principista; dejaba así que se desgastaran las diversas corrientes entre sí para apropiarse luego de aquellas orientaciones que podían fortalecer su posición de dirigente. El fundamento práctico más importante de esta táctica era la gradual concentración en sus propias manos de todo aparato de dominación (Partido, Estado y medios de comunicación masivos para la opinión pública). Así se origina —y este es el aspecto más característico de su posterior modo de gobernar— que sin anular formalmente el funcionamiento de ningún órgano de la democracia, está en condiciones de hacer aparecer cada una de sus decisiones como conforme al espíritu democrático de Lenin.

Habíamos tratado de demostrar anteriormente como para Lenin la preservación y continuación de la revolución popular (la alianza entre proletariado y campesinado) era el problema estratégico central. La reconstrucción de la producción industrial, problema decisivo de la NEP, era para él sobre todo un instrumento indispensable para la reconstrucción real de esta alianza, lo que en las revoluciones de 1905 y 1917 constituyó el centro de su política. Consideró siempre desde esta perspectiva el proceso, que esperaba fuera largo y contradictorio, de construcción de la industria. Es conocido que incluso estaba dispuesto a permitirle al capital extranjero una participación temporaria en el proceso económico de reconstrucción de la industria rusa; no dependió de él que este plan quedara en simple proyecto. Después de su muerte, el problema de

quién debía ser la parte beneficiaria del proceso de reconstrucción económico y a expensas de quién debía ser prácticamente realizado, se convirtió en una cuestión central. El ala de izquierda (Trotski, Preobazhenski) exigió una "acumulación originaria socialista", es decir una enérgica y rápida construcción de la gran industria a costa de la economía campesina; [49] para el ala de derecha (Bujarin), al contrario, la cuestión económica central de la reconstrucción y del desarrollo era que la industria abasteciera al campo con las mercancías necesarias. Es decir que ambas corrientes reducían en sustancia el problema a una cuestión puramente económica que, sin embargo, tenía consecuencias políticas de máxima importancia. Ambas excluían en la práctica y en la teoría el aspecto que Lenin había considerado central. Ya esto concentró la lucha de las corrientes en su alternativa táctica, lo que correspondía en su mayoría —de nuevo en oposición a Lenin— con el criterio de la personalidad dirigente decisiva. Stalin no se diferencia de los otros por su nivel teórico en el modo de plantear la cuestión; sólo que es muy superior a todos ellos en el plano táctico. Desde este punto de vista, le interesaba sobre todo impedir la dirección de Trotski; osciló muy hábilmente entre ambos extremos dejándolos desgastarse entre sí, para realizar por su parte —después de la liquidación política de ambas alas— la "acumulación originaria socialista" con gran energía y con medios extremadamente brutales.

Esta lucha de corrientes se complicó por un problema que apareció nítidamente después de la muer-

[49] "del campesinado"

te de Lenin: el problema del "socialismo en un solo país". Lenin, partiendo del desarrollo desigual, estuvo siempre convencido de que era imposible que la revolución socialista estallara y triunfara al mismo tiempo en todas partes. Pero, como muchos entonces, al principio estuvo profundamente convencido que la Revolución Rusa constituía sólo el principio de una ola que, como solución a la crisis bélica, inundaría rápidamente los países capitalistas más desarrollados. Recién en sus últimos años de vida, y sobre todo después de su muerte, resultó claro que a pesar de situaciones objetivamente revolucionarias esporádicas y éxitos breves en algunos países, la falta del factor subjetivo hacía imposible la generalización del triunfo socialista. A los problemas centrales de la Revolución Rusa, a la superación de su carácter no-clásico, se le sumó ahora la cuestión concreta de cómo podría sostenerse en esa situación y trabajar sola a fondo para la realización socialista. Los dos conjuntos de problemas constituyen en la realidad socio-histórica una unidad indisoluble. Pues, la superación práctica de la irregularidad del punto de partida social se agudiza esencialmente, cualitativamente, por la soledad; la República Soviética Rusa, para la solución de este problema, debía contar desde este momento exclusivamente con sus propias fuerzas. El efecto ideológico sobre las masas trabajadoras de los países capitalistas, su simpatía por la Revolución Rusa, sigue constituyendo un factor muy importante, sobre todo para el futuro. Este no sólo es efectivo en el plano ideal sino que con frecuencia, especialmente en momentos de peligro, puede transformarse en una ayuda de hecho; sin embargo, no puede ofrecer nada prácticamente decisivo para la solución del

problema económico interno. Se trata por eso de ver si el Estado soviético, abandonado a sí mismo, está en condiciones con sus propias fuerzas no sólo de sostenerse sino también de abrirse camino hacia un socialismo normalmente desarrollado.

Precisamente en la discusión sobre este problema se evidenció hasta qué punto las fuerzas en lucha por el poder olvidaron las exigencias metodológicas dinámico-totales de Marx y Lenin; hasta qué punto dominaron los movimientos y contra-movimientos predominantemente tácticos en el período posterior a la muerte de Lenin. El problema del origen no-clásico desaparece cada vez más de las discusiones. La fundamentación teórica general se reduce de manera creciente a la idea que con la estatización de los medios de producción y con la forma estatal de la dictadura del proletariado, todos los momentos esenciales de esta problemática estarían resueltos. La recuperación del atraso económico sigue siendo por mucho tiempo el problema económico central; pero, puesto que está abordado exclusivamente desde el punto de vista de la economía, las preguntas y las respuestas a esta serie de problemas se omitieron. El problema del "socialismo en un solo país" se redujo a la pregunta de si sería posible existir y desarrollarse bajo tales condiciones. Con lo cual también la respuesta se traslada hacia las decisiones predominantemente tácticas. A nadie podía escapársele que debía tratarse de un proceso y, además, de un proceso largo. Cuando se llegó a partir de aquí a la conclusión de que este proceso podía completarse solamente con la ayuda de revoluciones socialistas, sobre todo en países desarrollados, surgió inevitablemente la cuestión táctico-propagandística: o por todos los medios (incluso con los más

aventureros) se aceleraba la Revolución Mundial o con grandes sacrificios personales se consagraba a la construcción del socialismo sin estar en condiciones reales de construirlo. Es seguro que el mismo Trotski, que creía en esa perspectiva internacional, estaba personalmente muy lejos de ver tal dilema en la forma de una alternativa tan brutalmente simplificada. Pero fue inevitable que, ante la falta de una teoría del desarrollo revolucionario verdaderamente fundamentada en términos teóricos, esta alternativa en sí misma falsa, jugara un rol importante en el debate.

Stalin, como un experimentado táctico, empujó hacia el centro de la discusión precisamente esta conclusión deformada, a través de la fórmula, eficaz en el plano propagandístico abstracto, que la construcción completa del socialismo en un solo país era la única respuesta marxista posible a la cuestión. Por cierto, esta solución exclusivamente táctica-propagandística, que más tarde fue tomada como teórica, lo indujo a un manifiesto absurdo: no sólo el socialismo sino también su transición al comunismo sería posible en un solo país. Para ello, debido a la periferia capitalista, el Estado debía persistir con todos los instrumentos represivos tanto externos como internos. Es decir que, como aclaraba un chiste de esa época, en ese "comunismo" cada uno según sus necesidades llegaría a ser encerrado en un campo de concentración. Sin ampliar por el momento metodológicamente el contenido ideológico de la crítica implícita en esta observación irónica de la prioridad absoluta atribuida por Stalin a la táctica (sobre este punto volveremos más adelante), es quizás útil que señalemos ahora

que la prioridad de la táctica continuó siendo válida también en la época de la superación[50] del "culto a la personalidad". Jruschov, quien con frecuencia criticó con pasión a Stalin, fomentó también determinadas medidas económicas adoptadas para promover la producción, dada su deducción de que a determinado nivel de éxito (sobrepasando el de los EE.UU.) sería actual la "introducción" del comunismo. Jruschov consideró por lo menos las condiciones económicas, pero el hecho de que para una producción tan desarrollada el comunismo debía también plantearse otras condiciones sociales, quedó fuera de su horizonte del mismo modo que para Stalin.

Para volver al tema que nos ocupa ahora, Stalin, después de derrotar y dejar impotente a la fracción Trotski-Zinoviev-Kamenev con ayuda del grupo de Bujarin, se volvió contra sus primitivos aliados haciendo suyo el contenido económico de la "acumulación originaria socialista" (por cierto sin utilizar jamás esta terminología), para liquidar, utilizando la nueva consigna táctica, también a este grupo. Se llegó así al dominio exclusivo de Stalin, a la colectivización y liquidación de los kulaks de 1929, al desarrollo forzado de la industria,[51] etc. Aquí no interesan los detalles de este proceso (cuya investigación marxista sería desde luego muy útil) sino reconstruir en sus fundamentos[52] los principios de la acción del dominio de Stalin. La base metodológica fue, como hemos visto, el predominio absoluto de

[50] "de la supuesta superación"
[51] "de la industria pesada"
[52] "sus fundamentos teóricos"

los puntos de vista tácticos y la plena subordinación, incluso dejando de lado cualquier estrategia y con mayor razón toda teoría marxista acerca de la totalidad del proceso de desarrollo. Objetivamente, el triunfo de Stalin estuvo facilitado por el hecho que sus adversarios estaban tan lejos de la fundamentación teórica marxista-leninista de la táctica como él mismo. Con la diferencia, por cierto, que Stalin era superior respecto no solamente a los problemas organizativos del aparato de dominación, sino también como táctico. Trotski partió siempre de perspectivas generales que se quedaban en la retórica revolucionaria; Bujarin de consideraciones imaginadas dogmáticamente, nunca meditadas realmente en términos dialécticos, de consideraciones semipositivistas. De esta manera, las capacidades tácticas en sí ya inferiores a las de Stalin no se fortalecieron sino que se debilitaron; sin adquirir profundidad en la comprensión, derivaron hacia tendencias inclinadas a la inflexibilidad, las cuales a su vez influyeron sobre sus pequeñas capacidades tácticas, reduciéndolas aún más. La victoria de Stalin, bajo tales circunstancias, no fue casual. El talento de los individuos interesados no jugó ningún papel importante en las luchas por la orientación social. La apariencia contraria, surge de que ninguno de los rivales disponía de un programa en verdad de principios, correspondiente a la situación real y fundamentado en términos de teoría marxista; además tal apariencia es un reflejo posterior de la acción propagandística, cada vez más decisiva de Stalin, quien atribuía su propio dominio a la tesis según la cual él era el único legítimo sucesor de la obra de Lenin, lo que después de su muerte impedió una

representación auténticamente histórica de la génesis concreta de esta situación de poder.[53]

3. El método de Stalin

Hemos ya destacado que en el método estalinista se prioriza la táctica sobre la estrategia y, con mayor razón, sobre la teoría concerniente a la tendencia del desarrollo de la humanidad como contenido de la ontología del ser social. También hemos visto, que este planteo del problema no abarca sólo la actitud individual de Stalin. Se trata de la orientación dominante del período en que de las más diversas formas se impone en todas partes. Ya nos hemos ocupado de la socialdemocracia, en la que este método se generaliza, con contenidos de clase totalmente opuestos y, por ello, con objetivos y modos de realización igualmente opuestos. Sólo debemos agregar aquí que no se trata tampoco en este caso de un invento original, sino de la traslación de tendencias presentes y operantes en este período; fue —consciente o inconcientemente— la adaptación de la llamada "política realista" de la burguesía, la que alcanzó en los diferentes países el dominio bajo las más diversas fundamentaciones ideológicas. En cuanto a los sucesores de Lenin no se puede en general hablar de una simple adaptación. Hemos ya señalado que, por ejemplo, Bujarin tenía predisposición a las influencias positivistas en su concepción de Marx y, agregamos ahora que, en la práctica

[53] "génesis concreta de su conquista del poder y ejercicio del poder"

de Zinoviev, ya mucho antes de la muerte de Lenin, se habían manifestado tendencias que por su parentesco resultaron a menudo afines con la manipulación social-demócrata en el interior del partido.

Todo esto debería ser realmente, concretamente, aclarado a través de una precisa investigación histórica. El elemento conceptual decisivo es sin embargo fácil de establecer: la desviación de la concepción marxista del rol de la economía en el proceso global del desarrollo de la sociedad; fenómeno muy difundido entonces en el conjunto del movimiento obrero. Superficialmente se trata de que la separación de las ciencias entre sí, producto de la división del trabajo y de la "autonomía" entre los objetivos y leyes de las ciencias así separadas, fueron tomadas con determinadas variaciones en la ideología del movimiento obrero. De base material de un proceso histórico unitario, la economía fue transformada en una ciencia particular más o menos "exacta". Por ejemplo Hilferding concibió que la economía marxista, desde este punto de vista metodológico, era compatible con toda "concepción del mundo". El hecho que la economía transformada en una ciencia particular, sea insertada en una concepción aún cuando ésta sea globalmente marxista, le hace perder ya su compenetración orgánica con la totalidad del destino histórico del género humano. Al ser aislada científicamente puede ya ser concebida en términos de pura táctica. Con la custodia productiva de la concepción marxista de la economía, Lenin se encontraba entre sus contemporáneos —partidarios y adversarios— fuertemente aislado.

Al hacer de la economía una ciencia particular se crea la base metodológica de su manipulación. Este proceso, no obstante, está limitado y no le fal-

tan obstáculos. Por eso puede alcanzar su pleno desarrollo en el movimiento comunista. La manipulación en dirección a la adaptación de la sociedad burguesa ha conducido a la socialdemocracia, a través del revisionismo, a la ruptura completa con el marxismo.[54] Su deformación, instrumento de la manipulación brutal estalinista del desarrollo socialista se completa recién con la actividad teórica del mismo Stalin. No se debe olvidar que ya mucho antes Bujarin con su aproximación de tono positivista, había, por ejemplo, transformado el concepto marxista de fuerza productiva en el de técnica. La falsedad teórica de esta concepción no puede ser discutida aquí detalladamente.[55] Yo mismo destaqué una consecuencia importante teórico-práctica de esta concepción. Bujarin piensa que la esclavitud en la antigüedad sería un efecto del escaso desarrollo de la técnica; mientras Marx atribuye este escaso desarrollo precisamente a que la base económica de tal formación social eran los esclavos. El callejón en el que desemboca se basa precisamente en esta limitación económica. Un nivel más elevado de la técnica hubiera sido perfectamente posible en el grado de desarrollo de las ciencias naturales antiguas, el que se desarrolló realmente donde las limitaciones sociales no estaban o estaban

[54] "con la teoría de Marx"

[55] "Yo mismo en 1925, mucho antes de que se llegara al rompimiento entre Bujarin y Stalin, he contestado públicamente esta concepción". Ver G. Lukács, "Bujarin, teoría del materialismo histórico" en *Archivo de historia del socialismo y del movimiento obrero*, onceavo año, Ed. de C. L. Hirschfeld, Leipzig: 1925, pp. 216 a 224.

menos presentes.[56] Mencionamos aquí esta concepción metodológica de Bujarin porque ella en su línea principal, por cierto con algunas modificaciones, durante el período post-leninista alcanzó —como veremos enseguida— el predominio; y, porque esta metodología (considerar la economía como una ciencia "exacta", desligada del gran proceso histórico de la humanización del género humano) ofreció el pretexto para construir en el socialismo, bajo la apariencia de ortodoxia marxista,[57] un sistema de manipulación burocrática de la sociedad.

Resulta aún más claro en Stalin que en Bujarin y los otros. Relativamente tarde (en 1952), en la época de su poder ya absolutamente consolidado como dirigente tanto teórico como político[58] del comunismo mundial, como supuesto sucesor legítimo de Marx, Engels y Lenin, publicó un breve escrito intitulado *Los problemas económicos del socialismo en la U.R.S.S.* Su objetivo principal táctico-propagandístico[59] fue enmendar la teoría económica del socialismo de sus desviaciones subjetivistas, reducirla a su originaria fundamentación materialista-marxista y hacer de nuevo —en las condiciones del socialismo— de la ley del valor marxista el fundamento de la teoría y la práctica económica. Por subjetivismo debemos entender la manipulación burocrática de la producción en la época de Stalin que,

---

[56] Cfr. Carta de Marx a Engels del 25 de septiembre de 1857, en Carlos Marx-Federico Engels. *Obras escogidas*, Ed. Cartago, Buenos Aires: 1957, pp. 749-750.

[57] "bajo la apariencia de una ortodoxia en el campo económico"

[58] "práctico"

[59] "práctico-propagandístico"

ya para ahorrar costos, ya para presentar como progreso los giros concretos problemáticos (o incluso los estancamientos), presentó determinados métodos como rápido desarrollo y prohibió todo juicio crítico.[60] Basta pensar que, por ejemplo, en los años treinta estuvo por un cierto tiempo prohibido, con siderándolo una desviación burguesa, calcular las cifras de producción por habitante. El objetivo de esta medida era no hacer público que el aumento de la producción quedaba atrás con respecto al del mundo capitalista. Dada la extensión de la Unión Soviética, comparando la producción global de ese momento con aquella de los años precedentes, podía remitirse a diferencias numéricas grandes en sí mismas y suponer que —estando prohibido un cálculo para el control crítico— los profanos no estaban en condiciones de evaluar el verdadero ritmo de desarrollo. Reestablecer la ley marxista del valor significó entonces la tendencia —en sí correcta— a limitar esta manipulación burocrática extrema (es decir el "subjetivismo").

Pero, ¿cómo es en verdad este retorno estalinista a la ley marxista del valor? Ante todo, Stalin confunde —quizás no tanto por error como por consideraciones tácticas— la ley del valor en cuanto tal con su manifestación en la circulación de mercancías. Así, a propósito del significado de la ley del valor en la producción dice: "Se trata... que para el consumo determinados productos que son necesarios para cubrir el gasto de fuerza de trabajo en el proceso de producción entre nosotros son produ-

[60] "elogió algunos métodos como necesariamente prescriptos para rápidos desarrollos superiores"

cidos y realizados como mercancías, las que están sujetas a la acción de la ley del valor. Aquí se muestra precisamente la influencia de la ley del valor en la producción".[61] A nosotros nos interesa allí el método, que se revela aún con mayor claridad cuando llega a hablar de otros momentos importantes de la ley del valor. Para establecer teóricamente cuál es la verdadera validez en el presente de la ley del valor, mientras reconoce su presencia episódica en la economía planificada de la Unión Soviética, Stalin se coloca francamente en oposición con Marx; desde luego, contando con que en las circunstancias de entonces sería muy peligroso para cualquiera aludir a esta contradicción. Plantea la cuestión de manera franca e inequívoca: "Se dice... la ley del valor sería una ley permanente, indispensable para todos los períodos del desarrollo histórico, y cuando en el período de la segunda fase de la sociedad comunista la ley del valor pierda validez también como regulador de las relaciones de cambio, así seguirá en vigencia en esa fase del desarrollo como regulador de la distribución del trabajo entre las diferentes ramas de la producción. Eso es absolutamente falso. El valor es, igual que la ley del valor, una categoría histórica que está vinculada con la existencia de la producción de mercancías. Si desaparece la producción de mercancías, así desaparecen también el valor con sus formas y la ley del valor".[62]

Hemos citado extensamente este pasaje para des-

---

[61] J. Stalin. *Los problemas económicos del socialismo en la U.R.S.S.*

[62] Ibid.

tacar con claridad el pensamiento de Stalin y su contradicción con el de Marx. Este, y no en una parte difícilmente accesible sino al comienzo del primer tomo de *El Capital*, habla sobre las diferentes manifestaciones de la ley del valor refiriéndose a Robinson, a la Edad Media, a una familia campesina que se autoabastece y, al fin, al propio socialismo. El tiempo de trabajo, es decir el tiempo de trabajo necesario socialmente, la objetivación directamente económica del valor, tiene una doble función: "Su distribución socialmente... planificada regula la proporción correcta de las diversas funciones del trabajo con las distintas necesidades". Por otra parte, Marx agrega, "sirve... el tiempo de trabajo simultáneamente como medida de la parte individual del productor en el trabajo colectivo y por lo tanto también en la parte destinada al consumo individual de la producción colectiva".[63] Es decir que no sólo las mercancías particulares que sirven al consumo individual siguen, como aclara Stalin, subordinadas a la ley del valor, sino el conjunto de la parte individual del productor en el producto total; esto significa algo esencialmente distinto. Marx agrega que se trata sólo de un ejemplo y caracteriza la economía del socialismo como aquella donde "la

[63] Carlos Marx. *El Capital*, Tomo I, Ed. Cartago, Buenos Aires: 1965, p. 67. La traducción al castellano de W. Roces de la edición que consultamos dice: "Su distribución con arreglo a un plan social regula la proporción adecuada de las diversas funciones del trabajo con respecto a las diversas necesidades... el tiempo de trabajo sirve simultáneamente como medida de la parte individual del productor en el trabajo colectivo y por tanto también en la parte individualmente consumible de la producción colectiva". (Nota del Traductor).

parte... de cada productor en los medios de vida está determinada por su tiempo de trabajo".[64] Dado que Stalin habla también acerca de esta misma fase del comunismo —al comunismo propiamente dicho lo considera, por cierto, como hemos visto, como un futuro próximo del socialismo actual— en el análisis de esta misma etapa del desarrollo histórico emerge el antagonismo de las concepciones.

Veamos: para Marx la ley del valor no está unida a la producción de mercancías. Cuando Stalin lo afirma de ninguna manera se trata de un simple balbuceo. Presenta propagandísticamente la vía de construcción del socialismo. que en las cuestiones decisivas se aparta del marxismo,[65] como si no hiciera otra que traducir en la práctica la interpretación correcta de la teoría de Marx. Para esto se sirve, como habíamos visto, del truco de presentar categorías que según Marx son válidas para toda producción, como si se tratasen simplemente de fenómenos históricos que pierden su vigencia en el socialismo. El propósito es presentar los métodos estalinistas de manipulación del socialismo como la realización teórica y política del marxismo-leninismo.[66] Esto nos conduce un paso adelante en la evidencia entre el marxismo en la concepción a lo Stalin y los obstáculos impuestos a la democracia socialista, su destrucción, es decir su interpretación del concepto marxista del plustrabajo en el mismo escrito: "Yo tengo", dice Stalin, "entre otros... tales conceptos entre ojos como trabajo 'necesario' y

[64] Ibid., p. 69.
[65] "se aparta de Marx"
[66] "realización teórica y práctica del marxismo"

'plus-trabajo', producto 'necesario' y 'plus-producto', tiempo de trabajo 'necesario' y 'plus', 'surplus' tiempo de trabajo".[67] En el análisis de la producción capitalista, Marx utilizó estas categorías con toda razón; sin embargo, ellas pierden su sentido después de la socialización de los medios de producción. "Igualmente extraño", continúa, "es hablar ahora de trabajo 'necesario' y 'plus-trabajo': como si bajo nuestras relaciones el trabajo que el trabajador realiza para la sociedad, para la expansión de la producción, para el desarrollo de la enseñanza, de las instalaciones sanitarias, para la organización de la defensa, etc., para la clase obrera ahora en el poder no fuera igualmente necesario que el trabajo realizado para cubrir las necesidades personales de los trabajadores y su familia".[68]

Es necesario decir que la diferencia entre el trabajo socialmente necesario para la reproducción del trabajador y aquel (plustrabajo) realizado más allá de él no es de ninguna manera específico del capitalismo; es una característica económica importante, incluso decisiva, del desarrollo de la reproducción económica en general desde la prehistoria hasta el comunismo. Basta recordar como la base económica de la esclavitud —como progreso social frente al inicial asesinato o incluso devorarse de los enemigos prisioneros— se basa precisamente en el hecho económico que el esclavo puede realizar una cantidad de trabajo mayor de lo que es necesario para su reproducción. Marx agrega también que en la esclavitud —a diferencia de la servidumbre y del traba-

[67] Stalin, op. cit.
[68] Stalin, op. cit.

jo asalariado— aparenta a primera vista desaparecer el trabajo necesario para la autorreproducción. Del mismo modo que pareciera desaparecer en el trabajo asalariado capitalista el trabajo excedente, el plustrabajo. Se trata de una apariencia que desde luego es necesaria, pero que no por esto deja de ser sólo una apariencia; las tres formaciones económicas se basan objetivamente en la apropiación de la plusvalía por parte de la respectiva clase dominante, apropiación que en relación al papel de la violencia inmediata desnuda o de la coerción económica, ha asumido sin duda en la historia diversas formas. Sin embargo, el hecho económico fundamental del desarrollo social —es decir la constante disminución tendencial del trabajo socialmente necesario para la reproducción de la vida individual y el crecimiento de igual modo tendencialmente constante del plustrabajo— que en lo inmediato da lugar a la explotación, pero que (mediado de diferentes maneras para las diferentes formaciones), también puede contribuir con los objetivos generales sociales del desarrollo de la personalidad, es para Marx asimismo una ley inalterable del progreso económico-social.

La socialización de los medios de producción hace imposible esta apropiación del plustrabajo mediante la posesión personal; pero no suprime de ninguna manera esta estructura básica de la reproducción económica. Simplemente introduce formas de mediación radicalmente nuevas para posibilitar la utilización socialmente progresiva del plustrabajo. Marx describe la esencia económica-cultural de este proceso en presencia de un alto desarrollo de las fuerzas productivas, como sigue: "El desarrollo libre... de la individualidad y por eso no la reducción del tiempo de trabajo necesario con miras a poner plustrabajo, sino en general la reducción del

trabajo necesario de la sociedad a un mínimo, al cual corresponde entonces la formación artística, científica, etc., de los individuos gracias al tiempo que se ha vuelto libre y a los medios creados para todos".[69] En la *Crítica al programa de Gotha*, toma una posición severa contra la concepción vulgarizante de Lassalle, según la cual el socialismo para los trabajadores significaría la apropiación de "todo el producto del trabajo". En primer lugar, destaca Marx, el plustrabajo debe cubrir todos los costos necesarios para asegurar y desarrollar la producción misma. Pero, además, de allí en adelante debe producir para que sean cubiertos los costos no económicos para la administración de la sociedad y sus necesidades generales (enseñanza, salud, etc. Y Marx destaca que éstas en el socialismo se incrementan mucho m s que en el pasado). Lo mismo ocurre con el fondo para los incapacitados de trabajar.[70]

Estas necesidades determinan el marco económico para el consumo individual, para la autorreproducción individual de los trabajadores en el socialismo. Stalin no hace otra cosa que poner patas para arriba esta concepción falsa de Lasalle: esta vez para declarar que la categoría del plustrabajo es inexistente en el socialismo. Ya hemos citado sus argumentos. Lasalle tiene la ilusión de que socialismo significa transición de todos los productos del trabajo en la esfera de la inmediata autorreproducción del trabajador individual. Stalin equipara

---

[69] Carlos Marx. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Tomo II, Ed. Siglo XXI, 9ª ed., p. 229.

[70] Cfr. Carlos Marx. "Crítica al programa de Gotha" en *Obras escogidas*, Tomo I, Ed. Cartago, Buenos Aires: 1957.

aquellos inmediatos a los momentos económicamente mediatos. Ambos falsifican los hechos económicamente fundamentales de la autorreproducción social. Lo hacen a primera vista de un modo antitético, pero esta contradicción se apoya en los dos casos en el desconocimiento sistemático de las verdaderas mediaciones económico-sociales.[71]

Tomemos, por su sencillez, como ejemplo la enseñanza. En el proceso de autorreproducción individual no está ciertamente contenido de manera directa. Lo está tan poco que en el capitalismo la necesidad de promoverla surge sólo a partir de las necesidades de la producción del capital. A la clase obrera se le ha impuesto simplemente porque determinadas prestaciones laborales no pueden técnicamente ser cumplidas por analfabetos. Ahora bien, cuando el socialismo pone en el orden del día este punto con una intensidad no imaginable por ninguna de las sociedades de clase anteriores, eso no quiere ni puede significar que con tal acto se elimine la mediación económica de esta esfera. Respecto del capitalismo produce algo totalmente nuevo desde el punto de vista cualitativo: esta mediación es un problema determinado fuertemente por la ideología que los trabajadores deben resolver con su propia actividad. Recordemos como Lenin colocó en el orden del día la liquidación del analfabetismo como un problema político-ideológico central en la implantación de la NEP.

Naturalmente que ideología debe ser comprendi-

[71] "mediaciones económico-sociales, en el intento de ver las diferencias entre capitalismo y socialismo donde no se encuentran, en el proceso económico inmediato"

da allí en un sentido marxista exacto. En el prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política*, la forma ideológica se define como el medio social que permite que "...los hombres adquieren conciencia de este conflicto y luchan por resolverlo".[71] En esta definición salta a la vista la dualidad de su dialéctica interna. Los conflictos a resolver se derivan de la regularidad objetiva con la cual se plantean las contradicciones entre fuerza productivas y relaciones de producción; y, al mismo tiempo, toda ideología es un conjunto de medios mediante el cual los hombres están en condiciones de tomar conciencia de los conflictos surgidos de ese modo y de luchar prácticamente para resolverlos. En consecuencia, desde el punto de vista de Lenin, la liquidación del analfabetismo era un problema que sin duda estaba planteado objetivamente por la situación económica de Rusia. Pero, su solución ideológica, mediante la conciencia y la actividad de los trabajadores, debía ser objeto de la práctica devenida conciente. De esta manera, una vez quebrado el dominio de la clase explotadora con la socialización de todos los medios de producción, el camino ya ha sido despejado para que el pueblo trabajador esté en condiciones de solucionar por sí mismo todos los problemas de su vida cotidiana. La enseñanza —para continuar con el mismo ejemplo— de superestructura producida en cierto grado automáticamente por

[71] "medio social que sirve para hacer conciente los problemas del desarrollo de la economía y para combatirlos". Cfr. Federico Engels. Carlos Marx. *Contribución a la crítica de la economía política* en *Obras escogidas*, Tomo IV, Eds. Ciencias del hombre, Buenos Aires: 1973.

el desarrollo económico, puede de este modo llegar a ser un factor de ampliación y profundización de la vida individual de cada individuo; fuerza social creada por el hombre para sí. Esto apunta en su real sociabilidad a que la reducción del tiempo de trabajo necesario para la propia reproducción ponga a cada uno en condiciones de producir lo que Marx llama "superfluo" y de hacerlo suyo para construir y perfeccionarse a sí mismo.

También aquí el que decide en última instancia es el momento social. El nivel del desarrollo de la producción como disminución del trabajo necesario para la autorreproducción de los trabajadores y la disputa ideológica acerca del volumen y el contenido de lo "superfluo" son fenómenos sociales, determinados objetivamente.

Su resultado no puede ser más que social. Sin embargo —y es aquí donde se relaciona este complejo de problemas con la democratización— estos resultados sociales sólo pueden alcanzarse cuando su producción por la actividad social de los individuos simultáneamente desarrolla a estos últimos como personalidades; promueve, enriquece y profundiza su individualidad. Habíamos ya citado la observación de Marx según la cual el "reino de la libertad" implica el "desarrollo de las fuerzas humanas que vale como un fin en sí mismo". Esto significa un tipo de práctica que supera la esfera económica (al "reino de la necesidad" que no puede suprimirse como base), lo que en la *Crítica al programa de Gotha* está formulado de la siguiente manera: "el trabajo ha llegado a ser no sólo un medio de vida, sino la primera necesidad vital".

¿Estas expresiones para referirse al mismo objeto significan un utopismo? Muchos así lo creen y, en efecto es así mientras confrontemos directamen-

te un "estado" semejante como estado con lo actual y nos imaginemos que un cambio directo de uno en otro es posible e incluso realizable a voluntad. La cosa es distinta cuando consideramos los "estados" contrastados como polos extremos, procesos sociales puestos en marcha por los hombres (lo que por ambos lados corresponde con la realidad), y, junto a Lenin, ponemos en claro lo que llamamos democracia socialista o proletaria, que es precisamente este proceso real que une entre sí creativamente a ambos en el desarrollo de la especie humana. Entonces el socialismo, la primera fase del comunismo, se manifiesta como una formación singular cuya economía, cuya sociabilidad, puede desarrollarse adecuadamente sólo cuando las personas participan en la práctica social de las estructuras sociales (que por lo demás se presentan ante ellos de un modo puramente objetivo, las cuales por su propia naturaleza interna son siempre también procesos, entre los cuales entran también los otros semejantes). Sin perder su objetividad funcionan en sustancia como resultado de una actividad humana conciente de sí misma y de su propia sociabilidad.

El carácter social del hombre lo acompaña desde el principio de su humanización. En las sociedades de clases se presenta en su interioridad en creciente desarrollo, como una objetividad ajena a él. La democracia socialista —basada en los hombres en verdad activos, como lo son en realidad, como están obligados a manifestarse en su práctica cotidiana— en su máxima y más íntima expresión transforma los productos creados inconcientemente (o con falsa conciencia) en objetivos concientes creados por el hombre mismo; cuya creación, concede a la actividad subjetiva un sentido que transforma la presencia de los otros de una limitación para su propia

práctica en un colaborador y ayudante indispensable y por esto aceptado.

Naturalmente, la extensión, la intensidad, el contenido, la dirección, etc. de una tal práctica está definida y determinada por el grado de desarrollo económico de la respectiva situación social. Justamente porque la cuota que en el total del tiempo de trabajo socialmente necesario está representada en el plustrabajo socialmente liberado por la revolución proletaria y utilizada para tal propósito es un producto del desarrollo económico, la Revolución Rusa —originada de manera no-clásica— desembocó en una situación objetivamente difícil. Mientras en el centro de la práctica revolucionaria estaba su conquista y su defensa, el amplio y profundo entusiasmo de las masas populares insurreccionadas puede temporalmente ocultar esta problemática. Para las cuestiones más triviales hasta los más grandes problemas de la política mundial, surgieron respuestas que no sólo causaron un tempestuoso movimiento en las masas rusas, sino que también impresionaron profundamente a las masas del mundo entero. Pensemos, por ejemplo, en el eco que tuvieron las tratativas de paz en Brest-Litovks.[73]

[73] (Las tratativas de paz entre Alemania y Rusia se desarrollaron después del armisticio del 2 de diciembre de 1917 con la Cuádruple alianza —Alemania, Austria, Hungría, Bulgaria, Turquía— y concluyeron el 3 de marzo de 1918 con la Paz de Brest-Litovsk. Con ésta Rusia renunciaba a la soberanía sobre Livonia, Curlandia, Lituania, Estonia y Polonia, reconociendo además a Finlandia y a Ucrania como Estados autónomos. No obstante estos aspectos político-estatales, prevaleció el significado político ideológico. Lenin en efecto fue un tenaz defensor de este tratado en cuanto respondía a las necesidades de paz por entonces amplia-

Esta espontaneidad de las masas en apariencia irresistible fue en términos inmediatos organizativos fortalecida, afirmada, guiada hacia un objetivo firme mediante el movimiento soviético. Surgida durante la Comuna de 1871, espontáneamente reaparece en 1905, y se convierte en la nueva síntesis de la democracia socialista durante y después de 1917.[74] Su fuerza dramática proviene del hecho que

---

mente difundidas entre las masas, sobre todo rusas. En el transcurso de las negociaciones, se formó en el interior del grupo dirigente bolchevique una línea, guiada por Bujarin y Trotski, llamada el "comunismo de izquierda", contraria a la cláusula del tratado de paz en tanto entendía contribuir con las armas a la prevista revolución proletaria en Europa occidental). Nota a la edición italiana, op. cit., p. 98.

[74] (Aquí Lukács sigue el hilo del discurso del *Estado y revolución* donde, en la investigación teórica de la forma estatal adecuada a la revolución proletaria, Lenin se detiene en particular a analizar la Comuna de París de 1871. El manuscrito de este libro de Lenin [como se sabe, interrumpido en setiembre de 1917 debido a los acontecimientos políticos en Rusia] lleva también la indicación de un último capítulo, nunca escrito, intitulado "La experiencia de la Revolución Rusa de 1905 y de 1917". La forma institucional de "consejo" está en efecto experimentada por primera vez en París durante la tentativa de construcción de un poder popular seguido del hundimiento del imperio de Luis Bonaparte y del nacimiento de la Tercera República. La Comuna intentó organizarse atribuyendo todo poder al consejo comunal, cuyos miembros estaban elegidos por sufragio universal y eran revocables en cualquier momento. En la llamada "Primera Revolución Rusa" de 1905, caracterizada por las huelgas e insurrecciones en todo el territorio ruso [entre los cuales está el célebre amotinamiento de Odessa de los marineros del acorazado Potemkin], los soviets [consejos] se formaron espontáneamente como instrumento de autogobierno popular. En 1917, aunque antes

los hombres lo comprenden en primer lugar concretamente en su vida cotidiana, en sus puestos de trabajo, en sus viviendas, etc., los organiza para la actividad inmediata, para a partir de allí elevarlos —gradualmente o de golpe, a saltos— a la práctica revolucionaria en todas las cuestiones decisivas para la sociedad. En la última época de formación del movimiento soviético (1917), la ligazón de la vida cotidiana con la cuestión de una rápida conclusión de la paz era objetivamente tan directa que el recíproco ir y venir espontáneo entre los problemas cotidianos y aquellos de la gran política fue mucho más fácil e inmediato de lo que sería posible luego en tiempos "normales".

El movimiento soviético surgió por todas partes espontáneamente y adquirió paso a paso una conciencia cada vez mayor. La época de Stalin utilizando de manera deformada con fines manipuladores-demagógicos la controversia entre Lenin y Luxemburgo,[75] extractó lo que esta última llamó ac-

---

de Octubre, se dio inmediatamente un dualismo de poder entre la Asamblea constituyente y los soviets). Nota a la edición italiana, op. cit., p. 99.

[75] (La controversia entre Lenin y Rosa Luxemburgo sobre el tema tiene lugar en 1904 en el contexto de la lucha interna del reciente refundado Partido Obrero Socialdemocrático Ruso. En el interior de la polémica entre mencheviques y bolcheviques, estos últimos estaban acusados de "ultracentralismo" y de pretender afrontar con métodos administrativos cuestiones políticas. Ante tal acusación Lenin respondió con su libro *Un paso adelante, dos atrás. La crisis de nuestro partido*, para demostrar que los bolcheviques eran el ala revolucionaria y los mencheviques el ala oportunista. [Donde se precisa que "oportunismo" era entonces simplemente la designación de una orientación estratégica basada sobre el uso de la oportunidad real y no

en la preparación de la revolución]. Los mencheviques de hecho eran los portadores del "oportunismo en las cuestiones organizativas". Es en tal contexto que Rosa Luxemburgo está invitada a intervenir y en el ensayo *Problemas de organización de la socialdemocracia rusa* toma posición, afirmando que, para defenderlo de los "caprichos utopistas y oportunistas de la intelectualidad socialista rusa", es equivocado "ocultar el movimiento obrero en la coraza de un centralismo burocrático que degrada al proletariado militante a dócil instrumento de un 'comité' "; éste "de hecho es el medio más fácil y seguro para entregar un movimiento obrero todavía joven a la rama de poder de los intelectuales. Y viceversa, la garantía más segura para el movimiento obrero contra el menor oportunismo de sus intelectuales ambiciosos es la autónoma participación de los trabajadores, el fortalecimiento de su sentido de responsabilidad". Lenin en un artículo de respuesta, acusa a Luxemburgo de abstracta ["el abecé de la dialéctica... afirma que no existe una verdad abstracta, que la verdad es siempre concreta"] y sostiene que una organización política compacta era necesaria en Rusia porque "los intelectuales, que respecto a los partidos de Europa occidental representan en nuestro partido obrero un porcentaje mucho mayor, se hicieron del marxismo como de una nueva moda. Esto pasó muy pronto de una posición de veneración servil hacia la crítica burguesa a Marx y, de otra, al movimiento obrero puramente sindical". La condena definitiva de Rosa Luxemburgo ocurre en 1931 con una carta de Stalin a la redacción de la revista histórica *Revolución Proletaria*. En tal carta se opone al "liberalismo corrompido" que todavía circula entre algunos bolcheviques y contra "los trotskistas y aquellos que razonan como los trotskistas", con un lenguaje duro y vulgar recordaba los tres errores mayores de Rosa Luxemburgo [la crítica de ultracentralismo a Lenin en 1904, la divergencia con Lenin en el juicio sobre el carácter de la Revolución rusa de 1905 y, durante la primera guerra mundial, la menor importancia atribuida a la lucha de liberación nacional en el contexto de la lucha revolucionaria], haciéndola una precursora del trotskismo ahora convertido en "sección de vanguardia de la burguesía reaccionaria". [Cfr. Stalin, *A propósito de algunos problemas de la historia del bolcheviquismo*]). Nota a la edición italiana, op. cit., p. 100.

ción conciente para contraponerlo en términos de exclusión recíproca con la espontaneidad, de donde rebajó su importancia social. Lenin, a quien acostumbramos a citar como autoridad frente a esta falsa opinión burocrática, distinguió en la espontaneidad "la forma embrionaria de lo conciente".[76] En efecto, las revoluciones han buscado y a menudo encontrado espontáneamente la forma que podía constituir la marcha para la verdadera actividad de los hombres, aquella capaz de transformar el mundo circundante y superadora en sí misma. El conocimiento verdadero de la realidad objetiva, el espacio que ésta efectivamente tiene, puede desarrollar a partir de tales movimientos espontáneos el máximo de sus posibilidades subjetivas y objetivas, para luego transformarse crecientemente en conciencia. Esto sólo si en los hombres esta relación entre los intereses inmediatos y los grandes problemas generales que los contienen deviene real y viva. Las situaciones revolucionarias se distinguen de la habitual vida cotidiana precisamente cuando tales relaciones empujan a la acción espontáneamente y no deben hacerse concientes sólo por medio de conocimientos. Devenir conciente no significa aquí simplemente tomar conocimiento y comprender una "información"; sino su íntima transformación en un motivo de nuestra acción. Sobre este movimiento que va de la espontaneidad a la conciencia de la práctica nos será posible hablar detalladamente más adelante. Por el momento debemos contentarnos con la comprobación de que la Revolución de

[76] V. I. Lenin. "¿Qué hacer?" en *Obras completas*, Tomo 5, 1ª ed., Ed. Cartago, Buenos Aires: 1959, p. 382.

1917 —gracias a la dirección leninista del Partido Comunista— fue capaz de recorrer este camino de la cotidianeidad a los problemas decisivos de la sociedad y el Estado; de este modo, el gobierno soviético no perdió sus raíces en la vida cotidiana del pueblo.

La situación aguda de la guerra civil elevó notablemente estos momentos del movimiento soviético; simultáneamente, los factores económicos originados por el atraso del imperio ruso, aunque por algún tiempo parecieron olvidarse, en realidad actuaron subterráneamente en dirección de su socavamiento,[77] de su deformación burocrática. Lenin entrevió este peligroso fin desde el principio, al iniciar el cambio con la adopción de la NEP, refutando en el plano teórico-práctico el comunismo de guerra. Vio —y en ello residía el peligro social principal de la burocratización— que la espontánea (desde luego conciente y correctamente reconocida y fomentada por el Partido) unidad revolucionaria del pueblo, la alianza entre obreros y campesinos para su liberación conjunta del yugo del capitalismo imperialista, entraba en la zona minada de la ruptura. El simple retorno al período del auge vehemente y espontáneo hacia el sistema soviético de los tiempos de la revolución aguda era objetivamente imposible. El trabajo de consolidación y desarrollo pacífico de la democracia socialista planteaba a las masas trabajadoras tareas cualitativas del todo nuevas. Para resolverlas no era suficiente el entusiasmo revolucionario, aunque éste fuera el más sincero y resuel-

[77] "del socavamiento de la espontaneidad de los Soviets"

to. (Lenin lo repitió enérgicamente en sus discursos y escritos dedicados a la adopción de la NEP).

El círculo de problemas, ya en sí difícil y complicado, alcanzó entonces su específica complicación por el tipo no-clásico de la génesis del socialismo que se verificaba en un país atrasado. Aparentemente se trataba de una simple diferencia cuantitativa. También en un país capitalista altamente desarrollado después de los años de guerra, o después de una guerra civil, con toda su inevitable devastación, se debería emprender un período de reconstrucción en el cual la restauración y la superación del nivel económico prebélico debería ser imperativamente el centro de toda práctica social. Pero, para la República Soviética no se trataba entonces de esta simple reconstrucción, sino del impulso de la economía hasta que ésta alcanzara un nivel hasta entonces inédito; hasta constituirse en la base adecuada para la construcción de una sociedad socialista en todos sus aspectos. Cuando en el primer caso hablamos de un período de transición y en el segundo de toda una época, apuntamos solamente, en un sentido abstracto inmediato, a una diferencia cuantitativa. En la realidad social, es muy distinto en términos cualitativos, si una generación está centrada por años (que puede también alcanzar un decenio) o si varias generaciones están forzadas a concentrar su principal interés, sus esfuerzos decisivos, no a la verdadera, genuina, construcción del socialismo, sino a la realización material de sus previos requisitos económicos.

La alternativa real que se presentaba aquí estaba determinada por el hecho de si el problema mencionado —el desarrollo de la base objetiva-económica del socialismo aún no existente— se planteaba en términos imperativos y no alternativos. La verdade-

ra alternativa histórica para los hombres que actuaban entonces se concretaba así: si y cómo asociar este problema central (ineludible para el socialismo porque se fundamenta objetivamente en él) con aquella forma de desarrollo que —a un determinado estadio del desarrollo económico este último limitado en su espacio real— presentan las precondiciones sociales de una democracia socialista; o, si en nombre del mero progreso económico son relegadas a un segundo plano, e incluso se convierten en momentos completamente descuidados. Cuando antes habíamos señalado los problemas que suscitaron las luchas internas entre los sucesores de Lenin, habíamos ya remarcado como esta alternativa no fue vista ni propuesta por ninguno de los grupos en disputa; por el contrario, plantearon simplemente cuestiones económicas que permitían exclusivamente una regulación estatal centralizada "desde arriba". Hemos también señalado como para Lenin en sus últimos años de vida, hasta tanto fue capaz de influir teórica y prácticamente en el curso de los hechos, en el centro de su "¿Qué hacer?" estuvo siempre presente esta alternativa. Y, habíamos también subrayado un punto que ahora puede resultar más claro: la ubicación central de la táctica en la particular práctica social y estatal era una consecuencia necesaria de esta orientación de los herederos de Lenin. Una cosa es clara: Stalin entra en este grupo y por ningún aspecto que tenga que ver con este conjunto de problemas puede ser considerado como sucesor de los métodos de Lenin.

Si Stalin fue muy superior en el plano táctico a sus competidores no cambia en nada el problema fundamental de la posterior orientación; el alejamiento de la alternativa leninista, lo dirige a una política inspirada exclusivamente en la táctica. Sin du-

da, Stalin fue una figura superior entre los rivales que luchaban por el poder. Superando a los otros en conciencia y habilidad, se esforzó por presentarse como el único verdadero y digno continuador de la obra de Lenin. Puesto que en los decenios sucesivos a esta discusión, la unidad de Stalin con Lenin —proclamada y propagandizada por Stalin— fue profundamente inculcada en la conciencia de los comunistas, sería una de las tareas ideológicas más importantes de nuestro período de transición, de nuestros esfuerzos por restaurar el marxismo auténtico, contestarle punto por punto a esta leyenda histórica sistemáticamente construida por Stalin y su aparato. En esta dirección hasta ahora no se ha hecho casi nada, aunque (o quizás porque) el tema es de extrema importancia: la reestructuración del método de Lenin y del por él transmitido de Marx, en algo diametralmente opuesto con la apariencia cuidadosamente conservada de una absoluta y coherente continuidad. Por esta vía se fortaleció el moderno antimarxismo burgués. Sin duda esto es importante, pero menos esencial del hecho que en los países socialistas, en las filas de los comunistas, por este tipo de interpretación la imagen de Marx y de Lenin fue deformada, constituyendo un obstáculo eficaz para la reflexión propia, especialmente después que ya se había transformado en una forma actual la revisión histórica del período estalinista.

Un esbozo tan conciso como el que aquí trazamos no es apropiado para abordar esta importante tarea en forma correcta dada su relevancia. Aquí, sólo podemos dar sugerencias metodológicas, cuyas intenciones se habrán cumplido cuando paulatinamente den lugar a investigaciones reales. Obviamente, éstas no pueden ser realizadas con los métodos hoy vigentes. Stalin edificó paso a paso un aparato ideológico

tal que sus escritos están llenos de citas de Marx, Engels y Lenin, a veces de manera trivial, pero esencialmente invertidas en cuanto a la sustancia. Esas tesis de Stalin deberían reunirse e incluirse en un resumen sistemático-metodológico que, caracterizando el nuevo método, demuestren cómo esa base fundamentó y consolidó la omnipotencia de la táctica, su dominio sobre la teoría. El primer paso en este sentido fue la simplificación, e incluso la vulgarización, de los principios de Marx y Lenin.[78] Basta echarle una mirada a las definiciones de dialéctica en el famoso Capítulo IV de la *Historia del Partido*. Mientras Lenin en los primeros tiempos de guerra, preparándose para las próximas discusiones sobre la guerra, imperialismo y revolución socialista, en sus observaciones sobre la *Lógica de Hegel* profundiza y diferencia enormemente su concepción de la dialéctica, en este célebre y "clásico" capítulo no recibimos más que vulgarizaciones simplificadas, las cuales ya en los años 30 figuraban como sustituto perfecto del marxismo y del leninismo.[79] La centralización de la táctica de hecho puede prosperar mejor cuando también en la investigación científica, en la reflexión, e incluso en la misma propaganda con un poco de profundización, se sustituye por una agitación vulgarizada, sin duda más fácil de retener.

Pero para aproximarnos tanto como nos sea posible al problema de la democratización socialista, también aquí donde no nos es posible un análisis amplio y detallado, cito la definición de la teoría que Stalin daba en sus conferencias sobre los funda-

[78] "de Marx, Engels y Lenin"
[79] "de los clásicos del marxismo"

mentos del leninismo. Decía: "La teoría es la experiencia del movimiento obrero de todos los países, tomada en su aspecto general".[80] Es suficiente recordar para hacer visible el contraste, lo que ya hemos mencionado cuando Lenin distingue la importancia del marxismo, precisamente porque todas las conquistas valiosas del desarrollo de la cultura hasta entonces fueron asimiladas. Y también, como hemos visto, cuando afronta el tema teórico de las condiciones humanas de la "extinción del Estado", Lenin descubre una tendencia general de toda la historia mundial en su conjunto, cuyo resultado, el marxismo auténtico, está en condiciones, en su correspondiente nivel conforme a las posibilidades y exigencias, de poner al servicio de la real liberación de los hombres.

No es entonces casual que cuando de la práctica desaparecen estas importantes tareas —las cuales según las circunstancias pueden presentar también una forma exterior muy modesta— surge una teoría que tiende a hacerla desaparecer, la que en sustancia la anula.[81] Es a este fin que sirve la prioridad estalinista de la táctica y su correspondiente vulgarización general del método, de los resultados del marxismo, adaptada a las necesidades tácticas del momento. Esto, sin duda, dentro de un modo de expresión que aparenta haber conservado, e incluso desarrollado a un nivel superior, lo esencial del marxismo. Muy claramente aparece en la conocida teoría de Shdanov sobre la esencia de la filosofía hegelia-

[80] J. V. Stalin. *Cuestiones del leninismo*, Ed. Problemas, Buenos Aires: 1947, p. 30.

[81] "que en sustancia anula esta conexión con la historia del mundo"

na. Para afirmar radicalmente la vulgarización[82] de la dialéctica debió eliminarse el fundante y fecundante influjo de la dialéctica de Hegel sobre el marxismo. Para "argumentar" esto último, Shdanov hace figurar la filosofía hegeliana como una respuesta reaccionaria a la Revolución francesa. Vemos aquí en el plano puramente teórico, dónde culmina la tendencia vulgarizante: el marxismo debía presentarse en lo posible como algo "radicalmente nuevo", sin precursores, privado de relación con la precedente historia del mundo.

Esta "reestructuración" del marxismo por obra de Stalin era tan evidente que ya la primera crítica a su actividad en el XX Congreso denunció la falsedad de un aspecto importante de ésta. Nos referimos a la tesis según la cual en el período de la dictadura proletaria la lucha de clases debería agudizarse permanentemente. Tal crítica era correcta en sí, pero para transformarla en punto de partida de una crítica verdaderamente sistemática, el simple rechazo de esta tesis debía ser integrado y generalizado con ayuda de dos determinaciones metodológicas. En primer lugar, la tesis misma no es ninguna verdadera fundamentación teórica de la práctica estalinista, sino simplemente su respectiva justificación "teórica" a posteriori. El período de las brutales represiones, de la aniquilación física incluso de la posibilidad latente de una oposición, no fue deducido de esta tesis —ya en sí arbitraria—. Más bien al contrario: cuando Stalin por consideraciones tácticas decidió el aniquilamiento radical de toda oposición, inclusive de cada uno de los "sospechosos", surgió esta teoría

[82] "la vulgarización estalinista"

como una preparación y justificación propagandística de tal decisión táctica. En segundo lugar, debemos establecer que no fue un episodio aislado, sino un modo de proceder general de Stalin, característico en el plano objetivo como subjetivo. Esto se demuestra con mayor claridad en la teoría que surgió como consecuencia del pacto entre Stalin y Hitler. El pacto mismo tiene un carácter puramente político-táctico y en cuanto tal puede naturalmente juzgarse de varias maneras. (Personalmente, lo creo una jugada política entonces tácitamente correcta). Pero, en cuanto a nuestro problema actual, es importante sobre todo que Stalin ligó inmediatamente a ello consideraciones teóricas sobre el carácter de la Segunda Guerra Mundial; es decir, que la guerra era imperialista al igual que la Primera. Por lo tanto los comunistas afectados (por ejemplo, los franceses) debían en primer lugar luchar no contra Hitler, sino contra su propio gobierno. Recién cuando Hitler rompió el pacto y agredió a la Unión Soviética, la Segunda Guerra Mundial adquirió para Stalin el carácter de una lucha contra el fascismo. De tales decisiones teóricas manipuladas por motivos tácticos está llena la práctica de Stalin en su conjunto.

Se fundamenta precisamente en que la respectiva necesidad táctica debe recibir para su justificación una plataforma teórica generalizada. Esta, en muchos casos, no ha tenido nada que ver ni con los hechos ni con las grandes líneas del desarrollo histórico, sino que exclusivamente conforma una justificación para las respectivas necesidades tácticas del momento. Así, cuando Stalin en la segunda mitad de los años veinte tuvo tácitamente necesidad de decir que sus rivales, también ante diferencias teóricas mínimas, eran enemigos de la revolución socialista, surgió la "teoría" según la cual la divergencia de

opiniones aparentemente mínima constituía el peligro máximo, siendo en realidad un sutil disfraz del enemigo. Esta necesidad táctica recibió entonces su encarnación teórica más importante en el movimiento obrero internacional; los socialdemócratas fueron declarados "hermanos gemelos" de los fascistas y el ala de izquierda de la socialdemocracia considerada como la corriente ideológica más peligrosa. (La crítica de este método es muy importante y actual, puesto que vuelve a aparecer hoy casi con la misma frecuencia que en los tiempos de Stalin.)

Estos ejemplos, que podríamos multiplicarlos a voluntad, muestran con claridad la relación interna del método de Stalin. Ante un conjunto de hechos se reacciona tácitamente de una u otra manera, la teoría tiene allí simplemente la función de interpretar la respectiva decisión táctica a posteriori, como resultado necesario del método marxista-leninista. De esta manera, la ideología no puede más que convertirse en el campo primario de la manipulación y perder aquel enorme espacio de maniobra, aquella contradictoria variabilidad y desigualdad que poseía en Marx en cuanto medio para "combatir" los conflictos surgidos en el terreno económico-social. Aparece, por un lado, como producto mecánico de cada situación económica; y, por otro lado, como materia sin contenido propio, que de hecho puede ser invertido a voluntad. Esto se corresponde con la caracterización que Stalin da en su artículo sobre el lenguaje, también en este escrito se destaca sobre todo la naturaleza mecánica de su génesis. Dice Stalin: "La superestructura es el producto de una época en cuyo transcurso la base económica dada existe y actúa. Por eso la superestructura no subsiste largo tiempo, ella es suprimida y desaparece con la supresión y

desaparición de la base dada".[83] Ya en el estilo es visible la contradicción con Marx. Para este último, la desaparición de una ideología es un proceso socialmente determinado que, dentro de tal determinismo, está impulsado, y con frecuencia en términos de desigualdad del desarrollo social es por lo tanto —relativamente— autónomo.[84] Para Stalin, por el contrario la ideología es simplemente "suprimida"; es decir, es el simple objeto de una actividad social, precisamente la manipulación estalinista.

La tendencia inherente a tal manipulación se revela de manera evidente en la cuestión, para nosotros importantísima, del desmantelamiento estalinista de la estructura soviética del Estado socialista. Antes habíamos intentado demostrar cómo una característica del sistema soviético, que aportaba una novedad sustancial, fue justamente la superación social del idealismo del *citoyen* característico de la sociedad burguesa. El ciudadano activo en la práctica democrática de los problemas generales de la sociedad no debía —conformemente a la esencia del socialismo— ser más una entidad "ideal" separada del hombre real (el *homme* de las constituciones democráticas), al cual en la vida cotidiana le correspondía, como a su fundamentación, el hombre egoísta-material de la sociedad civil; sino que al contrario, debía ser un hombre que tendiera a realizar su carácter social en la vida cotidiana, desde las cuestiones inmediatas hasta los asuntos generales del Estado en colaboración colectiva con sus com-

[83] J. Stalin. *El marxismo y los problemas de la lingüística.*

[84] "peculiar"

pañeros de clase.[85] Habíamos también destacado como el derrocamiento revolucion rio del capitalismo desplegó un amplio y profundo entusiasmo, que comenzó a penetrar de hecho en todos los ámbitos de la vida cotidiana.

La fascinación internacional de los primeros años revolucionarios se basa en gran medida[86] en el efecto de este inmenso impulso. El entusiasmo suscitado fue mucho más allá de las filas de los comunistas. Basta recordar para tener una medida, el poema *El doce* de Blok par darse cuenta de cómo el hombre sentía que su vid podía desde ahora conquistar en este mundo, en términos terrenales y materiales, un sentido intrínseco a ella; cómo percibió próxima la realización real de los sueños milenarios de humanización.[87]

Habíamos también señalado cómo la guerra civil acentuó, por un lado, el carácter heroico de este movimiento pero, por otro lado, introdujo en la vida aspectos burocráticos, los cuales terminado el período heroico suscitaron los problemas que habíamos caracterizado como sintomáticos en el período posterior a la muerte de Lenin.

La solución táctica presentada por Stalin para los problemas del momento fue el desmantelamiento burocráticamente radical de toda tendencia que pudiera transformarse en prepar ción de una demo-

---

[85] "en colaboración colectiva con los otros hombres"

[86] "amplia"

[87] (En el poema *El Doce*, escrito en 1918, el poeta simbolista ruso Alexander A. Blok, hace marchar en la noche fría y ventosa, sobre un fondo de asesinatos y pillajes, doce guardias rosas precedidos de la imagen invisible de Cristo). Nota a la edición italiana, op. cit., p. 110.

cracia socialista. El sistema de los soviets deja prácticamente de existir. Los máximos órganos del Estado permanecen —formalmente— democráticos, reciben una configuración que, salvo el sistema del partido único, los hace extraordinariamente vecinos a los parlamentos de la democracia burguesa; los niveles inferiores del sistema soviético se redujeron a órganos de administración local electos de manera análoga. Desaparecieron así todas las tentativas de los últimos años de Lenin, los preparativos ideológicos para construir una democracia socialista real. La participación en la vida política, en la vida social general, pudo desde entonces —en el mejor de los casos— conceder a los individuos simplemente el idealismo del *citoyen*. La tendencia imperante en la vida de los ciudadanos devino en la burocratización de la práctica política y administrativa. Debemos repetir que aquí no nos es posible exponer todos los aspectos tanto extensivos como intensivos del conjunto del sistema de la práctica estalinista en todas sus premisas y consecuencias teóricas. Sin embargo, nos parece que lo dicho hasta ahora es suficiente para demostrar cómo tal práctica ha impedido[88] toda tentativa de proseguir con los esfuerzos de Lenin para desarrollar las tendencias objetivas y subjetivas en la construcción de una democracia socialista en todos sus aspectos.

Debemos subrayar: una democracia socialista, no el socialismo en general. Se puede y se debe de hecho establecer y criticar esta restricción del problema en todos los que se sintieron llamados a aceptar la herencia leninista. Al mismo tiempo debemos pre-

[88] "ha impedido sistemáticamente"

cisar que Stalin —a quien las luchas partidarias internas dejaron el gobierno por décadas— llegó a obtener resultados extremadamente importantes sobre una cuestión decisiva, ineludible, del desarrollo del socialismo: aquella de la construcción de una base económica que alcanzase a superar la desventaja de su génesis "no-clásica". Bien sabemos que todavía hoy este problema no puede considerarse resuelto por completo, pero sabemos también que la Unión Soviética ha dejado ampliamente de ser un país atrasado en el plano económico, como sí lo era objetivamente al principio de esta etapa histórica. Los críticos burgueses tienen hoy por costumbre olvidar que al inicio de la retirada, como Lenin definió en el plano estratégico la implantación de la NEP, hablaban triunfalmente de una parcial o total restauración obligada del capitalismo. Pero los hechos indican algo diametralmente opuesto: la Unión Soviética hoy, no obstante todos los innegables problemas de aspectos importantes de la vida económica, ha llegado a ser una gran potencia económica, el segundo país industrializado del mundo. Y ha llegado a este nivel sin hacer la mínima concesión en la cuestión central de la vida económica del socialismo, es decir, la socialización de los medios de producción.

Este aspecto de extrema importancia es con demasiada frecuencia y siempre injustamente subestimado en las discusiones actuales. Precisamente cuando se critica con severidad, como hacemos nosotros ahora, el período estalinista —junto a muchos hechos aislados— por sus puntos centrales, no se deben perder de vista las consecuencias generales, atinentes a la historia del mundo, de este coherente mantenimiento y desarrollo de la objetiva base económica del socialismo. Por ejemplo se llegaría a

un juicio totalmente erróneo si no se dice al mismo tiempo que el mundo le debe agradecer sobre todo a la Unión Soviética que Europa no llegara a ser un "Imperio" hitleriano. Munich y sus consecuencias, la manera en que estaba conducida oficialmente la guerra por parte de los franceses, etc., han mostrado que en las potencias democrático-capitalistas de Europa occidental no existía ni la voluntad ni la capacidad para oponerse seriamente a los planes de Hitler de dominación mundial. Sólo en la Unión Soviética encontró Hitler un adversario que quiso y pudo, con grandes sacrificios, con firmeza inconmovible, alcanzar su total destrucción.

No se terminan aquí los méritos de la Unión Soviética para la salvación y conservación de la civilización [89] de nuestro tiempo. Sobre todo si pensamos en la bomba atómica y en sus posibles perspectivas militares y políticas. Toda persona inteligente que piensa seriamente vio claro que para vencer a Japón tal empleo no era para nada necesario, sólo tenía sentido como introducción al futuro dominio mundial del imperialismo estadounidense. Luego del lanzamiento de la bomba, hombres desinteresados e inteligentes como Thomas Mann distinguieron con claridad, sin ser socialistas, que ella miraba mucho más a la Unión Soviética que al Japón mismo. Ahora bien, dado que la Unión Soviética en un tiempo inesperadamente breve estuvo en condiciones de fabricar la bomba, se produjo un empate atómico que significó no sólo un obstáculo para una tercera guerra mundial, sino también para el dominio [90] mundial del imperialismo norteamericano.

---

[89] "de la civilización humana"
[90] "dominio ilimitado"

También en estos problemas la personalidad política dirigente —en ambos casos Stalin— no es la causa última de los acontecimientos mundiales hacia tales dimensiones; su acción política individual es ante todo la realización de estas tendencias que surgen necesariamente de una estructura económica dada. La Unión Soviética puede realizar históricamente con coherencia y —no obstante algunos errores tácticos en casos concretos individualizados— ejercer éxitosamente la función de custodia de la paz mundial como obstáculo ante el intento de avasallamiento imperialista, sólo porque su estructura económica, el alto desarrollo industrial ligado a la destrucción de la propiedad privada de los medios de producción, le determina imperativamente una política de defensa de la paz. La posición con respecto a una guerra, incluso con respecto a una guerra mundial, con todas sus consecuencias económicas y sociales, está en cada país capitalista económicamente determinada de modo contradictorio. La fuerza motriz que empuja a guerras y conquistas es, sobre todo, la industria pesada que está interesada directamente. Quien examine con cierta atención el desarrollo económico del período imperialista, puede con facilidad establecer cómo momentos importantes del moderno desarrollo industrial son el resultado, incluso directo, de los preparativos bélicos y de guerras efectivas. No importa hasta qué grado la manipulación capitalista de la opinión pública consigue movilizar ideológicamente en esta dirección a las amplias masas, con frecuencia contra sus intereses inmediatos. El poder que se oculta tras tales *lobbies* de guerra, en la mayoría de los casos, es suficientemente fuerte para imponer el desenca-

denamiento o la continuación de la guerra también contra resistencias de este tipo.

Confiscados los medios de producción de las manos de individuos o grupos, en la Unión Soviética no existen más sectores sociales que puedan estar económicamente interesados en la guerra. La división del pueblo provocada por la guerra no tiene ya una base económica: toda guerra puede sólo presentarse en el terreno económico en términos negativos, sólo como disminución del nivel de vida actual o potencial de los trabajadores. Este efecto decisivo, automático, económico de la socialización de los medios de producción, crea análogamente la base material para la espontánea orientación pacífica de toda sociedad socialista.

En cuanto a la base económica de la política general de paz de los Estados socialistas es característico que esta acción absolutamente frenadora de la nueva economía se refiera, podríamos decir, exclusivamente a la guerra en cuanto tal. En los preparativos técnico-económicos que conducen a ella se muestran tendencias netamente contradictorias. Enseguida afrontaremos el tema del efecto que la socialización de los medios de producción ejerce sobre el funcionamiento normal de la producción global. Pero antes de abordar más detalladamente la importante problemática que aquí se origina, notemos el hecho singular que todo sistema económico socialista, también aquel manipulado con los métodos estalinistas, estaba y está en condiciones de resistir cuantitativa y cualitativamente la competencia capitalista en la producción vinculada con el armamento. El motivo es obvio. Veremos en seguida qué difícil es para la economía socialista, en especial en su forma burocratizada al modo estalinista del Plan y de su realización práctica, obtener planificadamente el control

constante de la cantidad y calidad de la producción que la circulación capitalista de mercancías [91] —desde luego dentro de determinados límites— provoca automáticamente. Sin entrar aquí en los problemas de fondo, podemos sin embargo decir que también en el sistema socialista es posible precisamente para la producción bélica —y sólo para ella— crear un órgano de control que, hasta cierto punto, actúe espontáneamente. Esto ocurre mientras la conducción de la fuerza armada está en condiciones de controlar los productos de los cuales tiene necesidad ya durante el proceso de creación y de autorizar la construcción práctica solamente de aquellos que están en condiciones de superar la prueba práctica, de funcionar correctamente como valores de uso. Naturalmente también aquí son inevitables algunas decisiones erróneas, pero el control por parte de los verdaderos "consumidores" crea una diferencia de nivel con el resto de la producción destinada a satisfacer las necesidades de la vida civil. No se trata en esencia de equívocos o logros aislados individuales para casos concretos, sino de una relación estructural objetiva de la producción misma necesaria por causas económico-sociales. Sólo dentro de su cualitativo ser-en-sí-mismo se puede en casos concretos hablar justificadamente de éxitos o fracasos individuales.

Así, —en el plano estrictamente económico—, la estructura económica socialista no sólo permite que surja la base material de una política general de paz, sino que crea al mismo tiempo las condiciones concretas debido a las cuales, en la época de la compe-

[91] "que el mercado capitalista"

tición entre potencias del período imperialista, fue capaz de llegar a ser efectiva. Naturalmente la manifestación que tal tendencia presenta en el plano ideológico en términos de manipulación burocrática constituye un freno no insignificante para la acción revolucionaria internacional de esta política. Precisamente la dirección puramente táctica de la ideología y la manipulación que desde allí se ha dirigido da inmediatamente a estas acciones, aunque en sí son correctas, la apariencia de rebajarse al nivel de la mera política de potencia. También aquí podemos ver con claridad la diferencia, la oposición, sobre todo en el modo de presentarse y en su efecto, con el período de Lenin. Cuando este último apoyó a Kemal Pascia en la lucha de liberación nacional de Turquía contra las imposiciones de las potencias imperialistas vencedoras, fue de inmediato y para todos evidente de qué se trataba: El Estado de los obreros y de los campesinos frente a cualquier rebelión contra el nuevo reparto imperialista del mundo, estaba del lado de los que se rebelaban en su contra, prescindiendo del orden social en nombre del cual la rebelión ocurría. El apoyo estaba teóricamente, por lo tanto, bien fundamentado en los principios del socialismo, por la teoría de Marx y Lenin sobre el rol de las luchas de liberación nacional en la historia. Stalin, debido a su actitud puramente táctica ante todas las grandes cuestiones de la historia, no estaba ya más en condiciones de conferirle a su política, incluso frente a Hitler, una fisonomía intelectual y moral tan sólida y evidente. Cuando luego sus sucesores, por ejemplo, tomaron bajo su protección los Estados árabes contra Israel, motivados según el modelo del maestro, justificaron esta decisión en términos ideológicos manipuladores, y terminaron por crear confusión ideológica con la

consigna táctica del "socialismo" de estos Estados. Dieron así la impresión que su acción, la cual en definitiva tenía objetivamente un cierto fundamento antimperialista fue simplemente el producto de una política de gran potencia con adornos ideológicos. Volveremos sobre las consecuencias ideológicas, tan importantes en el plano internacional, de errores de esta índole —inevitables— en torno a la política internacional socialista de los tiempos de Stalin.

4. El XX Congreso y sus consecuencias

Hasta ahora de modo indicativo hemos intentado aclarar sólo un grupo de consecuencias originadas directamente de la supresión de la propiedad privada de los medios de producción; desinteresándonos en gran parte de cómo tal confiscación se realizó en concreto, cuando llegó a ser de una vez el fundamento de la producción. Naturalmente no es éste el lugar para exponer científicamente, este conjunto de problemas. Sólo podemos señalar brevemente algunos de los problemas de fondo del desarrollo puramente económico. Sobre todo dos importantes etapas del dominio de Stalin —según el agudo análisis de F. Jánossy[92]— son fases de reconstrucción de la economía: aquella de los años treinta y la que le sigue al fin de la Segunda Guerra Mundial

[92] (Cfr. Férenc Jánossy. *El fin del milagro económico.* El volumen apareció en húngaro en 1966, abriéndose con un capítulo intitulado: "Todos los milagros económicos corresponden a períodos de reconstrucción"). Nota a la edición italiana, op. cit., p. 116.

imperialista. Es decir, la dialéctica espontánea del desarrollo económico tenía en sí la tendencia no sólo a alcanzar el nivel productivo precedente a la respectiva interrupción, sino también aquel que sin la imposición de la crisis se habría normalmente alcanzado. La acumulación que tiene lugar en tales circunstancias supera decididamente a la normal de acuerdo al ritmo de crecimiento. En la República Federal se habla de "milagro económico". A esto hay que agregarle —seguimos siempre el razonamiento de Jánossy— que en tales períodos de reconstrucción una economía planificada por una dirección central tiene grandes ventajas respecto a la competencia del capitalismo. Precisamente porque se omite el permanente cálculo de rentabilidad de las inversiones aisladas, en tanto la economía planificada está en condiciones de realizar tal rentabilidad en un orden socialmente óptimo.

Pero también en este caso vemos que la manipulación de la economía al estilo de Stalin no es capaz de penetrar verdaderamente en el conocimiento marxista de las condiciones reales y de las fuerzas motrices del desarrollo económico; no lo es tampoco cuando se trata de consecuencias de su propia práctica. Así es como se elaboró la teoría del ritmo necesariamente mayor del desarrollo económico en la economía planificada socialista respecto a la capitalista; de aquí continuos desconciertos y dificultades internas cuando, por causas económicas objetivas, aparecieron retardos en el desarrollo; a veces desencadenando incluso medidas represivas. En resumen, debemos constatar que la superación del comienzo "no-clásico", que en los años veinte fue con frecuencia designada como "acumulación originaria", se ha aproximado a su término. Es obvio, que el proceso del que aquí se trata recibe solamente el nombre de

"acumulación originaria" que en su época fue descripto y aclarado por Marx en su regularidad. Por esto cuando ahora recurrimos a las caracterizaciones de Marx, lo hacemos precisamente para poder aclarar las diferencias fundamentales e, incluso, las contradicciones de ambas transiciones. En el proceso de surgimiento del capitalismo se trata de todo un período, dominado por medidas de violencia extremadamente brutales, para efectuar una nueva distribución de la población entre las diversas ramas productivas en correspondencia con las exigencias del capitalismo. Recién al concluir este proceso de reestructuración, la producción capitalista puede llegar a ser el sistema económico dominante de la formación social. *"Tantae molis erat"* dice Marx, "para dar suelta a las leyes naturales y eternas del régimen de producción capitalista".[93] Recién en este punto puede implantar su producción y reproducción normal. Y desde ahora, "dentro de la marcha natural de las cosas" puede "dejarse al obrero a merced de las leyes naturales de la producción".[94]

No es necesario ningún análisis detallado para ver que la llamada acumulación originaria del socialismo es algo por su naturaleza cualitativamente diferente. Recordemos solamente que aquí se trata de la génesis de la economía capitalista en su forma clásica; Marx nos entrega precisamente el análisis de la historia y de la sujeción a sus leyes en el desarrollo inglés. Está entonces claro que si se tratara de la construcción del socialismo en un país altamente desarrollado desde el punto de vista

[93] Carlos Marx, *El capital*, op. cit., p. 609.
[94] Ibid., p. 592.

capitalista, esta transición no entraría en consideración en el plano histórico o lo haría en menor medida. En el desarrollo ruso, por el contrario, se trata de elevar la producción de un estado atrasado, —pero que en su esencia económica ya es capitalista— para que llegue a ser efectiva como fundamento de un sistema económico socialista. Por ello también la violencia, cuyo rol esencial aquí es innegable, asume una función fundamentalmente diversa: por cierto con frecuencia es un vehículo para la destrucción de relaciones de producción primitivas (la colectivización), pero su meta esencial continúa siendo la creación de condiciones de producción cuantitativas y cualitativas muy desarrolladas que posibiliten en el plano económico objetivo la real construcción del socialismo. En oposición con la génesis del capitalismo, la utilización de la violencia está siempre dominada por intenciones de tipo meramente económico; una vez terminados tales motivos, los momentos específicos del socialismo, que no son más de un carácter específicamente económico, deben —de nuevo en oposición con otros procesos— ser insertados en sus derechos sociales. Es decir, que en el capitalismo se desarrolla un proceso de reproducción espontáneo, mientras que en el socialismo la dirección conciente se encuentra ante nuevas tareas complicadas.

Ya anteriormente, con el fin de comprender el carácter específico socialista de este período de transición, habíamos destacado algunos momentos que necesariamente surgieron en los cuales esta oposición se expresa con claridad. En este punto sólo queremos agregar otro motivo importante. En el capitalismo, incluso en aquel desarrollado, todo lo que acostumbramos a definir como cultura es sólo un producto secundario del autodesarrollo de la econo-

mía y por ello se presenta con permanentes desigualdades en relación con esta última. Esto se demuestra, por un lado, en el atraso de la enseñanza, incluso de la técnica, respecto a las necesidades objetivas de la producción (de lo que en los últimos años se ha hablado muy a menudo en la mayoría de los países capitalistas avanzados); por otro lado, está demostrado que ciertos fenómenos de la cultura se convierten en campo de especulación y de inversión del gran capital, de donde deriva su correspondiente manipulación (sobre todo en el cine, las artes plásticas, etc.). Allí culmina la tendencia a hacer de la cultura un mero objeto de la circulación de las mercancías. Es un hecho, cuyo desarrollo comprobado ya por Balzac y el *Manifiesto comunista*, culmina en nuestros días. Por el contrario, la "acumulación originaria" del socialismo, incluso al modo estalinista de realización, ha asegurado el principio de la promoción social (no sólo económicamente determinado) de la cultura. Basta simplemente referirnos a fenómenos tan importantes como la posibilidad de llegar al máximo nivel de instrucción para los miembros de los sectores más bajos económicamente y, culturalmente a la difusión masiva de los productos de alto valor científico o artístico, etc. Tales tendencias del desarrollo presentan aún muchos más rasgos problemáticos; por ejemplo, la especialización impulsada al extremo en la enseñanza, etc., que continúan mostrando con claridad que ambas "acumulaciones originarias" no deben ser ni siquiera comparadas en ningún aspecto esencial.

El único momento puramente formal de comparación, desde luego sólo desde el punto de vista social, parece ser el hecho de que en ambos casos la normalidad de las leyes de la formación social fueron

apartadas para un proceso de transformación lleno de hechos excepcionales. Sin embargo, es precisamente aquí donde se destaca con mayor claridad la oposición. El resultado de la transición a la formación capitalista produce, como recién indicamos refiriéndonos a Marx, el dominio completo, espontáneo de las leyes de la economía capitalista, de la economía —por así decirlo— pura, auténtica, autónoma, del "reino de la necesidad". El socialismo se diferencia de todas las formaciones anteriores porque mientras en estas últimas es el mero desarrollo económico el que produce con un cierto automatismo interno las condiciones para los niveles sucesivos, incluso para las formaciones sociales próximas, (hasta el tipo humano necesariamente dominante es producto espontáneo de la dialéctica interna de la economía) esto no vale más para la transición del socialismo a la fase superior del desarrollo, el comunismo. Habíamos ya aludido a las ilusiones de Stalin como de Jruschov con las cuales imaginaban a todas las formaciones sociales dotadas de la misma dinámica evolutiva. Y habíamos también mencionado las pocas —aunque decisivas desde el punto de vista metodológico y de los principios— observaciones de Marx acerca de este conjunto de problemas. Pero recién ahora nos es posible aclarar un punto fundamental de la cuestión. Hemos ya indicado que Marx establece que la economía ("el reino de la necesidad") es la "base" inevitable del comunismo ("el reino de la libertad"), poniendo de esta manera cierta distancia entre sí y todo utopismo; al mismo tiempo determina, ya al inicio, que el segundo está "al otro lado" del primero. "El despliegue de las fuerzas humanas que se considera como un fin en sí" no puede por lo tanto estar considerado como un

producto tan complicado, mecánicamente espontáneo del desarrollo económico. Incluso allí donde Marx enumera las condiciones económicas de esta base, en este conjunto se encuentra un momento que sin duda permanece profundamente vinculado con la práctica económica de los hombres, pero que por su contenido más intrínseco no puede derivar de la dialéctica espontánea e inmanente del desarrollo económico. Las personas en el nivel del "reino de la libertad", llevan adelante el trabajo "en las condiciones más adecuadas y más dignas de su naturaleza humana".[95] Marx alude aquí con toda razón, y con perspicacia, a la totalidad real de las determinaciones humanas del trabajo en un problema central de su desarrollo. Si queremos afrontar este problema correctamente, no debemos desorientarnos por aspectos externos.[96] Para no mencionar el camino desde el *instrumentum vocale* de la esclavitud hasta el obrero que utiliza él mismo su fuerza de trabajo en el marco de la libertad del mercado, es obvio que cuanto más elevadas son las formas económicas en las cuales el trabajo interviene, tanto más debe crecer, también en las sociedades clasistas, la consideración hacia las personas que lo realizan. La reducción del tiempo de trabajo socialmente necesario, la creación de condiciones de trabajo higiénicas, incluso lo que hoy comienza a desarrollarse en el capitalismo moderno, es decir los intentos por aplicar prácticamente una psicología del trabajo, etc., no tienen nada que ver con este

[95] Carlos Marx, *El capital*, Tercer tomo, op. cit., p. 695.
[96] "de analogía externa"

problema. Se tratan, sin excepción, de medios para aumentar la productividad del trabajo, vale decir un contenido puramente económico con el fin de obtener tal aumento con el mínimo posible de conflicto. Donde, por fuerza, el primer elemento es siempre el cálculo económico: la persona que trabaja debe estar adaptada a sus exigencias. Las fases inferiores del desarrollo económico —en correspondencia con su atraso económico— realizaron esta adaptación con métodos de violencia brutal y, únicamente debido a esto es que determinadas medidas actuales en este sentido están falsamente valoradas. En efecto, en este último caso —como en las fases precedentes, sólo que con medios muy diferentes— se trata exclusivamente de la adaptación de los trabajadores a las condiciones productivas impuestas por el cálculo económico. Marx piensa aquí algo completamente distinto: la adaptación de la producción a las condiciones más adecuadas a la naturaleza humana y más dignas para ella. Una finalidad de este tipo y su puesta en práctica no puede más que traspasar los principios en su conjunto de la esfera económica; la que no se modifica en nada, incluso en la posibilidad real que tal adaptación presupone (como base, según lo que dice Marx) en una economía altamente desarrollada.

La misma cuestión se afronta en la *Crítica al programa de Gotha* desde un ángulo un poco diferente. Cuando Marx habla de las condiciones del comunismo ("a cada uno según sus capacidades, a cada uno según sus necesidades") como sustancia del cambio que se verifica en la conducta de vida de las personas, pone el acento en el hecho que "el trabajo no sea más un medio de vida, sino incluso la primera

necesidad vital".[97] También esto quiere decir ampliar el horizonte de la pura economía. De nuevo debemos cuidarnos de las analogías, ya que las "facilidades", las "comodidades", etc., del trabajo, condiciones para aumentar la productividad, no tienen nada que ver con este problema. Ellas son, como acabamos de decir, hábiles y a menudo eficaces adaptaciones de la persona a un proceso productivo modificado en algunos detalles pero, en el fondo, determinado exclusivamente por la economía.

Tampoco aquí se trata de una utopía. Fourier expresa su idea sobre este estado de la humanidad, diciendo que en el socialismo hecho realidad el trabajo se transformaría en una especie de juego. En el joven Marx este sueño del futuro tuvo indudablemente una cierta impresión. Pero, sin duda, la elaboración de las leyes económicas lo inducen a entender la contradicción en la concepción de Fourier, la que con respecto a este punto llamaba "muy ingenua como una costurerita". Marx concretiza sus ideas desde los más diversos puntos de vista. Por un lado, releva el carácter general productivo de los hombres, también el más elevado, no más económico: "Un trabajo realmente libre, por ejemplo componer, es precisamente al mismo tiempo condenadamente serio, el más intenso esfuerzo".[98] Y, en polémica explícita con Adam Smith, completa este concepto, en relación al ámbito total del trabajo, en los términos siguientes: "El trabajo concebido meramente como *sacrificio* y por tanto como aquello que pone valor,

[97] Carlos Marx. *Crítica al programa de Gotha*, op. cit.
[98] Carlos Marx. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, Tomo 2, op. cit., p. 120.

como *precio* que se paga por las cosas y a las cuales pues, fija el precio según cuesten más trabajo o menos, es una determinación puramente negativa".[99] No se debe olvidar que esta caracterización negativa es válida para todo trabajo en el interior de una esfera que esté determinada en términos puramente económicos. En otra parte de la misma obra este nexo se concreta: "El desarrollo libre de la individualidad y por eso no la reducción del tiempo de trabajo necesario para crear plustrabajo, sino en general la reducción del trabajo necesario de la sociedad a un mínimo, al cual corresponde entonces la formación artística, científica, etc., de los individuos gracias al tiempo que se ha vuelto libre y a los medios creados para todos".[100] Naturalmente el término "superfluo" adquiere un contenido real sólo en oposición con el sentido puramente económico. Se le atribuye al trabajo que no sirve más meramente para la real autorreproducción material de la sociedad y de los individuos que la forman. Su excedente económico no lo hace de ninguna manera superfluo en el sentido social; al contrario, fundamenta su utilidad, incluso su indispensabilidad social general. "El trabajo verdaderamente libre, por ejemplo, componer, es precisamente al mismo tiempo lo más condenadamente serio el más intenso esfuerzo". No es casual que sea precisamente en estas actividades en las cuales ya en la sociedad clasista el trabajo se haya manifestado como primera necesi-

[99] Ibid., p. 120.

[100] Ibid., p. 229. Esta misma referencia ya ha sido citada. Anteriormente dice correctamente " ..no la reducción del tiempo de trabajo necesario con miras a poner plustrabajo..." (Nota del traductor).

dad de la vida. Es por eso coherente Marx cuando —también aquí en contraposición con sus primeras concepciones juveniles en las cuales la división del trabajo en cuanto tal se presentaba como un principio que el comunismo debía superar— en este punto sostiene que, a fin de que el trabajo devenga "la primera necesidad de la vida" una de las premisas importantes es sin duda la liberación de los hombres de la "opresión esclavizadora" [101] de la división del trabajo. Esta esclavitud de ninguna manera es un resto de las condiciones primitivas que la economía moderna, con su perfección técnica, estuvo en condiciones de superar; más bien al contrario, es sobre todo un producto de la economía altamente desarrollada, la cual se sirve de ella para sus objetivos en las formas más diversas. Esta dinámica termina por abarcar también la esfera de la ciencia, del arte, etc. No es casual que una gran parte de la crítica contemporánea de la alienación, por cierto en la mayoría de los casos sin percibir las verdaderas relaciones, acostumbra a ocuparse de esclavitudes de este tipo.

En esta clara indicación de Marx es posible percibir dos tendencias que se corresponden y, al mismo tiempo, contradicen, de gran importancia para nuestro problema. Marx no se limita a contraponer simplemente en la economía las tendencias que van más allá de ella. Quiere demostrar que la preparación social del comunismo (precisamente el socialismo como formación económica) puede tener lugar realmente sólo cuando en una econo-

[101] Cfr. Carlos Marx. *Crítica al programa de Gotha*, op. cit.

mía altamente desarrollada en su producción comienzan a actuar impulsos sociales de este tipo, que se adaptan y son capaces de modificar determinadas tendencias dominantes hasta ese momento; obviamente, sin poner en peligro el funcionamiento en su totalidad, sino impulsándolo. Hemos visto que Marx pone un particular acento en dos momentos: la adaptación del resultado de procesos económicos a las condiciones más adecuadas a la naturaleza humana y más dignas de ella y relacionado estrechamente a este primer aspecto, la supresión del carácter esclavizador de la división del trabajo. No es necesario decir aquí que en ambos casos es imposible introducir tales modificaciones de golpe, con un decreto. Ellas deben ser el resultado de procesos sociales prolongados, en los cuales paulatinamente, apoyados en el correspondiente nivel del desarrollo económico, se introduzcan modificaciones que puedan favorecer la realización objetiva y subjetiva de tales tendencias.

Estos son al mismo tiempo procesos de transformación del hombre. Sin embargo ocurre que, sobre todo, abarcan su ser social objetivamente existente y operante. Toda la historia de la humanidad muestra como tentativas similares de la práctica humana, que conducen a la promoción del verdadero serhumano, a su plena y conciente generalidad, han sido siempre casos aislados, excepciones, esfuerzos que condujeron a un callejón sin salida. Siempre eficaces sin duda en las sociedades clasistas pero sin poder influir sobre la acción en sentido opuesto al de la economía. Sin embargo, pueden convertirse en patrimonio del género humano sólo cuando la vida media de la cotidianeidad (sobre todo, justamente, el trabajo, la práctica económica) está objetivamente, socialmente, estructurada para promover

estas tendencias en los hombres y no para suprimirlas o para torcerlas en hechos negativos de los más diversos tipos (como precisamente hasta hoy ha ocurrido y ocurre en todos los sistemas sociales). Cuando el ser-humano, en su actividad social crea las condiciones que verdaderamente lo humani an, este período —justamente el socialismo como formación— se transforma en el prólogo del gran cambio que Marx caracterizó como el fin de la prehistoria de la humanidad.

Aquí nosotros junto a Marx hemos hablado del trabajo como problema central de la humanización, pero es evidente que el problema que acabamos de tratar se refiere a la totalidad de la práctica humana, de la vida humana en general. Se piensa —para tomar siempre un aspecto estrechamente ligado con la economía— en el consumo en el comunismo, fundado en el principio "a cada uno según sus necesidades". Su satisfacción que tanto tiempo devino un consumo de prestigio, simplemente para las clases dominantes aunque en los últimos tiempos también se ha difundido ampliamente entre las capas de los trabajadores. Es decir que no estaba ante todo llamado a satisfacer las verdaderas necesidades de la vida, sino que era un medio para vencer en la competencia, en la lucha por la consideración social. El principio comunista no es aquí de ningun modo realizable. La enorme expansión de la industria de consumo y de aquella que suministra los llamados servicios tiene su fundamento económico precisamente en esta competencia por el prestigio de los compradores. Sin un cambio en la base humana del ingreso y abastecimiento en este campo, cambio en el cual el aspecto económico de la producción debe jugar simultáneamente un papel de objeto y de sujeto, el esfuerzo es inútil porque

es imposible que pueda convertirse en una práctica que promueva una conducta humana de la vida. "Por sí misma" la economía no puede realizar nada, exactamente como la producción no puede desechar de "por sí" el carácter esclavizador de la división del trabajo.

Hasta este momento —naturalmente sin poder aludir ni siquiera aproximadamente a todo el círculo de los problemas que se presentan— hablamos continuamente de la vida cotidiana de los hombres. Precisamente gracias a esta orientación podemos aproximarnos más fácilmente al problema de la democracia socialista. Ya lo hemos dicho: en oposición con el idealista *citoyen* de la democracia burguesa, el sujeto de la socialista —incluso en los puntos culminantes de sus comienzos revolucionarios— es el hombre material de la cotidianeidad. Obviamente no como canonización del *homme* material a la manera de la estructura dual, insuperable en términos burgueses, del hombre de la sociedad burguesa. La democracia socialista como forma social de la transición al "reino de la libertad" tiene la tarea de superar este dualismo.

Que no se trata de ninguna construcción mental está demostrado —como habíamos ya dicho— por los grandes movimientos de masas que hasta ahora siempre han iniciado y acompañado las revoluciones socialistas. Nos referimos, naturalmente, al surgimiento de los consejos en 1871, 1905 y 1917. Hemos ya descripto aquí cómo este movimiento —el cual se proponía un orden racional en correspondencia con los elementales intereses de clase de los trabajadores, los problemas reales de la vida, desde la cotidianeidad de las cuestiones de la fábrica, de la casa, etc., hasta los grandes problemas de la sociedad en su conjunto— fue desmantelado

por la maquinaria burocrática después de la guerra civil y cómo más tarde Stalin, fijando definitivamente la regulación burocrática, demolió por completo el sistema soviético. (Lo que en los manuales escolásticos y en los escritos de propaganda se ha dicho acerca del aspecto formal de esta transformación no tiene absolutamente ningún interés para nosotros que estamos, al contrario, interesados en el carácter socialista [102] de la realidad). Con ello se perdió el carácter de sujeto de las masas trabajadoras en el desarrollo de la sociedad; ellas devinieron de nuevo objeto de una regulación burocrática, cada vez más sólida y más completa, de todos los problemas de la vida real.

Se bloquearon así en la práctica todos los caminos que podían conducir al desarrollo del socialismo en dirección al "reino de la libertad". Lenin, como hemos visto, prestó una atención permanente, en medio de tareas diarias inaplazables, en medio de la lucha por la simple subsistencia de la joven y en muchos sentidos débil República Soviética, a que nunca desaparecieran de la plataforma del práctico-cotidiano "qué hacer" estos principios de la producción de formas socialistas superiores. Sabía muy bien que Marx y Engels no habían legado ninguna indicación concreta acerca de estos caminos, que encontrarlos y realizarlos era un problema nuevo del presente. Pero tenía por lo menos una idea: estos momentos precursores de futuro sólo en unidad orgánica con las "exigencias del día" podían encontrarse y luego ponerse en práctica. Correspondía entonces centrar su pensamiento y su acción,

[102] "el carácter social"

concentrándose contínuamente en el "eslabón próximo". Es por esto que las afirmaciones que hemos citado sobre el "hábito" como preparación para la posibilidad de la extinción del Estado, no atañen de ninguna manera al conjunto de problemas relativos a aquellas interacciones entre factores sociales objetivos y subjetivos que resultan decisivos para todo el proceso de la transición; sino, sobre todo, sus estadios más altos. Así sus razonamientos sobre democracia soviética y su polémica contra Trotski sobre la cuestión de los sindicatos, no exceden este horizonte que entonces definía las cuestiones prácticas realizables y por realizar (o a lo sumo las perspectivas inmediatas para ellas).

De allí la actualidad que tiene su actitud general hacia este conjunto de problemas: el método, a la hora de afrontar de un modo marxista los problemas del día en el marco de una fundamentación teórica [103] de la práctica. La fundamentación teórica general de este complejo de problemas, pero sólo ella, la encontramos en Marx. La actitud de Lenin, por lo tanto, hoy no puede ser aprovechada como modelo directo, como indicación concreta, puesto que se refiere siempre a situaciones que son cualitativamente diferentes de las actuales. Las expresiones de Lenin tienen presente, por un lado, el gran auge de 1917, en el cual el movimiento soviético surgido espontáneamente ocupaba un puesto central; por otro lado, la transición crítica de la instauración de la NEP, en donde le interesaba salvar en lo posible las más importantes conquistas democráticas-socialistas de la amenaza burocrática, transmitir-

[103] "de una motivación auténticamente teórica"

le al período que se avecinaba la mayor cantidad de sus restos, todavía vivos.

Hoy nos encontramos ante una situación profundamente diferente de aquella: después de décadas de dominio estalinista las tendencias mencionadas han caído en el olvido. Por razones tanto objetivas como subjetivas, la problematicidad del período estalinista fue notoria en una medida cada vez mayor. Desde nuestro punto de vista, en el primer conjunto de problemas el aspecto de mayor importancia es que la actividad propia de las masas ha desaparecido *prácticamente* casi por completo no sólo de la considerada gran política, sino también[104] de la regulación en su vida cotidiana. Subrayamos la palabra "prácticamente", porque desde el punto de vista formal se cumplen muchas cuestiones según todas las reglas de la democracia formal (voto secreto, sufragio universal, etc.); la preliminar manipulación burocrática, la presión de la burocracia, etc., son sin embargo tan poderosas que tales votaciones expresan por lo general muy poco sobre los deseos, inclinaciones, antipatías, etc., reales de las masas (situación que era real en 1917 y que debemos considerar desaparecida desde hace mucho tiempo).

Esta transformación bajo Stalin fue declarada condición normal del socialismo. Y la (pretendida) base teórica de la práctica de la manipulación brutal estaba dada por el ya recordado y frecuentemente criticado (pero no a fondo) dogma histórico de esta manipulación, según el cual durante la

[104] "pero también —y ante todo—"

dictadura del proletariado la lucha de clases se agudiza permanentemente. Stalin utilizó las condiciones y el modo de obrar del período agudo de la guerra civil en el método de la práctica de todo período, también de aquel en que la guerra civil no estaba más históricamente presente. Recordemos como ya la primera crítica a Stalin, aquella del XX Congreso, partía de la consideración que los grandes procesos de los años treinta eran políticamente superfluos; la oposición estaba ideológicamente disfrazada y políticamente impotente y hubiera podido representar un verdadero peligro en todo caso ante una situación de una guerra civil latente. Esta crítica, ciertamente parcial pero profundamente justa, al sistema estalinista estaba sin embargo condenada a la ineficacia práctica. En efecto, en la práctica se ha recurrido y se recurre contínuamente [105] a este dogma de la guerra civil, en la medida que los pensamientos que no coinciden con las concepciones declaradas oficiales se consideran como expresiones enemigas abiertas o encubiertas. Por eso se procura liquidarlos con métodos represivos, en vez de considerarlos como ideológicos de un momento de transición y hacerlos objeto de discusiones ideológicas.

Igualmente insuficiente se mostró en el XX Congreso y en sus consecuencias, otra crítica al período estalinista: la acusación del llamado culto a la personalidad. También en este caso la crítica en sí no era incorrecta, sólo insuficiente. Así como era insuficiente su complemento, según el cual los métodos de dominación de Stalin estaban plagados de violaciones a la legalidad. En ambos casos no se afir-

[105] "tácitamente"

maba en sí nada falso, sólo que se pasaba por alto tanto en el plano teórico como en el práctico la sustancia de los problemas decisivos. Pues sin duda, es por un lado posible —y la práctica histórica nos ha dado y nos da continuas pruebas— que una manipulación brutal sobre bases dogmáticas esté ejercitada por instancias colectivas, del mismo modo que por una única personalidad tiránica artificialmente sobredimensionada. Por otro lado, con la técnica jurídica moderna desarrollada, todo Estado posee siempre la "aplicación legal" para proceder, en términos legalmente correctos desde el punto de vista formal, contra orientaciones y personas que se declaran peligrosas y, con medios de hecho injustos, convertirlos en "inofensivos" exactamente como hizo el culto a la personalidad en desprecio abierto y cínico de toda legalidad.

Con tales métodos no fue posible resolver de manera satisfactoria la crisis real que se hizo visible a la muerte de Stalin. También en este caso, así como en la lucha por el poder después de la muerte de Lenin, se trataba de una cuestión general de gran profundidad social, que en última instancia tenía sus raíces en la economía: aquella del final de la llamada "acumulación originaria". Anteriormente hemos intentado demostrar con cuanta fuerza determinados lados positivos de la socialización de los medios de producción son capaces de actuar espontáneamente en la dirección de una política socialista. Los principales que en tal contexto habíamos mencionado muestran que, incluso la manipulación brutal de Stalin estaba en condiciones de obtener resultados positivos en la economía; por cierto bajo condiciones favorables para ella (no reconocidas por el régimen de Stalin), las que entraron en actividad en dos "períodos de reconstrucción". Una vez que

fue alcanzado un determinado nivel de la producción, la demanda de calidad (aquella de un real servicio para los consumidores, etc.), avanzó espontáneamente hacia el centro de los intereses de las masas, colocándose en un primer plano los problemas económico-sociales respecto a los cuales no podían más que fracasar los métodos que hasta el momento habían sido eficaces.[105]

Que la situación había cambiado se mostró inmediatamente no sólo en la producción en cuanto tal, sino por fuerza también —y este es un punto de gran importancia para nuestro problema— en la modificación de la índole social en el estrato, muy importante en ella, de los especialistas. Es fácil comprender cómo sobre todo en el momento inicial de la "acumulación originaria" esta capa, proveniente del capitalismo, tenía en su mayoría una actitud de extrañeza, incluso a menudo de hostilidad frente al socialismo. Esta situación se modifica radicalmente. No sólo porque en las décadas de la construcción del socialismo la parte más vieja de esta capa adversa ha muerto o se ha vuelto inepta para el trabajo sino sobre todo, como ya lo hemos dicho, porque el sistema educativo del socialismo pudo producir jóvenes especialistas en escala masiva, cuya mayor parte desde luego no está integrada por comunistas en el preciso sentido de la concepción del mundo y de la política pero que sin embargo no está más constituida por enemigos o simples observadores escépticos del desarrollo económico. A la inversa, son hombres soviéticos que conciben su trabajo en la producción como su propia profe-

[105] "parcialmente eficaces"

sión natural, por lo tanto también están llenos de justificadas pretensiones de reconocimiento como verdaderos colaboradores del sistema y de ser tratados como tales. Aquí el sistema estalinista debía fracasar por razones sociales objetivas. El método de los comisarios políticos para el control de los "especialistas" estaba, a decir verdad, eliminado en el tiempo. La actitud económica y política hacia esta nueva capa indispensable para el desarrollo de la producción exigía imperativamente nuevos métodos administrativos respecto a los habituales de Stalin.

Este problema está estrechamente vinculado con los métodos de la regulación de la producción en cuanto tal. Cada vez es menos posible, en términos tanto económicos como políticos, concentrar el desarrollo productivo en la práctica exclusivamente o por lo menos de manera dominante, sobre la construcción de la industria pesada. El consumo orientado al ascetismo puede, en términos sociales, ser políticamente productivo en el mejor de los casos como hecho transitorio. Está claro por lo tanto que los métodos de la planificación concentrada burocráticamente y manipulada centralmente, los cuales en los casos que antes hemos destacado pudieron funcionar con éxito en la construcción de un aparato industrial en parte muy desarrollado, desde ahora estaban condenados al fracaso.[107] Cuanto mayor es la exactitud con la cual tal aparato de planificación está construido en términos burocráticos centralizados, tanto mayor es la dificultad con la cual puede adecuarse cuantitativa y cualitativa-

[107] "al fracaso ante los problemas económicos generales"

mente a las necesidades de consumo; estas deficiencias se evidencian ya en la construcción de los medios de producción destinados a tales fines. Aquí no puede ser aplicado el modelo de la producción bélica para que funcione correctamente, su "criterio" de control no es posible ejercitarlo en la vida cotidiana civil.

Así por coacción socio-económica, se entra en un período de experimentación y con ello llega el momento, pensamos nosotros, por lo menos de considerar una nueva tentativa de organizar en la práctica la democracia socialista. En verdad, es aún hoy predominante en general la falsa alternativa que discutimos al principio: su retoque muy parcial, conservando la sustancia de los métodos estalinistas, o la introducción de aquellos vigentes en Occidente. Esto se comprende con facilidad. Por una parte, la burocracia que planifica centralmente no desea renunciar a su rol de dirigencia absoluta, aunque ante cada examen mínimamente detallado resulte con claridad que los criterios, las tareas, los medios de control, etc., que ella elabora tienen poco que hacer en una producción destinada a satisfacer las necesiades auténticas, reales, de los individuos. No debemos tampoco asombrarnos ante modernizaciones formales que dejan intacta la vieja esencia. Por ejemplo, se propone dotar al aparato existente, hasta ahora cautelosamente ajustado, de máquinas cibernéticas con el propósito de que los cálculos resulten más exactos; como si un mecanismo falso pudiera mejorarse a través de ello. Por otra parte, en la reforma aparecen con frecuencia los modelos de organización industrial de Occidente, partiendo de vuelta de la falsa premisa según la cual la competencia de mercado que allí se practica (con sus ventajas y límites) podría producir una verda-

dera adecuación al mercado, su efectiva satisfacción, sin una real competencia entre capitales, pero precisamente mediante los continuos compromisos irrevocables con el aparato central de la planificación, siempre con sus plenos poderes.

No es este el lugar indicado para entrar en los detalles de tales discusiones económicas. Más bien nos interesa observar cómo las reformas económicas, devenidas necesarias, suscitan para la sociedad socialista el problema de la propia democracia como perspectiva de desarrollo real. Hemos reiteradamente aludido a que el movimiento soviético es su forma históricamente específica. Y, sin embargo, precisamente al afrontar tal cuestión en términos no abstractos sino histórico-sociales concretos, nos encontramos ante una situación radicalmente nueva. Lenin también tuvo que luchar teóricamente con este conjunto de problemas al momento de implantar la NEP. Consideremos ambos aspectos. Por un lado, parece haber desaparecido completamente el motor social de los movimientos de los soviets, el impulso de las amplias masas que aportan sus asuntos sociales desde abajo para que se relacionen directamente con la existencia cotidiana de cada persona, donde los grandes problemas de la sociedad se dirigen a las iniciativas y reacciones de las masas.

Ya hemos también aludido que donde aparentan permanecer todavía jurídicamente en vigencia las formas vacías de una solución social, frente a ellas, las masas muestran una profunda indiferencia —por cierto veladamente oculta— la cual con frecuencia llega hasta la apatía. Las personas toman parte en sesiones, discusiones, votaciones, etc., sólo cuando se corresponde con sus intereses inmediatos, pero permanecen en general pasivos o su par-

ticipación se limita a la aceptación formal de las propuestas oficiales. Estas personas están profundamente convencidas que una participación personal en tales discusiones, etc., no incide de hecho en la práctica sobre los problemas, pero puede en determinadas circunstancias provocarles perjuicios personales. Esta situación es bien conocida, aunque en los informes oficiales se proclame y documente formalmente lo contrario.

Por otro lado, existe sin duda una "opinión pública", la cual puede expresarse simplemente en discusiones privadas, tomando posición sobre todos los problemas de la vida social. De manera no ordenada, espontánea y sólo casualmente toma posición de un modo confrontado y clarificado. Naturalmente la incidencia real de esta opinión pública es extraordinariamente diversa. Sería falso considerarla inexistente o subestimarla. Recordemos, al margen que en el campo cultural, en el cual desde hace décadas mi experiencia personal me señala, que el éxito de un libro, de un film, etc., la influencia más profunda o superficial de sus acciones, y también la ineficacia, dependen mucho más de esta opinión pública que de la crítica (sobre todo de la oficial). Es menos fácil de probar su incidencia en el terreno económico. Sin embargo, no debemos olvidar que, ante procesos complicados que están regulados desde arriba, el sistema de regulación es cada vez más abstracto para ser capaz de funcionar en su forma original. En el capitalismo por regla esto es menos burocrático de lo que fue bajo Stalin.[108] No obstante se desarrollaron,

[108] "regulado menos burocráticamente de lo que fue en el socialismo bajo Stalin"

por ejemplo, huelgas de ferroviarios que sólo consistían en cumplir puntualmente con todas las reglas, bloqueando así de hecho el tráfico, etc., surgiendo el acuerdo tácito entre dirigentes y ejecutores. Y puesto que en el socialismo la regulación es hasta hoy mucho más abstracta, mecánica, burocrática y alejada de la realidad que lo que en promedio acaece en el capitalismo, este fenómeno de los acuerdos tácitos es allí, por lo menos, de menor frecuencia.

La movilización de esta opinión pública, es hoy —en la óptica de la dinámica social— predominantemente "muda", "clandestina". En una práctica pública sistemática me parece el primer paso hacia una democracia [109] socialista. Ésta hoy no puede adquirir ni la vehemencia espontáneamente explosiva ni la extensión a todos los ámbitos de la vida social que caracterizó al movimiento soviético en el período revolucionario. Faltan todas las condiciones objetivas y subjetivas para que ello ocurra. Quien —subjetivamente entusiasmado y profundamente convencido— sueñe con un movimiento soviético que entre inmediatamente en acción y que sea análogo por su dimensión e intensidad al de los años 1871 o 1905, está realmente soñando. El período estalinista interrumpió con su violencia burocrática la continuidad de este movimiento y, además, el mismo movimiento ya también internamente estaba dominado por tendencias regresivas. La simple renovación de las tradiciones del gran pasado, su simple continuación, es imposible; del mismo modo en que es imposible en el campo teórico un renacimiento inmediato del mar-

[109] "hacia una democratización"

xismo en todos sus puntos, tanto en el plano metodológico como en el de los contenidos. Quedaríamos prisioneros desde el punto de vista teórico y práctico en el peligroso círculo mágico de la prioridad burocrática de la práctica, si pensamos que una deformación de este tipo del desarrollo social, surgida por razones históricas y por mucho tiempo eficaz, es posible sea eliminada con simples decisiones y resoluciones. Éstas pueden por cierto [110] transcurrir, detener, retardar, dirigir hacia falsos caminos el transcurso de la historia, pero en su forma inmediata, son incapaces de movilizar a las masas para un proceso de reformas que sea radical y de largo aliento.

En primer lugar porque el largo período del sistema estalinista provocó necesariamente profundos efectos en la calidad de las personas, sobre todo en relación a su actitud hacia las posibilidades [111] de una propia práctica social personal. Mientras el movimiento soviético que surgió de manera espontánea y explosiva en la Revolución habituó a las masas a actuar autónomamente en los asuntos públicos, surgió en la época del dominio de Stalin una orientación totalmente opuesta y a la cual también se habituaron. El énfasis en el hábito de Lenin es importante y orientador también en este doble sentido: contiene la alternativa por la cual el hábito puede ser un elemento social de profunda transformación, pero útil o nocivo según a qué se habitúa. En la medida en que la prioridad estalinista de la táctica deviene una manipulación burocrática que

[110] "por cierto en ciertas circunstancias"
[111] "sobre todo a propósito de la posibilidad"

abarca y penetra a toda la sociedad, las personas que participan activamente y que están afectadas como objetos pasivos, terminan por habituarse a esta forma en su propia manera de vida.

En el mejor de los casos desde el punto de vista humano, cuando la adhesión es sincera y convencida, cosa más frecuente de lo que los críticos presuponen, surge una singular, propia y caricaturesca variante del *citoyen*. De hecho está presente su idealismo (en el sentido de Marx), pero con el importante matiz que éste no da lugar a una actividad apasionada, capaz de desarrollar la personalidad (como en su tiempo ocurrió entre los jacobinos) ni a una pseudo actividad formal, vacía (como la mayoría de las veces ocurre en las actuales democracias burguesas), sino que a la inversa se limita a la ejecución convencida de las resoluciones, con la certeza de servir fielmente a la gran causa de la revolución socialista. (Para evitar malentendidos digamos que estas observaciones no se dirigen contra la disciplina en general. Sin ella, de hecho, no sería posible ninguna práctica social colectiva. Pero hay una decisiva diferencia —precisamente en el sentido aquí importante de la formación social de los tipos humanos y de los tipos de práctica— incluso oposición, en cómo la disciplina surge y funciona: si el sometido a la disciplina hubo participado activamente en la elaboración de las decisiones, si después de la decisión él la ejecuta disciplinadamente con la posibilidad de criticarla, de participar para corregirla, para transformarla y eventualmente derogarla, o si se trata simplemente de una ejecución disciplinada, ciega y muda.)

El despertar de estos movimientos "subterráneos", socialmente mudos, en un comportamiento de masas abierto, crítico sobre la base de la con-

tinua experiencia concientemente social, no puede sin duda, como habíamos dicho, asumir las vehementes formas espontáneas de las anteriores actividades soviéticas.[112] Esto no quiere decir que sea imposible una renovación de otro tipo. Creemos de hecho que la práctica mecánicamente centralizada y con ello burocratizada de la planificación (cuyos críticos ya hablan con frecuencia dando argumentos a favor de su descentralización) no será superable sin un eficaz llamado a estas fuerzas todavía en el anonimato. A tal propósito, sin embargo, no basta la simple propaganda. Estas masas deben concebir la realidad del cambio como ruptura práctica con las tradiciones estalinistas, día tras día, mediante su propia experiencia. No basta con quitar del medio los obstáculos socio-psicológicos para la libre expresión de la opinión individual. El período estalinista no sólo ha reprimido esta última sino que en su pánico ante la formación de "fracciones" reprimió con energía aún mayor todo el plano organizativo. Persiguió todo tipo de coalición de los trabajadores para obtener mejores críticas y para eliminar perjuicios concretos. Si no se promueven concientemente estas coaliciones informales, con frecuencia ocasionales y temporarias, no será posible una movilización de este tipo de los trabajadores para mejorar activamente su vida cotidiana.

Junto a lo hasta aquí descripto surge empero, también un tipo contrastante que utiliza su posición social para elevar su nivel de vida personal con medios legítimos, obtenidos mañosamente y a veces

[112] "movimiento soviético"

con medios prohibidos. Si bien, por su psicología y moral, se aproxima a la del *homme* de la sociedad burguesa, está cualitativamente separado de éste porque incluso del abuso no puede surgir ninguna explotación. Como es obvio aquí no se considera la legítima aspiración a elevar el propio nivel de vida con el propio trabajo, sino sólo la práctica de quienes utilizan para tales fines las lagunas, la interpretabilidad, etc., de las leyes y determinadas viejas costumbres todavía existentes o nuevas en avance. También aquí es necesaria una reserva: si bien la producción, en especial en su forma centralizada y burocrática, hace necesario y con ello legítimo determinados tipos de trabajo individuales, está totalmente fuera de lugar la comparación con la sociedad burguesa, sobre todo porque el conjunto de la estructura de la sociedad socialista hace a priori imposible la acumulación destinada a la explotación del trabajo de otras personas.

A estos tipos se ajusta la enorme mayoría de los trabajadores, la que realiza su trabajo con mayor o menor conciencia, pero que reacciona con indiferencia o apatía hacia los problemas de su desarrollo, mejora social, incluso cuando la situación les permite —formalmente— el derecho de entrometerse para criticar o corregir.

Estas observaciones están muy lejos de pretender brindar un cuadro completo de los tipos, de los problemas que se presentan, etc., Se trata única y exclusivamente de indicar las tendencias sociales subjetivas que surgieron como consecuencia necesaria del sistema producido, iniciado por Stalin.[113]

[113] "del acostumbramiento a él"

Nuestro objetivo principal es, por un lado, distinguir esta crítica del sistema estalinista de la crítica burguesa de todo tipo, la cual —ya a partir de la implantación de la NEP— continúa afirmando que el socialismo en el terreno económico es análogo al capitalismo o que surgirá a escala mundial una "sociedad industrial" en la que la diversidad de las dos formaciones está destinada a desaparecer. Por el contrario, en el ser económico de todos los Estados socialistas resulta claro (y es un hecho que ya hemos señalado) que la socialización de los medios de producción crea obligatoriamente relaciones objetivas cualitativamente diferentes de aquellas que se dan en la sociedad clasista. Por otro lado, un análisis detallado y más a fondo de la sociedad socialista actualmente existente, mostraría que se ha abolido objetivamente toda explotación del hombre por el hombre. Esto a pesar de que su desarrollo económico-social es tal que la vida práctico-económica no está (aún) en condiciones de producir situaciones, tendencias, etc., según las cuales los trabajadores con los medios de la reproducción económica de la propia vida individual y de la sociedad la transformen —por cuanto concierne a los sujetos— en dirección de en un futuro hacer personas libres adaptadas a la formación social comunista. La duda acerca del carácter socialista objetivo del socialismo existente pertenece entonces al rubro de la insensatez y las calumnias burguesas. La construcción y el perfeccionamiento del carácter socialista subjetivo de la sociedad continúa siendo la gran tarea del presente y del futuro para todos aquellos que honestamente afirmen al socialismo como única vía de salida auténtica de las contradicciones del capitalismo.

Se trata entonces de considerar esta situación

desde el punto de vista objetivo: el sistema económico y social que se introdujo en el tiempo de Stalin estaba sin duda en condiciones de superar ampliamente el atraso económico en el terreno económico inmanente, incluso sin violar la propia estructura socialista de fondo; no estuvo en condiciones de eliminar el modo de ser de la formación capitalista. Así mientras obtenía un desarrollo hasta entonces inimaginable de las fuerzas productivas y con ello producía una base objetiva para el "reino de la libertad", para la humanización auténtica, lo hacía de manera tal que en la vida concreta esta humanización encontraba obstáculos objetivamente [114] insuperables.

Esta es una cuestión que ya hemos visto al analizar la democracia burguesa.[115] * Marx ha demostrado en las Constituciones de la Revolución francesa cómo el hombre debió ser definido como límite de la libertad del hombre. Dice: "El derecho humano de libertad no se basa en la unión del hombre con el hombre, sino por el contrario en la separación, el derecho del individuo *delimitado*, limitado a sí mismo. La sociedad burguesa hace que todo hombre encuentre en el otro hombre no la *realización*, sino más bien la *limitación* de su libertad." [116]

Los textos que Marx interpreta alcanzan su verdad social, aunque sus autores estaban plenos de "ilusiones heroicas" en el impulso revolucionario. Para un juicio justo es necesario no olvidar que el gran pionero y precursor Hobbes definió este

[114] "obstáculos objetivamente, socialmente"

[115] El siguiente texto entre asteriscos es en sustancia una repetición del de las páginas 62-63.

[116] Carlos Marx. La cuestión judía, op. cit., p. 53-54.

estado como "*homo homini lupus*"; que el Marqués de Sade redescubierto como pensador por la burguesía moderna, describe también al acto sexual no como algo en lo cual se realiza una actividad común entre las personas donde surge siempre una relación de colaboración, sino como algo donde para el hombre, la mujer no representa más que su objeto de placer, cuya participación, sentimientos, reacciones, etc., para él son totalmente indiferentes. La verdad social inherente a la formación capitalista que, no obstante la extensión de tal exasperación está presente en esta caracterización, se muestra claramente en la definición del matrimonio dada por Kant: traspasa el egoísmo cínico de Sade al lenguaje de la economía capitalista, al lenguaje de la libre circulación de las mercancías. Dice Kant: el matrimonio es "la unión de dos personas de diferentes sexos para la posesión recíproca de sus propiedades sexuales durante toda la vida".[117] * Con esta referencia a las relaciones matrimoniales y sexuales entre las personas no intentamos de ninguna manera, como está hoy de moda, poner el acento objetivo en el interés de tal cuestión, sino sólo indicar que la afirmación fundamental de Marx formulada a propósito de la estructura socio-humana básica del capitalismo tiene una validez socio-universal para toda práctica humana. Marx deja en claro la base económica de esta relación humana universal ya en el *Manifiesto comunista*. A propósito de la práctica de la burguesía como clase dominante, práctica obligatoriamente producida por la economía capitalista, leemos: "Ella ha disuelto la dignidad perso-

[117] I. Kant. *Metafísica de la moral*, op. cit.

nal en valor de cambio... Ella ha transformado al médico, al jurista, al cura, al poeta, al hombre de ciencia en sus asalariados pagos." [118] La demanda de humanización que se le impone a la revolución socialista es como en toda transición de una formación social a otra: cómo surgen socialmente las personas que sean capaces de resolver en su práctica espontánea los problemas que se le imponen socialmente a esta transformación. En las revoluciones precedentes, sin embargo, el nacimiento de relaciones económicas de tipo radicalmente nuevo era objetivo. Si se compara, por ejemplo, la división del trabajo del período de la manufactura con la del artesano de las corporaciones durante el feudalismo, este cambio radical en la relación de cada trabajador con el propio proceso productivo resulta inmediatamente evidente. De ello se deduce que la nueva actitud del trabajador —cualquiera sea su actitud subjetiva, a favor o en contra hacia la nueva situación— está producida obligatoriamente por la división social del trabajo.

La transición del capitalismo al socialismo es en cada uno de sus aspectos radicalmente adversa. Se presenta de hecho en términos paradójicos. Por un lado, aquí el cambio es mucho más profundo. En la transición del feudalismo al capitalismo se trataba simplemente de la transición de una sociedad clasista y explotadora a otra que se basaba también en esa explotación, aunque a un nivel superior del desarrollo de las fuerzas productivas. Ahora en cambio se trata de la supresión de toda explotación. Por otro lado, la transición que mencionamos

[118] C. Marx. *Manifiesto del partido comunista*, op. cit., p. 96.

antes provocó un cambio radical en todos los campos de la producción material (basta recordar, como ya hemos hecho, el cambio en la división del trabajo que ocurre entre los gremios y la manufactura), mientras ahora sobre todo para los aspectos técnicos de la producción no ocurre ningún cambio que pueda ser comparable con éste. (Una fábrica construida por el capitalismo puede en general, sin grandes modificaciones, trabajar también en el socialismo y viceversa.) Por cierto que sí ha ocurrido la transformación al socializar los medios de producción. Ya hemos hablado de sus consecuencias decisivas.[119] Ésta por sí sola no puede transformar espontánea y materialmente el modo de trabajo y por lo tanto el modo de vivir, la cotidianeidad de los hombres, de manera tal de producir aquella transformación radical que es ahora necesaria en la relación del hombre con su trabajo y con los otros hombres. Esto constituye precisamente la premisa del específico desarrollo del socialismo en cuanto fase preparatoria, de transición, al comunismo. En sus escritos sobre el período de la guerra, Lenin dice con claridad que estando el socialismo fundamentado en la economía, ésta no forma de ninguna manera todo su contenido.[120] Desde luego, cuando ponemos en duda las transformaciones inmediatas y obligatorias del hombre mediante la transformación en la producción, no queremos con ello sostener que éstas tienen motivos puramente ideológicos. La ideología, como momento

[119] "de algunas de sus consecuencias decisivas"

[120] Cfr. V. I. Lenin. "Balance de una discusión sobre el derecho a la autodeterminación" en *Obras completas*, Ed. Cartago, Tomo XXII, 1ª ed., p. 341.

teórico-práctico del desarrollo social, como medio para el combate de los conflictos provocados por la marcha de la producción material, es sin duda un componente importante, inevitable, de toda transformación social. Pero por su naturaleza sólo un componente, una respuesta que los hombres dan a la modificación de la producción. Debe por eso tener un fundamento material, el que naturalmente no anula su influencia práctica como potencia social; al contrario, la refuerza extensiva e intensivamente dándole una base real al conjunto del concreto ser-en-sí-mismo.[121]

De esa manera se desarrolla frente a nosotros la situación paradojal ya con frecuencia señalada: la producción material —naturalmente no sin la mediación de las respuestas ideológicas a ella— no puede también en este caso dejar de producir la transformación de los hombres, su transformación en adecuados portadores de la formación nueva. El automatismo inmanente en la economía, sin embargo, no puede llevar a cabo tal transformación por propia dialéctica espontánea. Ella misma —como base de lo que se está aproximando— debe ser guiada de manera tal que se convierta en medio para suscitar las condiciones y las relaciones recíprocas que hagan capaces de realizar auténticos seres humanos.

Una situación de este tipo no hubo hasta ahora en toda la historia. Por eso la experiencia de las formaciones sociales precedentes debe ser usada con extremo sentido crítico, para que no conduzca a callejones sin salida. No por nada ya en el *Mani-*

[121] "del concreto ser-en-sí-mismo social"

fiesto comunista Marx define la formación capitalista como la última formación fundada sobre medios de explotación, refiriéndose obviamente no sólo a la explotación sino también a todas sus consecuencias [122] personales e interpersonales. La idea de Lasalle por la que consideraba decisivo para el socialismo el derecho al "completo resultado del trabajo" era un error "economicista". Stalin —en dirección contraria, pero también en términos "economicistas"— no vio el problema central y por ello les atribuye directamente a los trabajadores en cuanto individuos el plustrabajo indispensable para la sociedad. La novedad determinante está en el modo en que este plustrabajo es capaz, desde el punto de vista económico objetivo y desde el humano subjetivo, de transformar tanto externa como internamente la vida humana. Repitiendo lo que ya hemos dicho: la llamada humanización de las condiciones de trabajo que aparece en el capitalismo actual, es el medio a través del cual los hombres se adaptan a los modos de trabajo existentes o nuevos para intensificar la explotación o simplemente para que su ejecución sea más fluida. Aquí, al contrario, se trata de adaptar el modo de trabajo a la esencia correcta del hombre, a su dignidad humana, a su capacidad de desarrollo.

Es decir, un condicionamiento, incluso una reestructuración del proceso económico mismo en cuanto tal, pero con objetivos reales, materialmente realizables, que en su esencia no son más meras categorías económicas. Es claro que tales objetivos son sólo posibles en una economía socialista plani-

[122] "premisas y consecuencias"

ficada donde debido a la socialización de todos los medios de producción, el proceso económico en cuanto tal recibe ya una dirección teleológica homogénea. Pero es igualmente claro que la mera dirección planificada, unitaria, de un proceso global económico no conduce de hecho a plantear y a realizar fines de este tipo. Puede —en el ámbito de las ventajas y de las debilidades que forman parte de su naturaleza— realizar mucho en el plano estrictamente económico, pero su propia dialéctica, inherente a ella, no puede por sí misma producir resultados de este tipo.

Estos últimos deben encontrarse naturalmente en consecuencia con las exigencias de la producción para que sean realizables en la práctica; no se deducen de ella.[123] Como Lenin acostumbraba a decir: deben ser trasladados desde afuera, desde el exterior de la producción inmediata. Y ésta es precisamente la función específica de la democracia[124] socialista: su particular tarea social determina el carácter, la diferencia específica respecto a toda democracia de las formaciones precedentes basadas en la propiedad privada, la explotación y la enajenación, especialmente respecto a la del capitalismo. Esta exigencia social de la revolución socialista recibe una inmediata expresión de masas en los grandes movimientos soviéticos vehementemente espontáneos. Acerca del modo, sin embargo, en que pudo desarrollar un componente orgánico y decisivo de la construcción concreta de la sociedad socialista no tenemos ninguna experiencia concreta que sea, aunque sólo

[123] "deducen directamente de ella"
[124] "de la democratización"

dentro de ciertos límites, generalizable para nuestro presente y futuro. Las revoluciones de 1871 y 1905 fueron derrotadas antes que este conjunto de problemas pudiera aparecer como tarea concreta. En los últimos años de Lenin el movimiento soviético mostraba ya la tendencia a desaparecer, a disolverse. Hemos aludido a los esfuerzos inútiles de Lenin para conservar de alguna manera como fuerza viva para el desarrollo futuro su contenido, el que conduce al socialismo frente a la burocratización que penetraba cada vez con más fuerza.

Sabemos que esos esfuerzos fracasaron. Si hoy intentáramos no podríamos —si pretendemos mantenernos en el terreno del realismo— encontrar un punto de apoyo [125] para una práctica teóricamente fundamentada (aún cuando comprendamos bien su indispensabilidad para la construcción del socialismo) ni en aquel apogeo del pasado ni en esta confusa decadencia. Nuestra tarea de hoy no puede, de ninguna manera, referirse directamente a un movimiento social, prescindiendo de aquellas tendencias "subterráneas" de las que hemos hablado a pesar de que no pueden dar ninguna fundamentación teórica.[126] Es necesario, al contrario, que hagamos el intento de partir de un análisis marxista de la situación presente y de las perspectivas del futuro socialista [127] que resulten de ello, de elaborar científica y teóricamente los principios de una reanimación y que intentemos trasladar conscientemente a la práctica social los resultados así obte-

[125] "encontrar un punto de partida concreto"
[126] "fundamentación teórica inmediata"
[127] "perspectivas del desarrollo socialista"

nidos. Se trata por lo tanto de un proceso concientemente introducido y dirigido que será largo y contradictorio. Por una parte, no debemos perder de vista la fecunda contradicción fundamental de esta situación, es decir que deben ser incorporados en la economía factores activos que en sí no tienen un carácter económico pero que están allí no para frenar este desarrollo sino para promoverlo incluso en el plano estrictamente económico, en conformidad a las necesidades sociales de la situación dada. Por otra parte, dado que el proceso es largo, implica la necesidad de acordar ininterrumpidamente, por así decirlo, día tras día, la conciencia teórica adquirida del contenido social de su perspectiva con el respectivo grado de desarrollo de la producción, con la exigencia económica de toda fase. Es ésta la tarea de una política económica del socialismo fundamentada en el marxismo, sobre cuyos detalles, un juicio apenas esbozado como el nuestro que intenta simplemente poner en claro los datos de principio más elementales, no puede siquiera intentar acercarse.

Mucho más importante es tener claridad sobre los fundamentos teóricos. En la famosa distinción entre espontaneidad y conciencia (conciencia marxista, auténtica conciencia de clase), Lenin dice que esta última "puede ser aportada al obrero sólo de *afuera*, es decir fuera de la lucha económica"; "la esfera desde la que puede ser creado ese conocimiento" abarca la acción recíproca de todas las fuerzas sociales, es decir, la totalidad de la sociedad en su dinámica histórica.[128] (Lenin habla refirién-

[128] V. I. Lenin. *Qué hacer*, op. cit., p. 429.

dose a las condiciones de 1903, pero teniendo al mismo tiempo presente lo general, atinente a los principios, por lo tanto creemos tener derecho a citar solamente este contenido de su discurso y no el relativo a las circunstancias de entonces.) Este método que desea continuar con el método marxista, en tal situación preescribe imperativamente recurrir a ellos para una práctica correcta.

¿Es posible hacerlo hoy aplicando simplemente la teoría que ha dominado en las últimas décadas? Ya hemos aludido al punto central de la teoría estalinista: poner de cabeza la relación jerárquica entre teoría del marxismo, estrategia y táctica produciendo una distorsión en el conjunto del método marxista que hasta hoy no puede considerarse por ningún motivo ni superada ni corregida sustancialmente. Para limitarnos a las cuestiones más esenciales, debemos constatar que desde *El imperialismo* de Lenin (1916) no hay ninguna investigación científica en torno a las especificidades de los rasgos nuevos del capitalismo contemporáneo y, correspondientemente, de las regularidades específicas del desarrollo socialista. Anteriormente hemos mirado fugazmente las manifestaciones de Stalin acerca de la economía y habíamos visto como también aquí el predominio de la táctica no pudo más que conducir a una deformación del método marxista y sus resultados. Es sabido que en el mismo período "el modo de producción asiático" fue eliminado de la concepción global del desarrollo histórico de la economía, para ubicar en su lugar un nunca existente feudalismo chino, el cual permitía con mayor comodidad la fundamentación teórica de algunas decisiones tácticas de Stalin. Se hizo imposible por décadas la investigación marxista en torno a hechos

auténticos y a sus verdaderas relaciones en un campo muy importante.

La prioridad metodológica de la táctica está también estrechamente ligada a la deformación, frecuentemente subrayada por nosotros, del método marxista-leninista, a través de ella la situación social estaba permanentemente considerada como agudamente revolucionaria. En efecto esta prioridad excluye de hecho toda discusión teórica objetiva acerca del verdadero modo de ser de las situaciones, tendencias, etc. Las decisiones se toman tácticamente y quien no tiene la misma opinión aparece como enemigo abierto o encubierto; no interesa regularlo, debe ser difamado, convertido moralmente en "inofensivo". La conservación de este método estalinista conduce fácilmente a que la tesis rechazada por el XX Congreso de la permanente agudización de la lucha de clases vuelva a actualizarse, apenas aparezca tácticamente apropiada para la solución burocrática de una situación complicada, prescindiendo del hecho que tal agudización de la lucha de clases haya ocurrido. Tales reacciones [129] pueden suscitar también ciertas agudizaciones transitorias. Esta lista de deformaciones del método marxista-leninista podría continuarse ilimitadamente, lo que obviamente no podemos hacer aquí.[130] Recordemos sólo brevemente, porqué este problema está ligado al de la democracia [131] socialista: la concepción leninista sobre el derecho a la autodeterminación de los pueblos, que es la continuación de la concep-

[129] "tales reacciones táctico-burocráticas"
[130] "y sería también superfluo"
[131] "con la democratización"

ción de Marx. En 1917 Lenin reivindicó para toda nación el derecho ilimitado a declararse independiente y rechazó con gran energía todo intento de hacer excepciones [132] en este caso. Ya antes, en el transcurso de la guerra imperialista, había afirmado que era una traición al socialismo pretender la renuncia en el régimen socialista a este derecho de los pueblos.[133] No hay ninguna sofística burocrática capaz de anular la importancia central de esta tesis para el marxismo-leninismo. Estando gravemente enfermo protestó con gran energía contra su violación.[134] Ninguna manipulación táctica, por lo tanto, puede eliminar el hecho de que Lenin (del mismo modo que Marx) en el derecho de autodecisión de los pueblos veía una gran cuestión de principios de la revolución proletaria, de la construcción del socialismo.

La realización práctica de la democracia socialista presupone la restauración del método marxista. Y no sólo en sentido científico, histórico-filosófico. Al contrario. Reestablecerlo es una cuestión histórica de vida o muerte para el movimiento comunista, porque es imposible sin esto comprender los verdaderos problemas del presente correctamente (incluida su génesis histórica en el intervalo de tiempo

[132] Cfr. V. I. Lenin. "Las tareas del proletariado en nuestra revolución" en *Obras completas*, Tomo XXIV, 1ª ed., Ed. Cartago, Buenos Aires: 1957, p. 47.

[133] Cfr. V. I. Lenin. "Los resultados de la discusión sobre la autodeterminación" en *Obras completas*, tomo XXII, Ed. Cartago, Buenos Aires: 1960, p. 336.

[134] Cfr. V. I. Lenin. "El problema de las nacionalidades o de la 'autonomía'" en *Obras completas*, Tomo XXXVI, Ed. Cartago, Buenos Aires: 1960, pp. 610 a 614.

hasta hoy no investigado), las perspectivas auténticas, concretas, que nuestra práctica actual [135] abre. Esto como es obvio no puede ser la simple consecuencia de una deliberación única, incluso de una instancia declarada idealmente perfecta. Las omisiones, las confusiones, las deformaciones, etc., de décadas pueden sólo eliminarse con un trabajo prolongado de investigación, con discusiones sobre los problemas de principio de la teoría, de la historia, etc. También esta ineludible necesidad es olvidada. Se habla —y no sólo por parte del aparato sino también de los críticos— [136] de pluralismo. Esto es engañoso. Pluralista puede ser la fundamentación de una manipulación de las ideas neopositivistas. El marxismo conoce para todo problema sólo una respuesta,[137] aquella conforme a la realidad objetiva. Ésta surge no por obra de las resoluciones de una instancia, cualquiera que ésta sea, sino por medio de la investigación, del análisis, etcétera, y debe ser críticamente comprobada con exactitud en las discusiones de modo que no pocas veces deba transcurrir un cierto tiempo antes de que una verdad pueda ser reconocida como tal, universalmente. Si el movimiento comunista quiere tener un terreno firme bajo sus pies, no puede más que elegir este camino para la autocorrección, para el renacimiento del marxismo.

De un tal renacimiento del marxismo el movimiento tiene necesidad en todos los casos, para todos los problemas a resolver. Y es una necesidad

---

[135] "que la moderna práctica revolucionaria"
[136] "determinados críticos"
[137] "sólo una respuesta correcta"

que se presenta con fuerza cuando se trata de resolver la democracia [138] socialista. Pues no sólo nos encontramos en un terreno totalmente nuevo, teóricamente muy poco elaborado —aquí vale en gran medida lo que Lenin decía para la introducción de la NEP acerca de que los clásicos del marxismo habían muerto sin habernos legado indicaciones precisas— sino que además de lo poco que sabemos en torno a la democracia [139] socialista, es que en el estadio actual ella no puede surgir espontáneamente. Es necesario un trabajo conciente para despertarla, para ponerla en movimiento.

Recordemos lo que hemos ya señalado: hoy un movimiento para la democratización en sentido socialista no puede introducirse en la conciencia espontánea sino sólo, según la expresión de Lenin, guiado "desde afuera". Habíamos incluso ya señalado como la apatía muy difundida en las masas trabajadoras puede abrirse a un activismo socialmente democrático sólo con un trabajo conciente.

Para un marxista bastan estos pocos hechos, aunque fundamentales, para ver claro cómo en este caso se trata de una actividad cuya natural fuerza motora y dirigente no puede ser más que el Partido comunista. Se trata de hecho de percibir y liberar, hacer conciente de sí, aquellas fuerzas que en el momento (en el mejor de los casos) se expresan en privado, de individuo a individuo; es decir, clandestinamente desde el punto de vista social. Tal despertar exige ante todo que se tome conciencia de la actualidad válida para todos de estos

[138] "la democratización"
[139] "a la democratización"

grandes problemas sociales que han inducido en la mayoría de los casos espontáneamente, inconcientemente, a sus portadores a tales sensaciones, ideas, etcétera. Ya el *Manifiesto comunista* vio la característica específica de los comunistas en el hecho de que "ellos destacan los intereses comunes de todo el proletariado y representan siempre los intereses del movimiento en su conjunto".[140] Lenin, medio siglo más tarde, concretó esta idea al determinar la correcta conciencia de clase basada en la visión de la totalidad de la dinámica social que representa la prioridad de los grandes intereses duraderos del proletariado cuando es necesaria una relación crítica, de conflicto, con los transitorios del momento.

La práctica de la época de Stalin tiene desde luego también en este campo muchísimas desviaciones hacia la táctica burocratizada. Considerando nuestra tarea, y también nuestras posibilidades, haremos referencia también aquí sólo a las cuestiones de principio. Ante todo: el renacimiento del marxismo es una cuestión vital[141] para que la actividad del Partido sea exitosa. Otro punto determinante es la democracia en el Partido. Nos referimos como es obvio a su funcionamiento práctico, ya que desde el punto de vista formal ella siempre ha existido y existe también hoy.[142] Los intentos de algunos ideólogos por realizar esta radical reforma interna mediante un sistema multipartidario, está entre las aperturas a la democracia burguesa criticada al comienzo. Sin poder abordar aquí con mayor ampli-

---

[140] Carlos Marx-Federico Engels. *Manifiesto del Partido comunista*, op. cit., p. 105.

[141] "y naturalmente la única base posible"

[142] "y parece existir también hoy"

tud este problema, debemos observar que pensamos en una democracia de Partido efectiva, funcionando; sabiendo perfectamente que en los "democráticos" sistemas multipartidarios del mundo capitalista una real democracia interna no puede darse en ningún partido.

Por el contrario, una de las tareas más urgentes desde nuestro enfoque es una división del trabajo realista, repensada a fondo, entre Estado y Partido. También a este respecto debemos limitarnos al punto más decisivo en términos de principio, las grandes tareas nuevas de la democracia[143] socialista: Purificar en la práctica la vida cotidiana de los residuos todavía existentes y operativos de la sociedad de clases que todavía están ampliamente difundidos y que el desarrollo económico —no conciente orientado al socialismo— a menudo termina por agregarlos (por ejemplo, determinadas formas de consumo de prestigio). No pueden ser extinguidos ni con prohibiciones ni con la simple propaganda en cuestiones aisladas. La profunda determinación de Lenin sobre el hábito puede entrar en acción efectivamente sólo cuando el ser social, sobre todo el económico pero naturalmente no sólo éste, adquiere poco a poco un contenido tal que las personas comienzan a abandonar sus pasiones, convencimientos, modos de actuar, no verdaderamente humanos, con frecuencia antihumanos, confrontándolos con su existencia y con la próxima para construir su propia vida y las relaciones con los otros (dos cosas ontológicamente indisolubles) en el espíritu de un auténtico ser humano. Sin una

[143] "de la democratización"

reestructuración del mundo externo cotidiano, este cambio interno no puede tener lugar; y si éste no se desarrolla en extensión y profundidad no podrá nunca surgir una sociedad comunista, por mucho que se desarrolle la producción material.

Desde luego, en las últimas décadas se ha hablado mucho de los residuos del capitalismo, los que fueron criticados, denunciados públicamente e incluso frecuentemente se anunció su superación. Desde el punto de vista social —excepciones individuales y anticipaciones del futuro, como también simplemente casos extremos, existen en toda sociedad en dirección ya sea positiva o negativa— ésta no puede ser la vía correcta. Naturalmente en sentido inmediato, lo que en este caso tiene aún una gran gama de graduaciones en cuanto a su importancia, toda persona puede superar la propia enajenación de la verdadera esencia humana sólo mediante su propio esfuerzo. Este proceso parte en la mayoría de los casos de una crítica o autocrítica de una particular forma de enajenación. Desde el punto de vista social, sin embargo, la actitud de una persona —originada siempre socialmente— sólo puede considerarse realmente superada cuando se dan las circunstancias reales de vida que son capaces de alejar de la conciencia de todas las personas, normas. (Pensamos en costumbres generales como fue en un tiempo el canibalismo o la venganza sangrienta.) En épocas de transición las tentativas de superación individual, ideológica, moral, etc., juegan un rol a veces muy importante. Pero, para prescindir del hecho que ella sola nunca puede alcanzar una efectiva universalidad social en el sentido que acabamos de mencionar, aquí ahora se trata precisamente de una transformación fundamental del conjunto de la persona en todas sus manifestaciones vitales; no

simplemente de la superación de determinados defectos concretos, particulares dentro de determinadas relaciones de vida que permanecen. Nada es más extraño al autor de estas consideraciones que la subestimación de tales cambios individuales; al contrario, está profundamente persuadido que en el transcurso de la historia de la humanidad no se hubieran dado movimientos de este tipo, individuales o de grupos, que a su modo —frecuentemente con falsa conciencia e incluso con visión utópica— se levantaron contra la inhumanidad, contra la negación del ser humano. Sería difícil hoy actualizar todo este conjunto de problemas sin esta convicción.

También es extraña a estas líneas la idea de que estas tentativas por superar los aspectos no dignos del hombre, presentes en nuestra existencia, puedan ser juzgadas solamente en base a sus efectos sociales-prácticos inmediatos. El desarrollo de la humanidad hasta hoy —Marx con profunda coherencia lo definió como la prehistoria de la humanidad— ha podido llegar a un punto de cambio resolutivo solamente con dispersos, e incluso confusos, inicios de formación del factor subjetivo. Tales inicios deben ser apreciados según su justo valor y de su examen debe extraerse la lección que la humanización sólo puede darse a través de su propia acción. Esta obra es la tentativa de dar respuesta a aquellos problemas, a aquellas posibilidades de solución, cuyo espacio real puede ser creado, determinado y delimitado sólo por el respectivo proceso objetivo de reproducción de la sociedad. En la medida en que la democracia socialista está llamada a superar la última forma, la más evolucionada del inhumanismo (la otra persona como límite, como mero objeto, como posible adversario o enemigo, para la propia práctica de auto-realización) sólo ella está en con-

diciones de producir la base objetiva, socio-humana, para la transformación decisiva.

Los grandes movimientos soviéticos del pasado revolucionario contenían en sí la tendencia a poner su complejo de problemas en el orden del día de la historia. Aunque en dependencia con las relaciones reales de su ruptura, de las condiciones de poder entonces objetivamente dadas, no podían ser capaces de generalizarla en concreto sobre todos los planos; no hablemos de la capacidad de traducir en la realidad su memoria, que continúa viviendo imborrable en las amplias masas, y la esperanza —con frecuencia falsamente argumentada en términos utópico-ideales— que su renovación pretende abrir a la humanidad como una vía de salida, un camino hacia la realización en sí, mostrando su verdadera acción. El hecho de que en todos los Estados socialistas se haya considerado imperativamente como tarea del presente una reforma radical de la base económica, a partir de la vida económica, demuestra que esta única alternativa es la verdadera; ya sea a la burocratización estalinista del socialismo, ya sea a la democracia burguesa de hoy, positivísticamente manipulada, de nuevo al principio de un período que ha vuelto a alcanzar una actualidad histórico-social. Esto no quiere decir que esta alternativa pueda hoy poseer también algo de la espontaneidad que acompañó a las grandes rupturas de las primeras grandes explosiones. Quiere decir simplemente que los síntomas histórico-sociales, provenientes de la respectiva economía, de una crisis próxima, intentan en todas partes una nueva forma de democratización; todavía no existe en ningún lugar, pero básicamente es conocida en la historia por su interpretación —desgraciadamente todavía poco adecuada— marxista leninista. Quiere decir además que

la continuidad del desarrollo, por décadas aparentemente inconmovible, en todas partes lleva a la superficie contradicciones, fisuras, conflictos indisolubles, que a la larga difícilmente permitan soluciones manipuladoras de *rutina*, compromisos turbios; a pesar de que algún gobierno burgués se esfuerza por insertar en su propio *establishment* los movimientos de protesta todavía espontáneos y caóticos.

No es nuestra tarea en este esbozo brindar un panorama concreto, tanto menos político-económico, de lo que hoy en todo el mundo comienza a darse en la superficie como crisis de lo existente. Para los marxistas se presenta ante la nueva situación económica la tarea radicalmente nueva de aclarar —respetando el método de Marx— la nueva vía para luchar contra el capitalismo. No podemos abordar aquí más de cerca las nuevas formas del divorcio y reunificación de lo viejo y de lo que se mantiene aún vivo, activo, de la tradición con los nuevos problemas. Sólo podemos y debemos señalar que la necesaria transformación de la economía socialista no puede obviamente significar que, reformada la economía, con la orientación aquí esbozada —devenir la base de la transformación de los individuos a fin de que se habitúen a una existencia digna en la vida— actúe directamente por medio de resoluciones y reglamentos. La relación entre desarrollo económico y transformación del hombre a la que aludimos aquí es en su concreción práctica mucho más complicada.

A primera vista se presenta como una reforma económica con el objetivo de acrecentar cuantitativamente y de mejorar cualitativamente el aparato productivo y distributivo. Sin embargo, la economía socialista, si bien su relación elástica con el consumo se convierte para ella en un problema

vital, no está en condiciones de resolverse con una simple "introducción" del "modelo" capitalista. Lo que en el capitalismo el mercado era capaz de realizar espontáneamente, aquí debe ser integrado por una multidimensional, variada democratización del proceso productivo; del plan a la realización práctica. En un primer momento tendrá forzosamente un mero carácter económico. Pero ya a este nivel está presente la gran urgencia, por ejemplo en la cuestión de los sindicatos, de recuperar en términos actuales la posición de Lenin y de suprimir aquella que, no obstante todas las proclamas en su contra, expresaba Trotski (ambas expresadas ideológicamente en el debate de 1921 sobre los sindicatos). Sin este renacimiento de la posición de Lenin es imposible una verdadera activación de las masas, la superación de su apatía.

En cada nivel de esta reforma económica, por cierto prolongada, emergen en forma económica, en los modos en que se va reorganizando la economía, los nuevos problemas que hemos mencionado de la apertura del camino para despertar y formar el factor subjetivo de la formación socialista. No queremos se entienda que se trata sólo de una "división del trabajo" mecánica; sin embargo es cierto que en la práctica del primer momento está llamada a jugar un rol dirigente la institución estatal que se democratiza, así como las organizaciones de masas (sindicatos); mientras el segundo, se constituye en un importantísimo campo de trabajo para un Partido que va innovándose en sentido democrático. Éste no puede no ser también un factor decisivo de la elaboración de los principios del primer momento y de la crítica permanente de su actuación. No debemos nunca olvidar que un importante rol le corresponderá siempre a

la iniciativa directa de las masas. Aquí nadie puede saber con anterioridad cuál será el peso de los movimientos soviéticos que resurjan. Nuestras consideraciones pueden pretender delinear al máximo determinados perfiles generales de las perspectivas posibles.

El conocimiento de todos esos momentos demuestra que el desarrollo del mundo desde una apariencia estática (en realidad prevalentemente de modo continuo dentro de un marco determinado) ha entrado en una etapa de mayor ímpetu dinámico. El período de crisis que se está verificando en el sistema de la manipulación capitalista y la temporánea imposibilidad de generar perspectivas claras para el mundo de los pueblos que recién ahora comienzan a liberarse, son síntomas importantes de este cambio. El aspecto para nosotros esencial está en que la activización del movimiento comunista va también hacia un renacimiento del marxismo; hacia un renacer de su auténtico rol dirigente teórico-práctico de la renovación revolucionaria de la sociedad y, en ello y con ello, también del hombre. Es muy natural que muchos se espanten frente a la intranquilidad e inseguridad que crea este movimiento y concentren así sus propios esfuerzos para conservar inmutable la continuidad (en apariencia estática) de las últimas décadas. Desde una perspectiva histórica estos esfuerzos aparecen —en última instancia— como inútiles. Tales reparos que resultaron tan vanos como las ilusiones, crecieron directamente de la misma situación histórica, del espectacular y súbito (tipo *happening*) "derrocamiento" revolucionario por lo cual una considerable parte de jóvenes intelectuales de izquierda experimentan una apasionada nostalgia. Desde el punto de vista objetivo se trata —de manera diversa en

partes socialmente diferentes del mundo— de un prolongado proceso, rico en conflictos ya sean internos o externos; de la autocomprensión acerca de las perspectivas y de los medios concretos para su genuina realización.

Si hay un terreno en el cual el miedo a la ruptura con la continuidad sigue hasta hoy actuando sin ningún motivo objetivo, es justamente el del socialismo. Lenin debió penosamente encontrar un modo para utilizar los escasos respiros, aún bajo el constante peligro de muerte para los soviets. Los grandes hechos políticos del socialismo en el pasado inmediato (la victoria sobre Hitler, la paridad atómica) han facilitado objetivamente un fundamento mucho más sólido para estos respiros dedicados a la reorganización interna. Naturalmente los imperialistas siguen siendo imperialistas. Pero su retaguardia social, su poder ilimitado sin escrúpulos no puede equipararse ni con 1914 ni con los años de la postguerra. Una reorganización interna del socialismo puede por eso realizarse; en lo que respecta a las amenazas por parte del medio imperialista circundante está objetivamente mucho menos amenazado que en la época de Lenin.

Frecuentemente se descuida un momento positivo extremadamente importante. El peligro de la intervención armada del mundo imperialista era entonces mucho mayor que hoy. Al mismo tiempo, sin embargo —para decir abiertamente una verdad desagradable— la simpatía espontánea entre las masas y los intelectuales de los países capitalistas era también entonces más fuerte de lo que es hoy. La razón es evidente. En 1917 y los años siguientes, muchísimas personas del mundo capitalista —de Anatole France a hombres y mujeres, simples trabajadores— sentían que todo lo que ocurría en el campo sovié-

tico era algo que contribuía a su propia liberación humana; que por lo tanto en todo lo que allá acaecía se estaba luchando por su propia causa, por su propia salvación. El tránsito de Stalin al predominio absoluto de la táctica en todas las cuestiones de teoría y práctica cortó en gran medida estos hilos de unión. Naturalmente en esa alienación del socialismo jugaron un rol importante acontecimientos como los procesos de los años treinta, etc.; pero cada acto particular adverso podría haber sido superado si no hubiera aparecido una tendencia ideológica duradera en dirección a la cual evolucionaba la Unión Soviética. En el capitalismo, las esperanzas en apariencia siempre menos satisfechas de las personas para superar aquella tendencia que frustra la esencia humana, resultaron cada vez más divergentes.

El efecto provocado por la elevación general del nivel de vida económico de los particulares resultados en el campo técnico no ha podido y no puede, no obstante toda la admiración que despierta, producir por arte de magia ningún regreso a esta comunidad de sentimientos de los comienzos. Toda sociedad capitalista tiene de hecho la posibilidad también de llegar a estos resultados. El atractivo de la humanización, al contrario, lo posee solamente —potencialmente— la sociedad socialista. Con toda la fuerza de un inaudito aparato propagandístico se ha intentado después del fin de la guerra componerle al "American Way of Life" una fuerza de atracción similar. Pero la ausencia en ello de una real sustancia humana también condujo al fracaso al aparato mejor organizado de publicidad. Este contenido socio-humano no puede ser adquirido tampoco con tales inversiones. Al contrario, todos los impulsos reales en esta dirección, de

los cuales objetivamente son capaces sólo las sociedades socialistas —también si se trataran de modestos e incipientes— desatan de inmediato esa nostalgia, esa simpatía.

Esto es lo que está ocurriendo después del XX Congreso en todo el mundo. Como es obvio, el imperialismo sigue siendo imperialismo y lo seguirá siendo hasta tanto la Revolución no lo derribe y destruya de raíces en su fundamento. Naturalmente, eso no sucederá hasta tanto pueda respirar y procurar la caída del socialismo. Y puesto que la paridad atómica ha hecho una tercera guerra mundial muy riesgosa, las posibilidades reales de que se desencadene disminuyen y la lucha ideológica adquiere internacionalmente un peso aún mayor. Es por esto que el autor de estas líneas, inmediatamente después del XX Congreso, definió la coexistencia de hecho obligada por la paridad atómica, como una nueva forma de lucha de clases en la cual, siguiendo a Lenin, alcanza vigencia el principio de quién a quién actúa contra algún otro. El hecho de que se haya interrumpido la obra del profundo desmantelamiento del método estalinista, incluso su temporario retorno —en términos formalmente modificados pero en sustancia sólo un poco debilitados— ha empalidecido las irradiaciones del XX Congreso; aunque ciertas esperanzas sigan vivas y los signos de la crisis del sistema de manipulación imperialista le deban dar un cierto impulso. En este momento son visibles en todo el mundo, aunque débiles y confusas, las tendencias a una aproximación al marxismo, tentativas de reanimarlo que objetivamente pueden realizarse sólo en alianza con el socialismo. La tradición leninista es: la posibilidad de una lucha conjunta contra el enemigo común, con riguroso deslinde y crítica a todos

los puntos de desviación del marxismo. La estalinista: valorar toda toma de posición que no coincida exactamente con las decisiones recientemente ejecutadas, tácticamente determinadas, como hostiles, como obra de los agentes del imperialismo e intentar liquidarlas con los medios del aparato. Ese fue el método de los grandes procesos, pero esa es también hoy —sin ir más lejos orgánicamente— la base de la lucha ideológica oficial tanto dentro como afuera de los límites del socialismo.

Se trata de un pesado obstáculo para que surja la democratización socialista dentro del área de dominio del socialismo. Y es también un fuerte obstáculo para la colaboración internacional; aunque para la integración de los esfuerzos por obtener un renacimiento del método marxista auténtico y su aplicación en todo lo que el mundo de hoy ha superado socialmente del estado en el cual se encontraba en el tiempo de Marx, Engels y Lenin. Por eso también el cuadro, la perspectiva de la transición a la democracia socialista, al socialismo como camino hacia el comunismo, hacia el fin de la prehistoria de la humanidad, hoy no puede más que manifestarse tan distinto a los tiempos de Marx. Éste hace más de cien años describió la antitecidad entre el camino de la revolución burguesa y la socialista, sobre la base de las contradicciones de clases motoras y de las posibilidades sociales que se derivan de ello, así: "Las revoluciones burguesas, como la del siglo XVIII, avanzan arrolladoramente de éxito en éxito, sus efectos dramáticos se atropellan, los hombres y las cosas parecen orlados de brillante fuego, el éxtasis es el espíritu de cada día; pero estas revoluciones son de corta vida, llegan en seguida a su apogeo y una larga modorra se apodera de la sociedad, antes de

haber aprendido a asimilarse serenamente los resultados de su período de embate y lucha. En cambio las revoluciones proletarias, como la del siglo XIX, se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen contínuamente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado para comenzarla de nuevo desde el principio, se burlan con concienzuda crueldad de las indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de sus primeros intentos, parece que sólo derriban a su adversario para que éste saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellas, retroceden constantemente aterradas ante la vaga enormidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás y las circunstancias mismas gritan: *Hic Rhodus, hic salta!*" [144]

Rhodus está todavía en un muy lejano futuro. Pero todo indica que sólo el camino trazado por Marx puede conducir a ello. Depende de la comprensión y del coraje de los comunistas si estarán en condiciones de recorrerlo y con éxito.

[144] Carlos Marx. "El dieciocho brumario de Luis Bonaparte" en *Obras escogidas*, Ed. Cartago, Buenos Aires: 1957, p. 162.

PALABRAS FINALES DEL EDITOR HÚNGARO

El texto completo de *Democratización hoy y mañana*, este tardío trabajo de Georg Lukács, aparece aquí publicado por primera vez. Tres partes del ensayo ya eran antes conocidas para los lectores húngaros. "Lenin y la cuestión del período de transición" se había publicado en vida del autor (en: Lukács, *Lenin*, Magvetö, ed. Mihály Vajda, Budapest: 1970, págs. 210 a 230, traducción húngara de György Bence). La indicación al tomo señala que es parte "de un ensayo más amplio en alemán". Otras partes aparecen con el título *A demokratizálás jalene és jövöje* (Democratización hoy y mañana) en Világosság, Nº 1981-89, págs. 552 a 559, trad. húngara de János Farkas y Nº 1984/4, págs. 261 a 269, trad. de Agnes Meller-Vértes.

Las fuentes de la presente edición fueron tanto el manuscrito original en idioma alemán (Archivo de Lukács LAK II/430) como un ejemplar del texto escrito a máquina que evidentemente procede del dictado de Lukács y que fue corregido por la mano del autor. El manuscrito consta de 112 páginas y un índice de citas (44) de dos páginas. Lukács completó el texto en el transcurso del trabajo en 22 lugares con frases que fueron escritas en hojas aparte. Éstas pudieron originarse durante la corrección, prácticamente al mismo tiempo que el manuscrito.

(La única excepción sería la hoja escrita en tinta azul, sujeta a la pág. 43. El texto fue escrito con tinta negra; esporádicamente se encuentran algunas correcciones en tinta azul).

No tenemos ninguna fecha que indique el momento exacto en que se comienza el trabajo. Sin embargo, nos dan una referencia decisiva los papeles en que el autor escribió. Lukács no tiraba los papeles oficiales que no utilizaba más (invitaciones a las sesiones de la Academia de Ciencias, circulares, informes, planes de edición, etc.) y los convertía en borradores escribiendo en el dorso de esas hojas. La mayoría de esos escritos eran remitidos al curso de Filosofía e Historia de la Academia de Ciencias Húngara. En algunas de esas hojas podemos leer una fecha. La más antigua es del 21 de marzo de 1968 y la más reciente (importante para nosotros) el 12 de noviembre de 1968.

Ferenc Jánossy, testigo del nacimiento de este ensayo y uno de los primeros en leerlo, aclaró que Lukács debido a un requerimiento del extranjero, ya en la primera mitad de 1968 se habría ocupado con la idea de escribir un ensayo sobre los problemas de la democracia en la sociedad burguesa. Después de los acontecimientos de la primavera de 1968, lo habría ampliado a la democracia socialista.

Entre los documentos que están actualmente en el Archivo de Lukács se encuentra la primera indicación sobre la existencia de este trabajo en una carta dirigida al Dr. Frank Benseler del 2 de septiembre de 1968. Allí dice: "De vez en cuando juego con la idea de escribir un ensayo más largo sobre los problemas socio-ontológicos de una democratización actual (en ambos sistemas). No puedo aún decir nada sobre si en estos momentos me saldrá algo."

Lukács trabajaba en esa época en su *Ontología del ser social*. La idea que menciona lo debe haber ocupado fuertemente. Prueba de ello es la carta del 23/9/68 dirigida también a Frank Benseler: "En la corrección de la *Ontología* momentáneamente no trabajo ya que quiero obtener claridad acerca de si estoy en condiciones de formular el problema de la democratización para una pequeña publicación."

Por el volumen del ensayo ya terminado, así como por la intensidad del trabajo del autor, podemos suponer que el manuscrito no se terminó rápidamente. Lukács era optimista, pues había llegado a un acuerdo con la Editori Riuniti, la editorial del PCI para publicarlo. El 4 de noviembre de 1968 le escribe al Dr. Benseler, quien se ocupaba de la edición de las obras de Lukács en la editorial Luchterhand, acerca de la posibilidad de una edición en alemán: "Le escribo brevemente ya que estoy ocupado terminando el escrito sobre la democracia. Espero finalizar muy pronto. Como Ud. sabe ya por Ferkó (Ferenc Jánossy) quisiera publicar este escrito primero en la editorial del Partido Italiano, la que también tendrá los derechos para autorizar otras traducciones. Naturalmente le comunicaré que la edición en alemán deberá aparecer en Luchterhand. Convengamos ya que este trabajo no está destinado a las Obras completas."

Hacia fines de noviembre, Lukács comentaba: "El escrito sobre la democratización estará listo pronto. Ud. recibirá entonces un manuscrito pero debe ponerse en contacto con Editori Riuniti en Roma (editorial del Partido) de manera que la edición alemana aparezca después de la italiana. Es muy importante que se considere aquélla como la edición original." (Al Dr. Benseler, 25/11/68.) El mismo día envía una carta para Roberto Bonchio de Editori

Riuniti: "En lo que respecta al otro folleto (Democratización hoy y mañana) estoy a punto de terminarlo. Tan pronto haya un texto definitivo le enviaré un ejemplar." El 10/12/68 Bonchio envió un contrato para la publicación de "Socialismo y democratización" en dos copias. Lukács no respondió nunca más. El contrato no se cerró y ambos ejemplares se encuentran en su Archivo.

A través de las referencias podríamos probar claramente que el ensayo estuvo terminado a fines de noviembre de 1968. A lo sumo con la corrección de la transcripción dactilográfica podría haberse demorado hasta principios de diciembre.

Lukács designa siempre el trabajo como *Democratización hoy y mañana.* El título de "Socialismo y democratización" aparece sólo en una carta de Bonchio. Las causas de modificación no son conocidas.

En 1968 Lukács se propuso pensar la actualidad y el futuro de la democratización, sus posibilidades en ambos sistemas. Visualizó la posibilidad efectiva en el socialismo. Al lector de hoy también le ocupa el curso de la democratización, su actualidad y su futuro dependen de él.

László Sziklai

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ITALIANA

Lukács trabajaba en 1968 con sus ochenta años activamente en su *Ontología*, la obra que tanto contribuyó a iniciar una nueva época: la época del *Renacimiento del marxismo*. Acababa de ser finalmente readmitido en el Partido, después de una antecámara de diez años, y con esta disposición de espíritu observaba cuanto acaecía en el mundo. En noviembre de 1956, después de los dramáticos días de octubre, el Partido Comunista Húngaro (que desde el 48 se llamaba Partido de los Trabajadores Húngaros) había sido refundado bajo el nuevo nombre de Partido Socialista Obrero Húngaro. Esta nueva denominación no era casual, respondía a demandas concretas. Lukács, a pesar de estar entonces deportado en Rumania en tanto miembro del abolido gobierno de Imre Nagy, percibe este hecho. A fines del 67, sin que mediara ninguna respuesta previa, su demanda era recogida. Este es el estado de ánimo con el que Lukács se aboca ahora a la tarea de analizar la gran crisis cultural del sistema capitalista, la que sabía estaba bajo la etiqueta de los "sesenta". Pero también, la gran crisis cultural del sistema socialista. Ésta portaba ya consigo su historia, concentrada en el shock del "cincuenta y seis" en la denuncia del "informe secreto" de N. Jruschov al XX Congreso del PCUS sobre el estalinismo y la novedad teórica que esto implicaba; es

decir, que la paz era posible, o si se prefiere, que la guerra no era tan inevitable y que, por lo tanto, se podía hablar de una *coexistencia* entre los dos sistemas, siempre opuestos entre sí, pero pacífica.

Para Lukács, en líneas generales, la orientación que esto va adquiriendo no es ni tan clara ni tan buena. A su juicio se debía responder a los valores consolidades de Occidente, cuestionados por los jóvenes —y no sólo entre los jóvenes—, encontrando un punto de referencia positivo en la realización del socialismo. Este último, sin embargo, no lograba reponerse del estado de "shock" en el que había entrado en el 56 y, paradójicamente, el pensamiento que se orientaba a las reformas en los países socialistas tomaba en gran medida los valores del mercado como modelo: la economización de la vida que la joven generación occidental criticaba propiciando la ideología del derecho al consumo.

Por esto se hace necesario intervenir: para destacar, por lo menos desde el punto de vista teórico, que no es el socialismo lo que se debe autocriticar sino hacia dónde se orienta su naturaleza históricamente dinámica. Lukács aprovecha la ocasión para abocarse a estos temas concretos, aceptando en la primera mitad del 68 escribir un ensayo sobre la democracia en la sociedad bur uesa. Los mismos acontecimientos demandaron que después ampliara su discurso al problema de la democracia en el socialismo. De todos modos, como luego veremos, le hubiera sido imposible por razones teóricas no abordar esta última problemática.

Así comenzó a delinearse este ensayo que estuvo listo en el transcurso de ese mismo año; sin embargo, no llegó a publicarse. Luego desapareció y durante mucho tiempo figuró entre los anexos al tra-

bajo de Lukács como un misterioso *escrito sobre la democra ia* del cual no se conocía ni su contenido, ni su título exacto. A través de algunos de los corresponsales del autor teníamos noticias directas sobre su existencia. Particularmente interesantes son las alusiones a Frank Benseler, el representante de la obra completa de Lukács en alemán (es decir en la lengua original) y que debe haber sido el primero en conocer el proyecto. Puesto que se encontraba a la espera del texto definitivo de la *Ontología*, Lukács lo notifica con cautela por primera vez el 2 de septiembre de 1968 sobre su "idea de escribir un amplio ensayo acerca de los problemas socio-ontológicos de una moderna democratización (en ambos sistemas)". Unos veinte días después, el 23 de septiembre, es más explícito: "En este momento no estoy aún trabajando en la corrección de la *Ontología* porque deseo saber claramente si estoy capacitado para formular la cuestión de la democratización en una pequeña publicación."

Tal como el autor aclara apenas comienza el libro, prefiere el término "democratización" porque éste designa un *proceso* y no un *estado*. Tan convencido está que después de haber escrito siempre "democracia", en una segunda corrección, a lo largo de todo el ensayo sistemáticamente suplanta esta palabra por "democratización" Lo que nos interesa ahora subrayar es que esta "publicación menor" debía ser muy importante para Lukács, tanto como para demorar su trabajo en la obra que él consideraba fundamental. De hecho hay una urgencia política que incita a anticipaciones sobre puntos específicos. Acababa de suceder el agosto checoslovaco en el que Lukács ve mucho más que una simple represión por parte de los soviéticos y una tentativa

por liberalizar el régimen. Para Lukács, ambas partes —más allá de los derechos humillados, de los intereses y las intenciones— carecen de perspectiva histórica; bloqueadas en el horizonte cercado del estalinismo, una como "reacción", otra como "continuidad". De allí la urgencia por afrontar el tema antiestalinista por excelencia: el de la democracia.

El ligero acento que pone Lukács sobre su capacidad para lograr este objetivo, poco tiene que ver con una muletilla; indica, por el contrario, la conciencia de comenzar una nueva idea. Y, como toda idea nueva, necesita de elaboración para poseer una intensa fuerza persuasiva. Lukács con optimismo sigue adelante, al punto de acordar la publicación (no con Benseler, su editor habitual en Alemania Occidental) con una editorial del Partido Comunista Italiano en Roma. Este cambio de editor está ligado a motivos que evidentemente trascienden lo comercial. El 25 de noviembre de 1968 Frank Benseler recibe una carta en la que se lo notifica que podrá realizar la edición alemana pero "sólo después de la italiana". Lukács expresamente establece que "es muy importante que ésta aparezca como la edición original".

El volumen lamentablemente no fue publicado. El autor no firmó contrato con nadie y el "escrito sobre la democracia" desapareció de circulación. Las razones evidentemente fueron políticas. Lukács sabía que en su discurso sobre la democracia había un nuevo planteo que implicaba una "crítica a lo existente" en ambos sistemas. De algún modo debe haber concebido la impracticabilidad en ese momento de su escrito; tanto como para no volver a insistir en lo más mínimo en su publicación, a pesar de que ésta estaba a su alcance. Nos parece útil

detenernos aquí en el interés de Lukács por otorgarle a su "escrito sobre la democracia" un destino italiano, interés que nace tanto de aspectos inherentes como ocasionales.

En realidad la referencia a Italia trasciende a la simple publicación de este libro. Recordemos que el retorno de Lukács a la escena política después de 1956 coincide con una entrevista realizada por *Unitá* el 28 de agosto de 1966 sobre la reforma económica húngara, la que por entonces todavía estaba en discusión. Es interesante destacar que en este reportaje están presentes algunos de los temas fundamentales del "escrito sobre la democracia". Por ejemplo: 1) la búsqueda de un "*tertium datur*, tanto con respecto al atrasado sectarismo dogmático como a la capitalización incondicionada en la competencia de la economía capitalista"; 2) el convencimiento de que este *tertium* significa "el renacimiento de la teoría y del método de Marx", lo que él mismo estaba demostrando en ese momento en su *Ontología* (en primer lugar, en cuanto a la economía particularmente para Lukács se deben aportar "correcciones" o "anexos" a la teoría marxista de la reproducción expuesta en el segundo tomo del *Capital*; en segundo lugar, brindar una interpretación teórica para el cambio "sustancial" del sistema económico en el capitalismo; y, en tercer lugar, analizar las eventuales "categorías diferentes" de las nuevas formaciones tanto en el sistema capitalista como en el socialista); 3) la institución de un nexo entre factibilidad de la reforma económica y restauración de la "democracia proletaria"; 4) a tal fin es necesario analizar "en la práctica" la indiferencia de la gente y formar "una opinión pública que influya abiertamente"; 5) la afirmación de que la reforma econó-

mica debe conducir a una "reforma del modo de vida de las masas".[1]

Pero, en concreto, ¿dónde nacía este interés hacia Italia? La orientación "ontológica" de la reflexión de Luk cs desemboca obligatoriamente en una política antiestalinista. Dentro del conjunto del "movimiento" el único punto de apoyo disponible en este sentido era el análisis de Palmiro Togliatti frente al XX Congreso publicado en la entrevista de *Nuovi Argomenti*. La característica de la apertura togliattiana es el impulso que toma la discusión sobre qué había pasado en realidad durante el estalinismo. Lukács enfrenta polémicamente la ausencia de un análisis profundo histórico-social del período de Stalin en los doce años transcurridos entre 1956 y 1968; el mismo que Togliatti había reivindicado para evitar el efecto de ocultar todo explicándolo con la fórmula del "culto a la personalidad". Lukács convencido de que metodológicamente esta demanda es correcta, al brindar un argumento en esa parte de su ensayo, la presenta como respuesta. Una respuesta que por cierto no es completa pero que le sirve para aclarar lo principal, "los principios que dirigieron un segmento tan importante del desarrollo socialista".

El análisis político de Togliatti es un punto de referencia para Lukács. Comparte en general la opinión de que "Stalin fue al mismo tiempo expresión y autor de una situación, tanto porque demostró ser el más apto organizador y dirigente de un aparato de tipo burocrático en el momento en que

[1] Cfr. G. Lukács. *Marxismo e politica culturale*, Torino: 1968, pp. 213 a 217.

éste se imponía sobre la forma de vida democrática, como por haber logrado una justificación doctrinaria de lo que en realidad era una dirección incorrecta y sobre la cual consolidó su poder personal".[2] En Lukács también encontramos una rápida reflexión sobre este reclamo que Togliatti le hacía al soviet como a la forma institucional más democrática y progresista que cualquier otro sistema democrático tradicional, forma vaciada e interrumpida por el burocratismo estalinista. Esto implica que para ambos autores sea el soviet y no las "formas de organización de la sociedad capitalista"[3] la vía de salida del estalinismo en los países socialistas.

Otro punto particular de acuerdo entre los dos autores que vale la pena subrayar es sobre el multipartidismo. Para ambos se trata de una forma política históricamente ligada a la especificidad social de los países capitalistas y por ello no es idóneo para resolver el problema de la democracia en la sociedad socialista post-estalinista. Para Togliatti "la pluralidad o unicidad de los partidos no puede ser considerada en sí como un elemento distintivo entre la sociedad burguesa y la sociedad socialista, como tampoco indica la diferencia entre una sociedad democrática y una sociedad no democrática". Agrega además que "en los países capitalistas en los que el movimiento obrero y popular se ha desarrollado fuertemente, no se puede excluir la hipótesis de una transformación socialista actual a partir

[2] Palmiro Togliatti. *Opere scelte*, Roma: 1974, p. 719.
[3] Ibid., p. 708.

de la presencia de una pluralidad de partidos o por iniciativa de alguno de ellos".[4]

Al respecto Lukács toma su propio camino, el que lo conducirá más allá de los límites de la cultura política del tercer internacionalismo. A partir de la distinción tradicional entre democracia política (burguesa) y democracia social (socialista) llegará a refundar ambas en una tercera, *la democracia de la vida cotidiana* a la que no sólo toma como sinómino de socialismo sino como su verdadero nombre. Este es su aporte.

Mientras para Togliatti bastaba con "restaurar la normalidad" soviética cuidando no repetir los errores del estalinismo, lo diferente del razonamiento de Lukács se anuncia en este punto donde su discurso se problematiza. Los soviets en tanto "grandes movimientos espontáneos" se podrían haber transformado —sostiene Lukács— en componentes orgánicos de la sociedad socialista, pero no fue así. Los esfuerzos de Lenin contra la burocratización que avanzaba fueron inútiles. Es por esto que hoy "no poseemos ninguna experiencia real que sea, aunque sólo dentro de ciertos límites, generalizable para nuestro presente y futuro". Debemos hacerlo solos, como lo tuvo que hacer Lenin quien no encontró en Marx ninguna receta lista para resolver los problemas históricos de la construcción del socialismo.

Al concluir su discurso Lukács adopta expresiones inequívocas: es necesario abrir "un nuevo período" en cuyo inicio haya algo que sea alternativo a la burocratización estalinista del socialismo y a la democracia burguesa de hoy basada en la manipulación de las ideas y las conductas. Esta alternativa

[4] Ibid., pp. 708-709.

es "una nueva forma de democratización, aún no existente en ningún lugar". Su posición es radical: Del pasado se pueden heredar sólo algunos elementos críticamente seleccionados. En primer lugar, el "método" de Marx (con el cual se debe elaborar una nueva teoría adecuada a la nueva realidad). En segundo lugar, las intenciones más profundas de los revolucionarios, a pesar del naufragio de tales intenciones ante las dificultades del estalinismo (dificultad que constituyó la censura histórica en el movimiento socialista y comunista). Por lo demás, desde el punto de vista objetivo, socialismo no es otra cosa que "el conjunto de instituciones socíales, tendencias, teoría, táctica, etc., que emergieron de la crisis del período estalinista, crisis que asumió su nueva expresión teórico-práctica en el XX Congreso". No se basa aquí ni en el pasado ni en el futuro (método "ontológico" quiere decir "realista", se funda en la prioridad del presente y considera siempre como decisivo el ser-en-sí-mismo de la situación). A pesar de esto, Lukács afirma la novedad histórica de la democracia socialista hasta ahora inexistente.

Este juicio extremo nace del concepto específico de democracia sobre el cual debemos detenernos un poco. Para Lukács, la palabra democracia no significa, como es usual en la cultura política de hoy, un conjunto de instituciones y prácticas pensadas para garantizar el poder de participación del ciudadano en las cuestiones políticas de una sociedad que se dice democrática en tanto incorpora estas instituciones y prácticas. Recordemos al respecto que para Norberto Bobbio el "significado preponderante" entre los muchos posibles del término democracia, hoy es aquel que la define como "un conjunto de reglas (las llamadas reglas de

juego) que permiten una mayor participación a la mayoría de los ciudadanos, ya sea en forma directa o indirecta, en la decisión política, es decir en las decisiones que interesan para toda la colectividad".[5] Por el contrario, para Lukács, democracia es el término que asume la relación activa del individuo con el conjunto de la sociedad en la que vive, cualquiera sea esta sociedad. Se trata de una relación política de cuya diferencia histórica (de asunto, de fines, de valores) deriva el contenido "humano" de la respectiva formación económico-social y del hombre individual que ella produce.

Llegamos así a un primer punto de gran importancia: la democracia no es una categoría "sociológica abstracta" sino que para Lukács por el contrario es —como toda categoría una "forma de ser, determinación de existencia" (Marx) de algo— "la fuerza concreta del orden político de una formación particular económica sobre cuyo terreno nace, opera, se transforma, se problematiza y desaparece". Esta absoluta historización, que a primera vista pareciera diluir la consistencia teórica de la democracia (que casi pareciera hacerle perder la fuerza ideológica en el conflicto entre grupos sociales diversos a veces inversamente interesados en la afirmación de las instituciones y prácticas democráticas) en realidad concluye atribuyéndole a la democracia una importancia inédita en la historia pasada y, en la actualidad, una dimensión que va más allá del concepto de socialismo como sistema social, enriqueciéndolo. Como ya lo hemos citado,

[5] Norberto Bobbio. *Quale socialismo? Discussione di un'alternativa*, Torino: 1976, p. 42.

mencionemos que hace unos años N. Bobbio viendo que la izquierda histórica en el debate sobre la relación entre democracia y socialismo lo configuraba "como una relación entre medio y fin, donde la democracia desempeña la función de medio y el socialismo de fin", se preguntaba si no era posible y proponía de algún modo —citando a Bernstein— "sostener lo contrario; es decir, que el socialismo es el medio y la democracia el fin, sugiriendo así que la democracia real o integral puede sólo realizarse a través de una reforma socialista de la sociedad".[6]

Un segundo punto de importancia al que ya hemos aludido es que la diferencia histórica entre los diversos procesos democráticos está dada por el contenido "humano" de cada sociedad. Para comprender este punto es necesario que hagamos referencia a la concepción "ontológico-social" de Lukács en la que la categoría de *género humano* es central. Al estudiar la génesis del ser social (precisamente el género humano) del ser natural y al analizar su desarrollo sucesivo, Lukács encuentra que en el origen de su existencia histórica el ser humano es tan sólo *potencialmente* humano; que deviene humano después, a medida que la economía, la técnica y la cultura producen socialmente —o sea objetivamente— las relaciones materiales y espirituales entre los seres humanos que ejercen la potencialidad del género. Desde esta perspectiva histórica no sólo el itinerario es a veces ambiguo, mucho depende de la elección, sino que además no se encuentra aquí la garantía de un proceso espontáneo.

[6] Ibid., p. 104.

Nada excluye la posibilidad de que se entre en un camino cerrado, en una vía sin salida, con el inevitable agotamiento o caída de esta sociedad; así como tampoco se da hecho o providencia que salve a los humanos de posibles retrocesos hasta llegar a la barbarie. Sólo el "hábito" que había plasmado en el comportamiento de los individuos los valores más adecuados para la "humanidad" es en cierta medida capaz de obstaculizar los retrocesos.

La esclavitud, por ejemplo, es por cierto un progreso con respecto a la costumbre de asesinar al enemigo vencido (lo que a su vez constituye un progreso respecto al canibalismo, al hábito de comer al enemigo vencido). Un progreso en cuanto es un comportamiento que se acerca más al reconocimiento del otro (el extranjero) como humano, como perteneciente al género humano que es más amplio que la *polis*.

La esclavitud es también la barrera donde va a empantanarse el impulso evolutivo de la antigüedad greco-romana. Su economía contiene como premisa el trabajo servil y produce, por lo tanto, un "género humano" mucho más limitado que sus adquisiciones en el terreno de la cultura artística, filosófica y hasta científica (en términos marxistas respecto al desarrollo de la fuerza productiva); contradicción que se revela como un camino cerrado para esta sociedad. Es en este contexto que sin embargo toma forma la primera gran democracia de la historia, la que en los tiempos de la Revolución Francesa será tomada como el modelo a imitar. La imitación no será posible precisamente por la especificidad y contradictoriedad de los respectivos contenidos económico-sociales; lo que sí podrá funcionar es la referencia intelectual, ya que es en este momento histórico que se genera, como hecho social, el pri-

mer contenido de toda democracia: la relación directa y conciente, activa del individuo con el "género humano" (un género humano que se configura en la forma históricamente concreta de la civilidad de la *polis*, excluyendo a los esclavos, las mujeres y los "bárbaros"). Así la democracia —que podrá transformarse en el órgano de la auto-educación del ser humano "para que sea realmente humano" sólo como democracia socialista— llega a ser hoy como democracia burguesa, la democracia del *capitalismo manipulador* (definición que da Lukács desde el punto de vista teórico para la fase actual del capitalismo) con su específica negación-afirmación de la relación entre el individuo y el género humano actualmente universalizada. Es después de un desarrollo secular, el que obviamente no ha sido lineal y que ha visto hasta en el medioevo —según la expresión que retoma Lukács del joven Marx— una democracia de la "no-libertad", fundada en el carácter político inmediato de los elementos de la vida social, ya que la propiedad, la familia y el tipo de trabajo determinan en cuanto tales "la relación del individuo particular con la *totalidad estatal*".

Una vez que se asume esta perspectiva, la forma de democracia puede ser muy variada. A pesar de la diversidad de cada una de ellas, así como de cada proceso democrático, puede describirse claramente examinando el grado y el modo de humanización que se reclama y obtiene en cada caso. Es este criterio el que permite identificar la diferencia o la homogeneidad. Por esto es evidente que no son las eventuales diferencias en las instituciones representativas en cuanto tales las que separan a la democracia burguesa de la socialista; esta diferencia radica en un *salto de época* (el pasaje de la prehistoria a la historia del ser humano), al que naturalmente

la forma estatal debe adecuarse. Resulta también evidente a través de este análisis la continuidad estructural interna de la democracia burguesa, cualquiera que sean las eventuales diferencias institucionales que podamos encontrar, cuando se presenta en su forma política clásica desde la Revolución Francesa hasta hoy.

Es notorio como en el movimiento obrero se ha debatido durante tanto tiempo sobre la relación entre la forma estatal y el poder de clase. Lukács parece dejar para más tarde la reflexión sobre el problema institucional en sí, a pesar de tomar en cuenta la cuestión, dado que rescata la "auto-acción de las masas" —por él auspiciada— la que debe encontrar también su lugar e instrumentos institucionales. Sostiene que en todo caso la superación de la "manipulación burocrática" estalinista, manipulación que no es menor porque se respeten "todas las reglas de la democracia formal (voto secreto, sufragio universal, etc.)", no puede realizarse en los términos de Lenin, no es un discurso que pueda ser retomado en el punto en el que fue interrumpido como si no hubiera acaecido nada. La posición de Lenin "no puede ser hoy asumida como modelo directo, como indicación concreta, en tanto siempre se refiere a situaciones que son cualitativamente diferentes de las actuales", a situaciones en las que las masas estaban espontáneamente en actividad, mientras hoy reina una difusa apatía.

La impresión, sin embargo, es que para Lukács no se trata sólo de circunstancias históricas diversas, sino que considera el aporte de Lenin como un primer intento en el sentido de que nada está de hecho predeterminado (en Marx se encuentra apenas "el fundamento teórico de este conjunto de problemas", observa, "pero sólo esto"), un intento del

cual —dado que las cosas fueron como fueron— no tenemos la verificación práctica.

Del mismo modo es inútil preguntarse cómo hubieran sido las cosas si la enfermedad y la muerte no le hubieran impedido al único hombre capaz de pensar correctamente los problemas (¡tanto cuentan los hombres y las condiciones!), si estos hechos fortuitos no le hubieran impedido trabajar. Conocemos sin embargo el método que era aquel "del experimento ideal dentro de circunstancias cuyo carácter teórico-legal no está aún suficientemente claro para la conciencia". *On s'engage et puis on voie* era la línea de conducta que Lenin retomaba del activismo napoleónico y que Lukács rescata.

En todo caso si no está el camino predeterminado, tenemos el fundamento teórico. Éste —junto a la dura lección de la experiencia— nos conduce a territorios entrevistos por Lenin, pero no más allá del punto al que él podria haber llegado. Es cierto que sabía que era necesario "romper" la "máquina militar y burocrática" del Estado burgués, pero el verdadero problema, el de la construcción de una democracia socialista, se presentaba —teórica y prácticamente— más allá de este punto discriminante sobre el cual entonces se diferenciaban los reformistas de los revolucionarios.

Una frase de Marx ("la clase obrera no puede meter simplemente la mano sobre la máquina del Estado bien y rápido, y ponerla en movimiento para sus propios fines"), escrita a propósito de la Comuna de París y luego retomada para un prefacio al *Manifiesto*, se convirtió en el debate de fin de siglo; en la papeleta tornasol a través de la cual se distinguía a unos de los otros. Lenin, en *El Estado y la Revolución*, al analizar el significado de tal tesis, la relaciona con otra expresión de Marx centrada

en la idea de que el problema de la revolución proletaria es ante todo terminar con el aparato militar y burocrático del Estado burgués; polemiza además con Eduard Bernstein, propugnador del "revisionismo", para quien "Marx habría con esto puesto en guardia a la clase obrera *contra* un ardor demasiado revolucionario en el momento de la toma del poder".[7] En general, es un problema propio del Estado que se constituye las diversas tradiciones socialistas. El mismo Lenin resumía así la cuestión: "Los utopistas se han esforzado siempre por 'descubrir' la forma política en la cual debe producirse la transformación socialista de la sociedad. Los anarquistas se han desinteresado por la cuestión de la forma política. Los oportunistas de la actual socialdemocracia han acentuado la forma política burguesa del Estado democrático parlamentario como un límite más allá del cual es imposible ir." Marx, que no intentaba ni descubrir ni inventar nada, estudió la historia y encontró que vamos "hacia la *destrucción* del aparato del Estado burgués".[8] Uno de los pilares de la revisión teórica propuesta por Bernstein era la cuestión de que la idea de la dictadura del proletariado fuese un "peso muerto" y que la Constitución democrática, con el sufragio universal sobre todo y con su garantía formal sobre la igualdad y la libertad de los ciudadanos, fuese no solamente un terreno muy favorable para la lucha por el socialismo sino también la forma política que de por sí contrasta con el capitalismo. "Vemos", afirmaba, "que los privilegios de la burguesía capitalista, en

[7] Cfr. V. I. Lenin. "El Estado y la revolución" en *Obras completas*, Ed. Cartago, Buenos Aires: 1958.
[8] Ibid.

todos los países progresistas, van cediendo gradualmente el paso a las instituciones democráticas".[9] De allí que la socialdemocracia, el partido que luchaba por el socialismo, debía "sin reticencia seguir, incluso en el plano doctrinario, en el terreno del sufragio universal y de la democracia con todas las consecuencias que se derivan para su táctica".[10] El punto sustancial en el cual se aleja del análisis de Marx está puesto en evidencia, desde el punto de vista político-constitucional, por Lucio Colletti en el inteligente prólogo a la traducción italiana de este texto base del revisionismo: "Mientras que para la socialdemocracia la contradicción está solo entre la Constitución y el capitalismo, para Marx la contradicción, que está en el interior de la sociedad, está también dentro de la Constitución. Por un lado, ésta llama con el sufragio universal a todos a la vida política y reconoce por primera vez así la existencia de intereses comunes o públicos... y, por otro lado, no puede hacer de estos intereses comunes sólo un interés formal." [11]

Lukács se cuida de ver en el origen de las separaciones de Marx un concepto simplemente económico de socialismo. Para él el predominio de la táctica, la asfixia teórica y estratégica que afecta al movimiento comunista después de Lenin, así como había afectado al movimiento socialista antes de Lenin, están junto a un determinado concepto de socialismo.

En cuanto al revisionismo de Bernstein bastará

---

[9] E. Bernstein. *I presupposti del socialismo e i compiti della socialdemocrazia*, Bari: 1974, p. 4.

[10] Ibid., p. 188.

[11] Ibid., p. LXXXI.

recordar la tesis según la cual el socialismo, si bien se opone al capitalismo, se encuentra en relación de continuidad con la sociedad "burguesa" o "civil" (interpretada como una sola) que se presenta como el horizonte ético-político tanto del capitalismo como del socialismo. Para Bernstein "la conquista del poder político por parte de la clase obrera y la expropiación de los capitalistas" no son más que medios para realizar "los principios socialistas" que no se apartan en lo más mínimo de los liberales. Es sin embargo cierto —dice Bernstein— que en la historia los partidos liberales se convirtieron en concreto en "una pura y simple guardia del cuerpo del capitalismo" y aquí entre estos partidos y el movimiento socialista no queda más que el antagonismo; "pero en cuanto se relaciona al liberalismo como movimiento histórico universal, el socialismo no es sólo el heredero legítimo desde el punto de vista cronológico, sino también desde el contenido ideal". Por otra parte, como el mismo Bernstein recuerda citando a Ferdinand Lasalle, en el movimiento socialista ya existía una larga tradición de autores que le reprochaban simplemente al liberalismo político no tener fe ni en su teoría ni en sus principios.

Respecto de esta tradición socialdemocrática Lukács trae a colación al Marx crítico de la sociedad burguesa; al Marx que enjuicia a aquellos socialistas que "pretenden señalar al socialismo como una realización del ideal de la sociedad *burguesa* expresado en la Revolución Francesa" [12] sin advertir que

[12] Cfr. C. Marx. *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política*, op. cit.

esta sociedad tiene precisamente la necesidad de desdoblarse en una esfera "ideal" y otra "material", práctica. En el socialismo, por el contrario, ambas esferas conjugan finalmente en una para dar lugar a un ser humano activo, íntegro, no más dividido en *homme* (egoísta privado) y *citoyen* (idealista público). Así, mientras la característica de la sociedad burguesa es la transgresión privada de la moral pública (o, para decirlo de otra manera, una vida cotidiana que se basa en el principio del *homo hominí lupus* pero que se idealiza en la democracia como "forma política" y ética), el socialismo a la inversa es *la democracia de la vida cotidiana* en sí misma. Aquí todo individuo es persona, es decir que realiza empíricamente al género humano todo, tal cual existe en su totalidad como especie sobre la tierra. Mucho más si consideramos que el mundo de hoy está unificado en la técnica y la economía. "Sociedad quiere decir el actuar conjuntamente de los hombres y, si bien se encuentra anteriormente, desde el punto de vista técnico-práctico a nivel de realización se recompone en el capitalismo moderno", observa Lukács. Ante tal situación no corresponde más el principio (que fue característica de toda la *prehistoria de la humanidad* pero que se hace explícito con la sociedad burguesa) según el cual el otro hombre es el límite de mi libertad. La nueva situación del mundo encuentra su "forma social" en la democracia socialista, en una vida cotidiana construida (del hábito) bajo el principio nuevo (característico de la verdadera *historia de la humanidad* ahora en sus inicios) según el cual el otro es la realización de mi libertad.

Y el estalinismo no es aquí el salto de época necesario porque se debe hablar de auto-educación y ser realmente humano (en el reino "de la liber-

tad". Y no lo es porque la democracia socialista, "el órgano" de esta auto-educación, por su naturaleza no puede surgir ni utópicamente, como aplicación de un modelo ideal inventado por algunos sabios iluminados e impuesto a todos los hombres, ni mecánicamente como producto espontáneo del desarrollo técnico y económico; por el contrario, debe ser un acto político, una tarea conciente de los humanos en tanto *personas*. Stalin y todos sus "rivales", desde Trotski a Bujarin, intentó edificar el socialismo exclusivamente como una empresa económica lo que produjo, análogamente a la socialdemocracia de la Segunda Internacional —si bien con intenciones diferentes—, una cultura política vulgar-materialista que se agotaba en su impulso táctico (el espíritu burocratizante no era más que el efecto visible de este predominio de la táctica). El mismo Lenin que sabía "desde el punto de vista intuitivo-práctico" el carácter específico de la formación social socialista, es decir su necesidad de *individuos conscientes activos*, no llegó a formular el problema en términos teóricos generales. Tampoco formuló —anota Lukács— el problema teórico de fondo de la concreta edificación de una sociedad socialista en las condiciones no clásicas en las que avino la Revolución de Octubre: el problema de las "proporciones" entre la práctica económica de recuperación del atraso con respecto al capitalismo desarrollado, por un lado, y, por otro lado, a la práctica, a las instituciones, a la cultura de la democracia socialista. Lenin se limitó a delinear la "perspectiva": la electrificación del país y los soviets.

Sin embargo —lo que no se da en Stalin ni en la Tercera Internacional a la que podemos llamar estalinista— en Lenin se visualizan intenciones pro-

fundas que lo inducen a cuidar y de allí a preocuparse ante todo por la burocratización que se propagaba. Lukács repetirá con insistencia aquellos párrafos en donde se percibe el impulso de Lenin para superar los datos y métodos de la cultura política que lo circundaba. Se detiene aquí en el Lenin que reflexiona en torno a la extinción del Estado porque con su categoría del "hábito" dirige el discurso hacia el terreno —el de la vida y la cultura cotidiana— del cual surge la posibilidad real de una teoría socialista no atrofiada por el dilema enfermo: o Bernstein o Stalin.

El socialismo comprendido como democracia de la vida cotidiana —al que Lukács llegará siguiendo este camino— es por cierto una versión ética de la propuesta socialista; no conserva para nada la escisión entre "material" e "ideal". De hecho no registra como simples valores la libertad e igualdad formal burguesa, ni abandona a la moralidad ideal de la "causa" la tarea de otorgarle sentido y contenido a las acciones de por sí dejadas a la lógica pragmática del resultado inmediato. De esta manera evidencia también —vale la pena subrayarlo— la división entre el hoy y el mañana, entre el presente como sacrificio y el futuro como felicidad, sobre lo cual está construida la militancia comunista desde el inicio.

El presente, el aquí y ahora, tiene hoy dos polos en el análisis de Lukács: el hombre como *especie* (materialmente constituida sobre la tierra del mercado mundial capitalista y del poder de la técnica) y el hombre como *persona* (que existe cuando el individuo humano ve en el otro la especie). Estos dos polos componen un campo de realidad social cuya forma adecuada está precisamente en la *demo-*

cracia de la vida cotidiana. En definitiva se trata de una concepción filosófica-política muy compacta que contiene el sentido de la historia del mundo sin descuidar nuestro hoy concreto.

No por esto pierde importancia la herencia histórica del socialismo. Lo impide, como ya hemos dicho, el realismo de esta perspectiva. Es importante que subrayemos al respecto que aquí aparece una importante dislocación del acento en el hecho revolucionario como gesto inicial al problema de la construcción en el pasaje al socialismo. Por esto Lukács se interesa más y con mayor profundidad en la introducción de la NEP (una medida que según su interpretación trasciende lo meramente económico) que en el Lenin estratega inflexible de Octubre. Y, sobre todo, revaloriza la intención inherente a la fórmula leninista de la "correa de transmisión" (funcionando en dos sentidos) presente en la discusión sobre el sindicato de 1921. En ambos casos Lukács destaca que Lenin haya recogido el nudo del problema, es decir, la actividad de las masas; actividad que puede dar lugar a un desarrollo democrático inédito en la historia.

No ocurrió así. En la situación actual, consecuencia de la crisis (demasiado larga) del estalinismo, Lukács recupera esta idea de una dialéctica político-social enclavada en la insustituible función democrática (en el sentido innovador que este término asume aquí) del sindicato. Agrega, sin embargo, algo que no estaba presente ni en Lenin ni mucho menos en la tradición comunista del estalinismo; reivindica la movilización de la "opinión pública" como el primer paso hacia la democracia socialista. Sin esta opinión pública, sin la *persona*, sin individuos sujetos de la sociedad y, en particular, de la

economía sólo nos encontramos ante un callejón sin salida; la economía —estatizada cuanto se quiera— no consigue por sí misma adecuarse a la *dignidad humana*, categoría base de la Historia ahora en sus inicios.

Alberto Scarponi
1987

ÍNDICE

PRÓLOGO

La crisis en el socialismo
Alberto Kohen 7

PRÓLOGO A LA EDICIÓN HÚNGARA
Miklós Almási 19

EL HOMBRE Y LA DEMOCRACIA

OBSERVACIONES METODOLÓGICAS PREVIAS ... 35

I. LA DEMOCRACIA BURGUESA COMO FALSA ALTERNATIVA PARA UNA REFORMA EN EL SOCIALISMO 41

1. Multiplicidad de las bases económicas de las democracias 41
2. Las tendencias necesarias del desarrollo de la democracia burguesa 50
3. La democracia burguesa hoy 55

II. LA VERDADERA ALTERNATIVA: ESTALINISMO O DEMOCRACIA SOCIALISTA 73

1. Condiciones teóricas e históricas de un planteo concreto 73
2. El triunfo de Stalin sobre sus rivales 100
3. El método de Stalin 114
4. El XX Congreso y sus consecuencias 152

PALABRAS FINALES DEL EDITOR HÚNGARO 209

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ITALIANA
Alberto Scarponi 213